

Tormenta en la memoria

“Relatos sobre la
represión franquista”

Francisco González Tejera

Prólogo de Cayo Lara

Con la colaboración de
Nuria Martínez López

Libro aportado como prueba a la “Querrela Argentina”
por los miles de crímenes franquistas en Canarias

En
EDICIONES HADES

Tormenta en la memoria

***“Relatos sobre la
represión franquista”***

Francisco González Tejera

EDICIONES HADES

“Relatos”

© Francisco González Tejera

12004 Castellón de la Plana
info@edicioneshades.com
www.edicioneshades.com

ISBN – 978-84-944093-4-9
Depósito Legal – CS 434-2015

Diseño Portada – Javier Blázquez Murillo
Idea Portada – Elisandro Medina Pérez
Con la inestimable ayuda de Nuria Martínez López

*A mis padres Diego y Lola,
víctimas directas
de la represión franquista.*

Y a mis hijas Famara e Iraia.

¡Saludos!

...Cuando empezaron a desaparecer hace tres, cinco, siete ceremonias a desaparecer, como sin sangre como sin rostro y sin motivo, vieron por la ventana de su ausencia lo que quedaba atrás, ese andamiaje de abrazos cielo y humo...

Mario Benedetti

Prólogo

Voces que emergen de las simas

“El colonialismo visible te mutila sin disimulo: te prohíbe decir, te prohíbe hacer, te prohíbe ser. El colonialismo invisible, en cambio, te convence de que la servidumbre es tu destino y la impotencia tu naturaleza: te convence de que no se puede decir, no se puede hacer, no se puede ser.”

Eduardo Galeano.

El libro de los abrazos: La cultura del terror/7

Alguien que se asome y mire con un mínimo de curiosidad los contenidos de ese blog referenciado como *“Viajando entre la tormenta”*, de Francisco González Tejera, estará aupándose a un altillo desde el que acceder y observar la amplia relación de preocupaciones de un activista social. El panorama es amplio: la lucha por los derechos civiles, la ecología, la memoria histórica, la cultura popular y, en definitiva, todas aquellas luchas que permitan abrir un espacio “libertario y revolucionario” para avanzar hacia la consecución de un mundo mejor.

El grueso de los materiales –artículos, crónicas y relatos– que llevan la firma y el “grito” de González Tejera, están activados desde el análisis y la crítica social, la denuncia y la brega en favor de las personas que más sufren las injusticias. La neutralidad es un insulto cuando lo que procede es el alineamiento con la causa de los parias y oprimidos de la tierra. Tampoco puede haber lugar al desinterés cuando lo que está en juego es la defensa desde el respeto de todos los seres vivos y de la Madre Tierra.

Una vez presentado su autor, añadamos que este libro de relatos, *“Tormenta en la memoria”*, es el fruto de la vertiente más personal y dolorida de Francisco González Tejera, animador sociocultural de profesión. Asimismo, este compendio de historias de la Historia que surgen del corazón y la memoria del nieto de un

sindicalista asesinado tras el golpe de los militares sediciosos del 36, alumbran y se convierten aquí en una “*cronificación*” sobre la represión franquista en las Islas Canarias.

“*El santificado robo de niños o el viento de la ausencia*”, “*Ana María Viajando en la puesta de sol*”, “*El abrazo*”, “*La playa del cielo que estalló en pedazos*”, “*Jauría y persecución en la selva Doramas*”, “*La isleta de aquel inmenso dolor*”, “*La tortura de los sueños sagrados*”..., son algunas de las 36 + 1[1] narraciones de este libro ordenadas como un *puzzle* de vivencias que, en algún momento del pasado fueron aplastadas, silenciadas y aniquiladas por los sectores más reaccionarios de la oligarquía isleña. Estas “fuerzas oscuras”: terratenientes, militares, Iglesia católica y organizaciones paramilitares como Falange, se prestaron un mutuo y entusiasta apoyo para perpetrar una brutal represión.

Cuesta concebir tanta brutalidad, tanto terror y tanto horror como describen estos relatos. Pero la cuestión no está en la dureza del texto, la cuestión está en que realmente sucedió. Y eso es lo que nos obliga a reflexionar sobre el ser humano. ¿Cómo se puede llegar a tal nivel de degradación en aras a la “obediencia debida” o simplemente por sadismo? ¿Cómo es posible que alguien pueda llegar a ordenar la vejación más humillante, la tortura más cruel y el asesinato más infame de otros semejantes?

¿Cómo se puede, en nombre de credo alguno, justificar, alentar o contribuir a que se consumen tormentos como los que se evocan en estos relatos? ¿Cómo se pudieron alimentar los instintos más crueles de la especie humana, hasta convertir a los hombres en máquinas de violar, de humillar, de torturar, de asesinar a quienes sencillamente pensaban de forma diferente?

La justicia y la reparación siguen pendientes, pero cada día que pasa quedan menos verdugos y menos víctimas con testimonios vivos de aquella larga noche. Pero la justicia y la reparación, en cualquier caso, siempre podrán hacerse sobre la memoria. Y la verdad, toda la verdad, debe relatarse y mantenerse viva para que sea conocida por todas las generaciones actuales y venideras. Y debemos conjurarnos colectivamente para que nunca más vuelva a producirse un desgarramiento semejante.

Conjurarnos para que nunca más la defensa de unos privilegios de clase, los privilegios de las oligarquías, puedan conducir a un pueblo a sufrir colectivamente el ataque más brutal que se puede cometer sobre la dignidad y la vida de unas personas que solo aspiraban a convivir con justicia, igualdad, libertad y fraternidad.

A lo largo de mi vida he hablado con mucha gente que ha sufrido mucho, que ha sufrido lo indescriptible. Y me quedo con aquellos testimonios que me invitaban a no odiar a la gente, pero sí a odiar a los sistemas que se asientan sobre la explotación de las personas, que se alimentan de la opresión, del pisoteo de los derechos humanos, de la violación de la dignidad y de la vida de los semejantes.

Me quedo con eso. Y me gustaría que la lectura de estos duros relatos de este periodo tan negro y despiadado de la historia de España, con esa especial crudeza que tuvo en Canarias, nos sirviera para seguir comprometidos con aquellas causas que defiendan principios y valores profundamente democráticos. Pero, especialmente, para caminar en la búsqueda de la utopía hasta conseguir sociedades en las que nadie tenga tanto poder como para someter, maltratar, humillar y hasta asesinar a otros, y nadie sea tan débil como para poder ser sometido.

La memoria permanece viva ahí, en los recuerdos de alguien que fue niño y que se niega a olvidar para dejar de serlo del todo, y también en el empeño creativo de alguien que destina una buena parte de sus energías a eliminar las capas de terror que han dado consistencia al olvido. Han sido demasiadas las víctimas que se han ido a la tumba sin hablar de lo que vieron, sin poder contar lo inabarcable de su mudo sufrimiento. Ese silencio impotente y dolorido es el nervio vital de este libro, su sentido y su urgencia. Todos nos acordamos de *“La voz dormida”* de nuestra admirada Dulce Chacón. Pues este libro pretende contribuir a sacar esa voz de las entrañas de los pozos, de los acantilados marinos, de las fosas comunes, de las cunetas y simas volcánicas...

Cayo Lara Moya,
coordinador federal de IU

Introducción

La represión franquista en Canarias a partir del año 1936 tras el golpe de estado fascista, solo es comparable al genocidio cometido por la corona de Castilla sobre los pueblos indígenas isleños. Esta sublevación encabezada por los militares, la Iglesia católica y organizaciones ultraderechistas como Falange, junto a los sectores más reaccionarios de la oligarquía, llenaron de sangre los pozos, fosas y cunetas de esta tierra, generando una brutal represión que asesinó a miles de canarios, entre fusilamientos, desapariciones y todo tipo de abusos, represalias, crímenes, torturas brutales, en una zona del estado español donde apenas hubo resistencia a la sedición.

Los años previos al alzamiento nacional el movimiento obrero canario junto a las fuerzas de la izquierda alcanzaron logros muy importantes, trabajando de forma unitaria en la lucha por los derechos laborales y sociales, en una sociedad caciquil, en manos de una burguesía corrupta que explotaba, que reprimía, que hasta pocos años antes ejercía el derecho de pernada sobre las mujeres de la clase trabajadora.

Cada relato de esta obra parte del corazón del nieto de un sindicalista asesinado, Francisco González Santana, conocido por Pancho “La Mahoma”, miembro del Frente Popular, dirigente de la Federación Obrera del municipio de San Lorenzo, en la isla de Gran Canaria, condenado a muerte en un consejo de guerra sumarísimo por defender la democracia y la libertad.

Mi abuelo fue fusilado el lunes 29 de marzo de 1937 a las cuatro de la tarde en el campo de tiro de La Isleta, junto al alcalde

comunista de San Lorenzo, Juan Santana Vega, el secretario municipal, Antonio Ramírez Graña, el jefe de la policía local, Manuel Hernández Toledo y el intelectual majorero y secretario de la Federación Obrera, Matías López Morales.

Estos hombres jóvenes con edades que rondaban desde los veinte y los cuarenta años habían luchado muchos años por los derechos de la clase obrera, organizando huelgas, y todo tipo de movilizaciones para mejorar las condiciones de vida de una población que vivía en la extrema pobreza. Tras su detención jamás fueron perdonados por los terratenientes, que vomitaron todo su odio de clase contra ellos, presionando hasta el último momento a los militares y falangistas para que los condenaran a muerte.

En Canarias miles de familias han sufrido el terror del franquismo, la mayoría por miedo han callado, muchas víctimas se han ido a la tumba sin contar lo que realmente sucedió, miles de casos, todo tipo de aberraciones, asesinatos impunes, maltrato, violaciones de mujeres, asesinatos de niños, una vorágine del crimen desatada a partir de criminal golpe fascista.

Este libro pretende sacar a la luz un trocito de esa historia pisoteada, ocultada, masacrada, aún hoy en día por la opulenta y vergonzosa casta política y judicial isleña, muchos herederos directos de los sanguinarios asesinos de estado, que no han permitido que se recupere y repare toda esa memoria, todo ese dolor incrustado en la conciencia de todo un pueblo, llegando a extremos tan insólitos como no permitir la exhumación de fosas comunes, simas volcánicas, pozos, acantilados marinos donde fueron asesinados salvajemente miles de antifascistas, miles de luchadores por la libertad y la legítima República.

Cada relato es como una daga enterrada en la dignidad de miles de personas, extraída de la sufrida carne del alma con un cariño inmenso, con cuidado de no perder cada detalle, cada momento vivido, cada instante de sufrimiento, contada desde la voz de la memoria, la voz de toda la gente asesinada, maltratada,

condenada al exilio, al hambre, a la pobreza extrema, a sobrevivir con un dolor inmenso en cada vida marcada a sangre y fuego por el yugo de los opresores.

La expropiación de la vida y la esperanza

Carmensa y su hija Matilde esperaban en la sala adjunta a la oficina del jefe de urbanismo. La notificación de expropiación para montar un gran centro comercial de una multinacional francesa les había llegado hacía dos semanas. La anciana propietaria de la vieja casita canaria del siglo XVII, en la vega agrícola de Tamaraceite^[2], sufrió una subida de tensión cuando llegó el notificador municipal, tuvo que ser ingresada en el Hospital Doctor Negrín, no imaginaba que aquel ayuntamiento, ahora gobernado por el PP, le fuera a quitar la casa de sus antepasados, donde pasó toda su infancia y juventud, toda su vida.

Habían recurrido gracias al abogado de la PAH, pero no había salida, incluso fueron al despacho del constructor y promotor de la obra, un personaje sin escrúpulos nacido en Gran Canaria, pero vecino de Tenerife. El gordo y sudoroso pocero semianalfabeto las recibió.

Después de esperarlo casi cinco horas, vieron como tenía una gran foto del general Franco presidiendo su despacho, junto con otros portarretratos sobre la mesa con el alcalde de Las Palmas de Gran Canaria, con el rey de España en una lujosa recepción, además de una con el ministro de industria y energía, un canario traidor a su pueblo, promotor de la extracción de petróleo en los valiosos mares de aquel archipiélago desafortunado, repleto de miseria, desempleo y hambre infantil.

El especulador casi no les dio tiempo a hablar:

—¿Qué coño quieren? Ya saben que la legalidad me ampara y que esta obra es de interés general.

Las dos mujeres con lágrimas en los ojos le rogaron que no les quitara su casa, que no tenían donde ir, pero el corrupto solo esbozó una sonrisa:

—Es lo que hay señoras, primero lo primero.

Matilde solo alcanzó a decirle, mientras las desalojaban dos gorilas enchaquetados y con gafas negras:

—¡Maldito hijo de puta! ¡Ladrón! ¡Asesino! —para en unos pocos segundos verse solas y abrazadas en las calles de Santa Cruz, tristes, desesperadas, abocadas a un futuro negro sin dinero, sin casa, sin esperanza, de camino para el ferri de Armas que las llevaría de vuelta a Gran Canaria.

La secretaria del jefe de urbanismo les dijo que ya podían pasar, aquel hombre con acento peninsular, que en todo momento las trató con amabilidad, pero sin darles ninguna esperanza de solución, insistiendo en que el inminente desalojo y la pérdida de su vivienda sería a precio de catastro, que buscaran otro lugar donde vivir, que quitaran los animales cuanto antes, ya que las excavadoras demolerían la casa en menos de diez días.

Carmenza le habló de sus cabras, de los conejos, de la hurona de su nieto, de los cuatro perros podencos, que no tenían donde llevarlos. La abogada de la concejalía, una joven muy bien vestida, presente en la mesa de reunión, les comentó algo sobre el Albergue de Animales de Bañaderos, que llamaran allí que seguro se los llevarían ipso facto.

Las dos mujeres abrumadas salieron hacia la estación de guaguas de San Telmo, no había más que hablar, tenían que atravesar la calle Tomás Morales repleta de estudiantes.

Carmenza le dijo que se sentía un poco mareada, que pararan a tomarse una infusión en un viejo bar cerquita de la Plaza del Obelisco. Allí se sentaron destrozadas y fue cuando la anciana muy emocionada, llorando sin llorar, le desveló los nombres de los falangistas que habían asesinado a su padre, a su tío Carmelo Alfonso, la noche que se los llevaron de aquella misma casa a punto de ser derruida, cuando vinieron junto al guardia municipal Pernía, el joven Santo, Eufemiano, Penichet, Leacock y varios más, todos vestidos de azul, de algunos no recordaba el nombre, solo la inmensa rabia y el odio en sus ojos, cuando de madrugada sacaron a los dos campesinos anarquistas a patadas y puñetazos. Matilde la miraba alucinada, nunca le había contado con tanto detalle lo que sucedió aquel 29 de agosto de 1.936.

La pobre vieja solo tenía siete años, pero todo estaba grabado en su mente, aquel temor inmenso, los hombres armados, los

golpes e insultos:

—Rojos de mierda, vamos directos pa la sima volcánica de Los Giles.

La hija de Carmensa no entendía porqué justo aquel día había decidido contarle todo aquello, pero la anciana, ante el vasito de tila y la pastilla de la tensión, la miró fijamente:

—Sabes mi niña, son los mismos, los mismos que mataron a tu padre, a tu tío Carmelo, ahora nos roban nuestra casa, lo poco que tenemos, como ya hicieron cuando la guerra, lo que ahora querida son constructores, políticos de la derecha, jueces, abogados, que lo único que han hecho es cambiarse el uniforme azul por corbatas de colores, trajes caros, cochazos de lujo, pero son los mismos, los mismos criminales mi hija.

Las dos se quedaron un rato calladas mirándose, en sus ojos navegaron miles de recuerdos, los momentos felices, aquellas tardes de asadero, vino de la tierra, guitarras y tipples, Isas y Folías^[3] rodeadas de perros juguetones, chiquillos, vecinos y familiares. La casa ahora iba a desaparecer, como un universo que estalla, un espacio de amor para el olvido, unos recuerdos tiroteados desde fusiles traidores, un pelotón de fusilamiento, una brigada del amanecer elegida en unas corruptas elecciones, una banda organizada de caciques, militares sediciosos y sanguinarios requetés disfrazados de demócratas de toda la vida, que se adueñaban de nuevo de sus vidas, de aquella felicidad ahora encadenada a los intereses de la mafia política, la misma oligarquía asesina que había llenado de dolor y sangre sus vidas, venía de nuevo a reclamar lo que siempre creyeron que les pertenecía.

La fiesta de la sangre

El encargado de la finca tomatera al que llamaban “El Verdugo” no paraba de dar latigazos con la pinga de buey[4] a aquellos nueve hombres que atados lloraban y gemían con la espalda destrozada, una piel cubierta de sangre acuosa que les corría por los muslos y formaba charcos rojos embarrados en la tierra colorada.

Ezequiel B. regresó de tomarse el coñac con el falangista N. Acosta y el guardia chusquero P. Santo. Pensativo se paró ante la entrada del túnel de la finca de “Las Maquinas” en aquel viejo municipio canario. “El Verdugo” lo miró atento, fijó su mirada en aquellos ojos sin expresión del cacique:

—¿Mi amo, les sigo pegando?

Y Ezequiel B. sin quitar la vista del charco de sangre asintió:

—Despelleja a estos cabrones que les espera el pozo, rojos de mierda, carajo.

P. Santo había usado su arma esa noche con varios de los detenidos que llevaba en el “camión de la carne”, venía contento fumando un Virginio[5] y comentando con N. Acosta y el guardia J. Pernía lo preciso de sus disparos después de aplicarles la Ley de Fugas a aquellos infelices:

—Cayeron como conejos sobre los bardos de tuneras indias.

Ezequiel B. se reía a carcajadas casi borracho y “El Verdugo” tenyero no dejaba de usar el látigo cada vez con más fuerza sobre unos hombres que casi agonizaban.

Bajando la piconera se veían luces de un coche, eran B. Bravo y R. Peniche que venían a sumarse a la fiesta de la sangre, habían dejado el prostíbulo casi a media noche después de aquella celebración requeté junto al Hotel Madrid.

Los gritos de las víctimas de “El Verdugo” se escuchaban desde lejos. Eran gritos sordos, como las voces de los que se han abandonado al dolor sin esperanza. Los dos venían eufóricos con sus ropas azules y bromearon con Ezequiel B. sobre los sesenta y cinco que habían tirado con Eufemiano a la Sima el sábado pasado.

Ya era hora de acabar con los nueve hombres, "El Verdugo", no podía más y cada latigazo le producía arcadas de asco al salpicar tanta sangre y trozos de carne.

Los llevaron con las manos atadas a la espalda casi inconscientes, solo el joven J. Santana balbuceó algo sobre lo que iban a hacer con ellos, adónde los llevaban, pero Pernía le contestó con un culatazo en la cabeza.

Llegaron al pozo cerquita del túnel que sale al mar a pocos kilómetros de la Factoría y arrojaron al primero entre gritos y ruegos. Los demás en silencio cayeron rápido, casi mecánicamente los fueron empujando y solo se oían golpes secos contra los muros volcánicos de aquella excavación antigua de agua salobre.

Terminaron el trabajo del día satisfechos y Ezequiel bajó el coñac del alpendre de Juanito B., se pasaron la botella sentados junto a los sacos de guano.

Un olor a estiércol inundaba el ambiente y más abajo junto a los acantilados el ruido del mar se percibía rompiendo entre las rocas. El sol comenzaba a salir por el horizonte, mientras iban llegando como fantasmas entre sombras las primeras mujeres aparceras dispuestas al inicio de la zafra.

La fosa del fin del mundo

El joven sindicalista de la Federación obrera, Ismael Chirino, no sabía bien por qué los llevaban destino a Artenara[6] por la carretera vieja de Juncalillo[7], el joven moganero atisbaba lo que podía desde el camión junto a los demás presos, como se dirigían a esa zona despoblada, alejada de toda civilización. Era insólito que el camino no fuera hacia los pozos de Arucas[8] y Tenoya, a la Marfea[9] o a la temible Sima de Jinámar[10], los lugares habituales donde las “Brigadas del amanecer” llevaban a los republicanos para asesinarlos y desaparecerlos para siempre.

El viejo cacharro con ruedas avanzaba subiendo y echando humo, atravesando el pequeño pueblo de la cumbre, desviándose directamente hacia el Pinar de Tamadaba por una carretera de tierra con muchos baches

—¿Dónde nos llevarán? —dijo Elías Trejo en muy bajita voz, Ismael solo lo miró con los ojos llenos de lágrimas, aquel destino era inexplicable, pero los doce hombres sabían que se acercaba el momento de la muerte.

Un olor a pinocha[11] inundaba el ambiente, el cielo despejado, se veía aquella luna llena tardía aunque fuera de día, el calor de aquel agosto del 37 agudizaba las heridas de la tortura en Los Giles, los golpes del verdugo tenoyero con la pinga de buey, las patadas y puñetazos de los falangistas en tres noches interminables, sin dormir, sin agua, sin comida, solo tortura sin preguntas, el dañar por dañar simplemente por hacer sufrir a unos hombres por pensar diferente.

Las cadenas y las sogas de pitera apretaban mucho las muñecas, casi no podían moverse, los tres hermanos de Piso Firme estaban semiinconscientes, las heridas y la paulatina pérdida de sangre los conducía hacia una oscuridad sin retomo.

Fermín Cabrera, el carpintero de Gáldar, rezaba en baja voz, se escuchaban los padrenuestros, los Ave María, una especie de rosario repetido, monótono, siniestro, cuando entre el pinar el frenazo los golpeó unos contra otros, delante se escuchó el acento

inglés de Leacock, hablaba con Eufemiano sobre la necesidad de cavar la fosa cerca del Roque Faneque.

Al momento se escucharon muchos gritos, voces despectivas, insultos, haciéndolos bajar a golpes, se vieron como animales heridos en medio de aquel bosque inundado de belleza, gamonas, jaras, jarones, el canto de los pinzones y un aire frío que venía de los acantilados del fin del mundo, desde donde se veía la isla de Tenerife, el sagrado Valle de Agaete.

Los hicieron caminar por aquel sendero, rodeados de requetés[12], guardias civiles y los niños de papá de las brigadas eufóricas, conduciendo aquel rebaño de hombres destruidos.

Ismael conocía la zona, había estado muchas veces, recordaba aquellos años cuando trabajaba en los hornos de brea, le era familiar el entorno, la energía que brotaba de aquellos parajes vírgenes, solo habitados por los antiguos canarios, aquel pueblo bereber que supo desnudar el latido de la tierra.

Llegaron a un lugar indeterminado, entre los pinos se veía el majestuoso roque sagrado de Faneque, el mar de nubes comenzaba a subir desde el mar, los guirres[13] volaban sobre los pinos como intuyendo que algo terrible iba a suceder.

Los requetés soltaron a los reos, cortaron las sogas, aflojaron las cadenas, mientras los apuntaban con los máuseres[14] y las pistolas de aquellos personajes con tricornio. Sacaron varios sachos[15] y picos y los obligaron a cavar. La tierra era dura por momentos, aunque no era difícil violar aquella arcilla virgen que olía a tristeza, así estuvieron como tres horas, sabiendo que lo que cavaban era su propia tumba.

Llenos de tierra, sudados, con la sangre mezclada con el polvo de Tamadaba[16], las manos rotas, los hicieron arrodillarse a latigazos y patadas, los niños ricos se encargaron del tiro en la nuca, uno a uno, como una especie de ritual, entre burlas y bromas, como hacían en las prácticas de tiro del club inglés de Bandama.

Los hombres cayeron como piedras de acero, una masa amorfa, unos encima de otros, como abrazados. Ismael Chirino estaba todavía vivo, herido de muerte, la bala solo le rozó la sien, la tierra le caía encima mientras veía las caras de sus asesinos, aquel sabor de los días de trabajo en Inagua, la tierra que tanto amaba, se

tragó el barro mezclado con sangre, no tardó en asfixiarse, fue rápido, los falangistas y guardias civiles se apresuraron en tapar del todo la fosa, echaron pinocha por encima como tratando de ocultar, de confundir a las primeras estrellas que asomaban en el infinito, ya se hacía de noche y el silencio inundaba la magia del pinar. A lo lejos se percibían las luces de la isla vecina, la niebla que mojaba las copas de aquellos árboles centenarios.

Todos los uniformados y los ricos paisanos subieron hasta la Cueva del Zapatero[17], hacia frío, allí pararon un rato para tomarse cinco botellas de ron de caña, un poco de queso majorero, pan bizcochado, gofio[18] amasado con agua, antes de subirse a los coches, al desvencijado camión de los tomateros del británico terrateniente del sur de la isla, el ruidoso guineo de un motor desajustado, solo algún comentario de Eufemiano, el resto callaban, incluso los guardias civiles, en un silencio que los llevó de vuelta a la capital, a la capitanía de la calle Triana, con las manos manchadas de sangre.

La Isleta de aquel inmenso dolor

El abismo recorría la vida cotidiana de aquellos hombres, miles de prisioneros en el campo de concentración de La Isleta[19], una zona volcánica que un día fue isla, el islote indígena con aquella playa, El Confital solo traspasado en su frontera natural cuando había rituales mágicos asociados a la muerte, a las ofrendas al dios Magec[20] en épocas de sequía o temporales de arena africana.

Juan del Pino, Orencio Suárez, "el gallego", Enrique Calatrava, ocupaban las mismas literas de madera, dormían apretados unos contra otros para evitar el frío del hambre y el viento helado de la montaña sagrada. Meses antes sus vidas eran normales, Juan trabajaba colocando tuberías de agua por media isla, Orencio era médico en Santa Brígida, Enrique, de La Gomera, estaba destinado en la isla, era guardia civil y desde el primer momento se negó a obedecer las órdenes de los criminales golpistas, por lo que fue expulsado del cuerpo, encarcelado, condenado a muerte en un consejo de guerra sumarísimo junto a doce soldados, dos capitanes y un teniente. Le esperaba el fusilamiento, él lo sabía, siempre lo había traicionado la claridad, la coherencia, las ideas tan claras desde que era niño, los bellos días cuando acudía a la escuelita de Mondariz, cerca de Pontevedra.

La aglomeración de hombres presos sin casi agua para beber, para asearse, letrinas que nunca se limpiaban, generaba todo tipo de plagas y enfermedades mortales, las pulgas se metían en la ropa, no salían hicieras lo que hicieras, los piojos habitaban en cada cabeza como quien toma posesión solemnemente de un nuevo espacio de vida, la comida, por llamarle de alguna forma, siempre llena de bichos, de chinches y gusanos de muerto, una especie de caldo que olía muy mal, siempre lo mismo cada día, un alimento insuficiente para tanta miseria.

En las mañanas sacaban los muertos de las naves militares, un infierno de hombres desnutridos, con los huesos a flor de piel, cabos de vara[21] golpeando todo el rato, tortura, muertes a palos, gritos constantes y unas noches heladas, donde el viento del norte

penetraba en lo más recóndito del alma, destruyendo la dignidad, las ideas, la fuerza para la resistencia de aquellos comunistas, anarquistas, socialistas, republicanos, demócratas defensores de la República española.

Aquel octubre del 36 fue distinto, el teniente Lázaro regresó de Tenerife, llegando a Gran Canaria para quedarse, el general García Escámez le encargó que se hiciera cargo del campo de concentración, le insistió en que hacía falta *mano dura, menos debilidad* con aquellos rojos prisioneros, *que era necesaria estructurar esa cruzada* ese espacio de muerte y dolor en el viejo islote del Puerto de la Luz.

La misma mañana que entró el teniente los cabos de vara formaron junto a la alambrada de la entrada, donde esperaban cada día cientos de mujeres y niños, familiares de los presos, que se pasaban horas de espera, para en muchos casos serles negada la posibilidad de ver a sus seres queridos, mujeres humilladas por la soldadesca, por los falangistas, que aprovechaban embriagados de ron de caña la llegada de las mujeres para humillarlas, una especie de piropos sexuales, todo tipo de burlas relacionadas con sus pechos, con sus culos, la impotencia de sus maridos, un escarnio que hacía llorar a los chiquillos, que veían a sus madres en medio de aquella gentuza uniformada.

Lázaro pasó revista a su tropa, un ejército armado con los máuseres, lanzó sus arengas, incitando a los soldados, requetés, guardias civiles y falangistas, para que aumentaran la represión, el maltrato, los golpes, las palizas diarias hasta la muerte detrás de las letrinas.

El sargento Bombín le escuchaba atento, le profesaba verdadera devoción, habían estado juntos en África con el general Franco, *matando moros* decían siempre entre sonrisas cómplices, *follándonos a sus mujeres*, en el antiguo Sahara español.

El brigada Samsó y el subteniente Bravo de Laguna, miraban emocionados, escuchando los ardores guerreros más patrióticos de aquel desquiciado personaje, los gritos histéricos del viejo militar de Burgos, los insultos a los presos, los “vivas” a la muerte, las bienaventuranzas a bayoneta calada contra las hordas marxistas, *por la infinita misericordia de nuestro señor Jesucristo*, decía el

capellán con sotana y pistola al cinto mientras bendecía las palabras de Lázaro, el mismo cura que daba los tiros de gracia en los fusilamientos del campo de tiro, desde donde cada día se escuchaban los disparos, los gritos de terror de los paisanos que traían de los pueblos, humildes hombres comprometidos que lloraban de miedo antes de ser tiroteados por el pelotón de reemplazo.

Juan, Orencio y Enrique “el gallego”, se disponían a descansar después de haber estado picando piedra durante toda la mañana cuando se les acercó el teniente Lázaro, tocó la cabeza del antiguo guardia civil republicano, mientras llamaba con la vista a los cabos de vara, en un instante los tres hombres se vieron rodeados, quince traidores con palos en la mano esperaban la orden del jefe del campo. Los tres se juntaron en una especie de abrazo, como buscando protección con sus cuerpos ante lo que les esperaba. Orencio alcanzó a decir algo, una especie de pregunta, saber al menos los motivos de aquella ejecución, pero no tuvo tiempo de terminar la frase, los cabos se abalanzaron sobre ellos, comenzaron a golpearlos salvajemente entre gotas de sangre, era como una especie de jauría de lobos sobre sus presas, desvalidos venados entre las dentelladas y los aullidos del odio.

El resto de presos veían todo en silencio, los militantes comunistas caían al suelo, se protegían como podían de los golpes, pero era inútil, se abandonaron enseguida, era demasiado el dolor, la fuerza de las barras de madera sobre sus desvalidos cuerpos, heridos, destrozados en el momento de la muerte.

Aún siguieron pegándoles después de fallecer, hasta que Lázaro no ordenará parar, había que seguir aunque solo golpearan sobre cuerpos destruidos, masacrados, arrasados por una ira jamás vista en la antigua Tamarán[22], sin parangón desde los tiempos de conquista, cuando la Iglesia y la corona de Castilla asesinaron a miles de indígenas, violaron a sus mujeres, asesinando a todos los bebés menores de dos años.

Los hombres pararon, dejaron de golpear cuando Lázaro bajó el sable, allí quedaron los tres cuerpos, la sangre bajaba por el camino de tierra hacia el comedor, un riachuelo rojo. Todos los

presos estaban helados, como una especie de estampa medieval, algo así como un coro de muertos vivientes.

El teniente bromeó con Bombín y Samsó, Bravo de Laguna hablaba de las putas del barrio de Arenales, los cuatro militares abrieron en el pabellón de oficiales una botella de vino manchego, brindaron entre risas por la “santa cruzada”.

Abajo los cuerpos ardían bajo el sol con los ojos abiertos, el día estaba despejado, no acababa de entrar el otoño, el camión de la carne llegaba a la entrada del cuartel, el destino estaba claro, la fosa común del cementerio de Las Palmas, el lugar donde seguían llevando los cuerpos de la carnicería.

El campo de concentración recuperó por un instante la “normalidad”, en esas horas no hubo palizas, el grupo de casi tres mil presos reposaba sobre el picón de lava, algunos dormían, el silencio estremecía, en el horizonte se percibía como flotaba la arena del desierto sobre el mar.

La jauría de la luna llena

Los obligaron a caminar con las manos atadas a la espalda por la explanada de Los Giles, antiguo municipio de San Lorenzo[23], una oscuridad solo paliada por las luces tintineantes del viejo camión de los tomateros. Eran cinco hombres jóvenes y más de quince falangistas, el camino no era nada fácil por un terreno tan escarpado, cuando caían al suelo los golpeaban con palos y una pinga de buey, la que manejaba hábilmente el conocido como “Verdugo de Tenoya”.

La idea era conducirlos al agujero volcánico conocido como “la fusnia”, un tubo creado por las erupciones de los tiempos remotos en los que la isla surgió del mar. Mientras avanzaban se hacía una especie de silencio, solo interrumpido por los gritos y golpes de aquellos infames personajes con correajes y pistolas al cinto.

Rubén Cabrera, militante comunista, Santiago Alcántara, miembro de la CNT, el joven, casi un niño, de apenas quince años, Dionisio Tejera y los viejos miembros de la Federación Obrera y el Frente Popular, Pablo Santana y el panadero valenciano, Santiago Verdú.

Todos avanzaban resignados, conscientes del cruel destino final, no había forma de soltarse de aquellas incómodas ataduras, ya sabían lo que les esperaba, el terrateniente y empresario del tabaco, Fuentes, ya se los había adelantado mientras los torturaban en la finca de “Las Maquinas”:

—Van a morir como perros en la sima, rojos asquerosos.

Detrás de la comitiva de la muerte venía un perro pastor, los había seguido desde que sacaron de su casa a Rubén en Tamaraceite, el peludo y enorme animal no entendía nada o quizá sí, solo se limitaba a perseguir lo que le habían quitado, aullaba cuando observaba los golpes, los gritos y gemidos de los hombres, el policía municipal Pernía lo había tratado de ahuyentar con varias patadas, pero el can solo se alejaba por unos momentos, para volver a seguirlos a cierta distancia, la que le daba la oportunidad de

sentir el olor de su amo, posiblemente su calvario camino del sacrificio.

Un vez llegaron al agujero, los obligaron a arrodillarse, mientras el hijo del conde y el cacique Betancor ordenaba al “verdugo” que los golpeará más fuerte, Dionisio se tiró al suelo boca abajo, el muchacho no aguantaba ya el dolor, tenía el cuerpo lleno de sangre y un ojo casi arrancado por aquella especie de látigo, el perro los miraba desde la parte alta, una pequeña colina repleta de tuneras[24], el guardia Santos comenzó a darle patadas, el chiquillo dejó de gemir, de respirar, ya estaba muerto.

—Te pasaste cabrón —dijo entre risas el millonario empresario inglés del sur de la isla.

Lo agarraron en volandas y lo tiraron a la sima, no se escuchó nada por unos segundos, lo que daba una idea de la profundidad, luego varios golpes secos y un silencio aterrador.

Los dos sindicalistas pedían por sus hijos, por sus mujeres, que se apiadaran, pero todo era inútil, Betancor arrastró al valenciano por las sogas de sus pies, el hombre se resistía, se revolcaba como una serpiente, hasta que se vio al borde del precipicio, el requeté Del Castillo agarró a Pablo Santana por las axilas, los colocaron juntos y a Eufemiano solo le bastó con un pequeño empujón, los dos cayeron al fondo, los golpes contra las paredes los destrozaron en pocos segundos.

Solo quedaban Santiago y Rubén que seguía de rodillas gritando, insultando:

—¡Asesinos de mierda! ¡Fascistas! ¡Hijos de puta!

Lo siguieron golpeando, entre los aullidos lastimosos de su perro, que no dejaba de mirar con asombro lo que sucedía en el borde de aquel barranco. El cabo Cisneros de la guardia civil los arrastró por los pelos, el joven seguía lanzando insultos:

—Vas a morir perro comunista —dijo el falangista De Lugo, en el momento que los empujaba para que cayeran violentamente al abismo de lava petrificada.

Luego se dedicaron a recoger los zapatos, limpiar los restos de sangre tapándolos con tierra, para regresar entre bromas y chascarrillos al camión que estaba junto al pequeño almacén de tomates.

El perro bajó lentamente la pequeña loma, se acercó oliendo el suelo, lamió con cariño las gotas de sangre de su amo que estaban sobre una pequeña piedra, se quedó sentado en el borde del agujero, allí pasó toda la noche, hasta que la luna dejó de brillar en el infinito.

La liturgia de la muerte

El cura de La Isleta se acercó al campo de tiro tras la llamada del teniente Lázaro, había que intentar confesar a los cinco rojos que iban a fusilar esa tarde de marzo, atravesó la inmensa explanada de los desfiles y juras de bandera, preguntó al cabo de guardia donde estaban los reos, tras una llamada telefónica, al momento aparecieron un grupo de falangistas que lo guiaron hasta el pequeño barracón, allí se encontraban cuatro paisanos, entre ellos el joven alcalde comunista de San Lorenzo, Juan Santana Vega, los llantos se escuchaban desde la distancia. En la puerta vigilaban dos soldados con bayoneta calada, se abrió la puerta y en su interior estaban aquellos hombres, pálidos, asustados, desencajados, con heridas en la cara, magulladuras en los brazos, sangre en sus ropas de los golpes recibidos en el traslado, un viaje accidentado desde el campo de concentración de Gando[25], con varias paradas para apalearlos.

Aquel viejo sacerdote sacó de una pequeña bolsa de papel, el rudimentario instrumental, los objetos litúrgicos que usaba en los últimos momentos de sus feligreses, dio las buenas tardes, eran las 12,00 del mediodía, faltaban solo cuatro horas para el fusilamiento de los cinco de San Lorenzo, Manuel, Antonio, Francisco y Juan, en otro punto del cuartel de artillería tenían recluido a Matías López, su condición de militar llevaba otro protocolo previo a la ejecución, tras la sentencia del consejo de guerra sumarísimo por “rebelión militar”.

—Vengo a ayudaros en estos momentos previos al encuentro con nuestro señor Jesucristo en su infinita misericordia.

Los hombres solo lo miraron como estupefactos, no dijeron nada, el llanto brotaba de varios, Pancho pedía por sus tres hijos y su mujer, el párroco se limitó a escuchar, dar bendiciones y echarles su agua bendita, era imposible realizar una confesión en aquel ambiente de desesperación, todos sabían que iban a ser fusilados, su delito, defender la legalidad vigente, haber sido elegidos en elecciones democráticas, trabajar en aquel desgraciado

ayuntamiento, colaborar en la mejora de las condiciones de vida de las personas empobrecidas.

El capellán militar ya le había advertido de su intento de confesión a Matías López, como se negó, le dijo con una entereza que daba miedo, *que venía a apadrinar el crimen*. El cura con galones de sargento le advirtió con palabras rudas y marciales, *que estos rojos no tenían remedio, que preferían morir en el pecado que entregarse a los brazos piadosos y misericordiosos de nuestro señor*.

No dejaba de ser duro para aquel clérigo de barrio ver a aquellos hombres jóvenes a punto de ser fusilados, le costó mucho pasar aquellos escasos instantes en un recinto impregnado de tristeza, en el fondo sabía que no habían hecho nada malo, que el terror implantado por la oligarquía isleña y el ejercito iba a causar cinco muertes más, miles en toda Canarias en unos meses de terror, de odios, de falsas acusaciones, de paseillos de madrugada, de crímenes horrendos, de torturas y violaciones en comisarías y cuarteles.

Los reos callaron, se hizo un silencio sepulcral, cuando el cura rezó un padrenuestro arrodillado ante ellos con los brazos en cruz, le escucharon hablar de la muerte de Cristo, de que fue traicionado por Judas, de cómo los romanos no aguantaron que defendiera a los humildes, que nunca le perdonaran que siempre estuviera rodeado de tullidos, prostitutas, leprosos, personas expulsadas de sus casas por los crueles legionarios.

Por sus mentes pasaron a una velocidad de vertido, entre los rezos del sacerdote, los momentos de lucha, las asambleas en los tomateros bajo la mirada amenazadora de los capataces, de los terratenientes que llenos de odio siempre acababan llamando a la guardia civil, la represión, las reuniones interminables en el partido, en la Federación Obrera, la satisfacción de ayudar a muchas personas, de defender sus derechos sociales y sindicales, aquel hermoso día del triunfo electoral en las elecciones municipales, aquella mayoría absoluta del Frente Popular, las celebraciones, las banderas republicanas, el momento de la toma de posesión de un alcalde del pueblo, maestro albañil, obrero y proletario.

Don Juan recogió todo su instrumental sagrado bajo la mirada de los hombres sentados en un rincón, acurrucados, como buscando un calor maternal, con los brazos por los hombros, observando como el representante de Cristo les dio la última bendición, antes de partir.

Pancho alcanzó a pedirle por sus hijos cuando salía, el cura le dijo que estuviera tranquilo, que localizaría a su mujer en Tamaraceite, no lo hizo nunca, solo se fue cabizbajo, con la piel erizada, casi enfermo de algo parecido a la tristeza.

Al otro lado del cuartel el teniente Lázaro, junto al capitán Bombín y el Sargento Samsó, preparaban el pelotón de fusilamiento, simulaban un fusilamiento, como quien ensaya una obra de teatro macabra, una alegoría de la muerte impulsada por los mandos del alzamiento, un “Viva la muerte”, que definía aquel golpe de estado genocida.

El cura llegó a su parroquia del Carmen media hora antes del fusilamiento, se fue directo al altar y se arrodilló ante la imagen de Cristo crucificado, no sabía muy bien que decir en su plegaria, el estómago revuelto, algo de culpabilidad indefinible. En la montaña de La Isleta se escuchaban los disparos, una ráfaga terrible, un silencio, cinco tiros de gracia.

La madrugada tenía olor a salitre cuando se los llevaban

Esa noche se tuvieron que meter rápido en las literas de madera del campo de concentración de Gando, los “cabos de vara” pegaban más que nunca, como siempre, cumpliendo órdenes del sanguinario teniente Lázaro. Los hombres corrieron como pudieron convertidos en sacos de huesos por la mala comida con chinches, la ausencia casi total de agua para beber, la escasa higiene de una ducha masiva y breve por semana.

Los camaradas del consejo de guerra del municipio de San Lorenzo (Gran Canaria), dormían muy cerca en la misma zona de El Lazareto, la antigua leprosería que hacía las veces de infierno fascista, donde cada día se producían muertes por hambre, tifus, gripe o las patadas y palos de los falangistas y sus chivatos.

Aquella tranquila nocturnidad de julio era ventosa, Juan Santana Vega y Pancho González Santana conversaron en baja voz, el indulto de Franco no llegaba y pasaban los días. En el fondo sabían que nunca llegaría, que si llegaba lo ocultarían, eran conscientes de que la patronal jamás les perdonaría las huelgas desde los años 20, las acciones sindicales en las fincas de los terratenientes, el haber ganado unas elecciones municipales por mayoría absoluta, de triunfo de la clase trabajadora en aquel rincón empobrecido del archipiélago.

El chiquillo Valencia les susurró algo desde la litera del fondo, iba bien con sus clases de alfabetización, don Manuel Monasterio, lo tenía adoptado, le enseñaba junto a otros compañeros las cuatro reglas, el alfabeto y algo de historia de España.

Antonio Ramírez Graña no podía conciliar el sueño, daba vueltas en el colchón duro como una piedra, trataba de ver algo por

la ventana y la noche era oscura, con un viento atronador removiendo la arena de la cercana playa cercada por alambradas. Al final se le cenaron los ojos y en ese momento escuchó un sonido atronador, pisadas de botas, puertas que se abrían y cerraban, voces rudas que gritaban los nombres de los “cinco de San Lorenzo”. En ese momento supo que había llegado la hora, que el fusilamiento era inminente, el trato de dormirse de nuevo, que todo fuera un sueño, mientras alguien le destapó la sábana sucia, era Manuel Hernández Toledo, que lo miró con lágrimas en los ojos:

—Nos llevan hermano, nos llevan para matarnos...

Todos se levantaron, se agruparon en torno a sus lechos, eran como cincuenta hombres, presos, desnutridos, sucios, con miradas perdidas y ojos llenos de lágrimas. Pancho consiguió pedir por sus hijos, por su mujer, que se encargaran de ellos desde el “Socorro rojo”[\[26\]](#), que no los abandonaran. Juan repartía lo poco que tenía entre los presos, el cinturón, la boina, el lebrillo vacío de gofio. Los demás estaban como petrificados, eran minutos, quizá segundos, que envejecían como un niño ante un horno crematorio, como el final de una historia interminable, un latido de furia, como aquella noche del triunfo ahora perdida en la nebulosa de los meses.

Los llantos inundaron el recinto, Gando sabía lo que pasaba, los miles de hombres apresados intuían que se los llevaban para fusilarlos, ya lo habían hecho antes con los de Telde, con los cinco de La Isleta, tantas almas masacradas, arruinadas en vida por parte de un ejército traidor, una oligarquía corrupta, incapaz de perdonar la lucha del pueblo por sus derechos.

En ese momento terrible se formó una especie de pasillo humano que los despedía, varios gritaban palabras ininteligibles, el resto lloraban, no podía ser que los mataran, no habían hecho nada, solo defender la democracia, la legítima república de los sueños.

El alcalde comunista de San Lorenzo alcanzó a decir unas breves palabras, el joven Juan Santana Vega se despidió de sus camaradas, tantas caras amigas y ojos rojos de sangre, miradas nobles que pudo ver antes de subir al camión de la carne humana, el que llevaba los reos al campo de tiro y luego los cuerpos a la fosa común del cementerio de Las Palmas.

Cuando salieron encadenados se cerró la puerta, solo escucharon lamentos, gritos de los militares y falangistas, el sonido de un motor oxidado, viejo, el olor a gasoil y Virginio, una partida para no verlos más, el final triste de una historia rebelde, fraterna, que comenzaba en la alborada de un verano invencible.

Lactancia entre la muerte

La niña Luisa, de apenas dos añitos, siguió mamando tras el fusilamiento de Lidia Cabrera, su madre. La escena era dantesca, las cuatro mujeres muertas, la bebé abrazada, como tratando de sacar la última gotita del líquido del amor, el cura Tomás Pérez Padilla, comenzó a dar los tiros de gracia mientras bendecía los cadáveres, la chiquilla lloraba mamaba, mamaba y lloraba, no quería separarse de aquel cuerpo todavía caliente, suave, tierno, de una mujer que apenas llegaba a los veinticinco años, de profesión costurera, casada con Pedro Ortuño, carpintero, vecino de Zafra, asesinado varios días antes en la plaza de toros de Badajoz, junto a miles de compañeros del ejército republicano, una masacre ejecutada bajo el mando del criminal de lesa humanidad, coronel, Juan Yagüe.

Luisa conoció a Pedro en el municipio de La Aldea de San Nicolás, Gran Canaria, ella apenas tenía dieciocho años y en aquel baile de taifas^[27] vio a aquel hombre alto, moreno, con los penetrantes ojos marrones, que vino a las islas a realizar unos trabajos en el puerto, a través de una empresa de Cádiz. Él la sacó a bailar con mucha timidez, pasaba un fin de semana en ese pueblo lejano con un grupo de amigos que lo invitaron, luego todo fue mágico, enseguida conectaron, ella estaba afiliada a la Federación Obrera, él al Partido Comunista, tenían tanto que compartir, tantas ilusiones de cambios sociales, tantas lecturas, que las siguientes semanas todo eran cartas, casi una cada día, visitas de Juan los sábados, recorriendo muchos kilómetros por amor a aquella mujer joven y bella.

En menos de un año se casaron en Gáldar, noroeste de la isla, se fueron a vivir a una casita en La Isleta, corría el año 1933 y todo

era felicidad, tiempos de justicia, de dignidad, de un futuro que se avecinaba esperanzador para toda la gente que creía en la libertad, en la democracia. A Pedro desde la empresa decidieron trasladarlo a Cádiz y tuvieron que mudarse a vivir al Barrio de La Viña, muy cerquita de la playa de la Caleta, allí se establecieron y Lidia era muy feliz por su parecido con Canarias, tanto en los paisajes, como en su gente, muy amable y hospitalaria.

En Junio del 36 ya tenían a la pequeña Luisa, aquella niña morena, con los ojos marrones como su padre y fue el momento de las malas noticias, se veía venir el golpe de estado, todo el mundo hablaba de un militar llamado, Francisco Franco, cuando en pocas semanas se enteraron en la sede del Frente Popular que había estallado una sublevación militar, que ya en julio de 1936 empezaron a matar gente en África y en Canarias.

Las noticias eran muy confusas, pero todo auguraba una inminente guerra, donde quienes defendían la República no iban a permitir que la oligarquía, la Iglesia católica y los militares sediciosos acabarían con aquella semilla de esperanza, con los avances sociales que estaban transformando un país con estructuras medievales.

En ese momento cuando decidieron trasladarse a Zafra, fue un viaje rápido, instalándose en el humilde hogar de la madre de Pedro, doña Julia Barragán, la viuda del maestro de escuela, José Juan Ortuño, muy conocido en la comarca, homenajado en varias ocasiones, por su inmensa dedicación a la educación de los niños y niñas más desfavorecidos.

Al poco tiempo Pedro partió a incorporarse al ejército popular de la República, la guerra estaba en marcha, había que resistir el embate fascista financiado por las grandes fortunas españolas, por el fascismo alemán e italiano. Lidia se quedó con la madre de Pedro, la niña cada vez más grande, los meses de tristeza e incertidumbre cuando llegaban las noticias de que se estaba perdiendo la guerra, que un tal Coronel Yagüe estaba asesinando a miles de personas en cada pueblo de Extremadura que tomaban, que los moros de Franco violaban a todas las mujeres libertarias o comunistas, que se estaba produciendo una masacre jamás vista en la historia de España.

Parecía que la paz de aquella casa jamás podría ser quebrantada, pero aquella mañana llegaron triunfantes vestidos de azul, con banderas del Facio, sacaron a Lidia con Luisa en brazos, las llevaron a la plaza del pueblo, allí estaban todas las mujeres, los hombres mayores, los maestros que no habían ido a la guerra, un cura obrero que iban a fusilar en unas horas, eran cientos, que fueron trasladados en camiones a Badajoz. En la entrada de la ciudad se escuchaban las ráfagas de los pelotones, el sonido estruendoso de los máuseres, los gritos de miles de personas que estaban siendo asesinadas, fusiladas o toreadas hasta la muerte en la plaza de toros, donde distintos diestros y banderilleros muy conocidos se prestaron al holocausto.

Yagüe ordenó matar para que no quedara rastro de la semilla marxista, Lidia lo sabía, hasta el momento en que después de conocer por un falangista vecino que acababan de fusilar a Pedro unos días antes, que no iban a dejar a nadie vivo, que la consigna era asesinar, desaparecer, torturar, masacrar a todo un pueblo.

La muchacha andaba entre la multitud desesperada con la niña pegada a su pecho, abrazada en silencio, como temiendo a su corta edad la que se avecinaba. Los militares, los moros, los falangistas, los curas, las damas de la oligarquía les insultaban, les golpeaban entre patadas, puñetazos, golpes con palos o con las culatas de los fusiles, eran miles de personas detenidas escuchando el atronador ruido de los fusilamientos masivos, los gritos, llantos y lamentos de las violaciones de cientos de mujeres, palabras en árabe, en castellano, hipócritas bendiciones de los curas pistola al cinto y correaes.

Entre el bullicio interminable Lidia Cabrera se vio ante el pelotón de fusilamiento, le quitaron a la niña, ella gritó:

—Qué la maten conmigo, no quiero que se la queden gentuza, asesinos.

Los tiros sonaron, más sangre, las cuatro mujeres muertas, los tiros de gracia del párroco Pérez Padilla, la niña que se soltó de las manos de la vieja monja falangista, gateando hacia su madre, agarrándose a su pecho, sacando la teta para empezar a mamar ante la mirada atónita de los fascistas, una especie de homenaje a la vida entre la sangre, el crimen y la muerte.

La playa del cielo que estalló en pedazos

El grupo de hombres evadidos alcanzó los riscos del Pinar de Linagua, la niebla inundaba las montañas, un aire helado en pleno mes de julio que atravesaba como un puñal de hielo sus escasos abrigos, una sola manta para los tres, que aprovechaban para taparse en las noches apretujados unos contra los otros buscando calor.

Esteban Granado, Sergio Acosta y Roberto China, eran vecinos de Las Palmas de Gran Canaria, aunque Roberto había venido de muy niño a la isla con sus padres desde La Gomera.

Eran miembros del Frente Popular sin adscripción política a ninguno de los partidos que formaban esa confluencia de la izquierda, pero se comprometían al máximo con esa causa para terminar con el empobrecimiento generalizado, los abusos de poder de los terratenientes, unas relaciones laborales de carácter medieval, donde se trabajaba de sol a sol sin seguridad social, sin contratos de trabajo, con todo tipo de abusos, que incluían en algunos pagos, hasta el derecho de pernada de los caciques sobre las mujeres más jóvenes.

Los tres sabían que cerca de allí en el Barranco del Asno, habían capturado días antes al diputado comunista Eduardo Suárez, al socialista y delegado gubernativo Fernando Egea, junto a sus dos mujeres, una de ellas embarazada de ocho meses, cuando fueron abandonados por el patrón de un barco que partió del Puerto de las Nieves (Agaete), siendo delatados por el marinero a las fuerzas fascistas, capturados y juzgados de forma injusta en consejo de guerra, para ser fusilados en agosto de 1936.

El cerco se estrechaba, ellos lo sabían, tenían que ser muy cautelosos en cada movimiento y contaban con la suerte del conocimiento exhaustivo del terreno de Esteban Granado, que había trabajado muchos años en los hornos de brea de la zona, lo que le daba una gran seguridad al saber dónde estaba cada cueva, cada agujero, cada grieta de lava, los lugares menos visibles de los prismáticos de la guardia civil, los falangistas o militares.

Aquella noche de viento la pasaron en una cueva de los antiguos canarios, donde había abundante material arqueológico en superficie, incluso recipientes de barro en buen estado, varios símbolos familiares conocidos como “pintaderas”[\[28\]](#), que según algunas teorías se usaban como sellos para la piel, un molino de piedra para hacer gofio y al fondo una tumba, una mujer momificada con mechones de un pelo rubio y brillante, que parecía descansar en la paz de aquel acantilado sin casi acceso, donde seguramente nadie había llegado después de la masacre castellana sobre aquel pueblo originario.

Muy de mañana partieron sin tocar nada de la cueva, dejándola intacta, la mujer momificada parecía que los miraba, sintieron que era casi un pecado alterar aquel templo del pasado, donde otros seres, en otra época, también tuvieron que huir de los mismos asesinos, de la misma Iglesia católica, de los mismos poderosos en busca de nuevas tierras para su enriquecimiento colonial, la misma explotación, el mismo genocidio sobre todo un pueblo humilde y noble.

Se dirigieron al barranco de Guguy desde el Roque de Bermejo, entre los brezos, la madrugada era ventosa, se veía claramente el planeta Venus alumbrando el infinito. Los tres bajaron en silencio, no se veía nadie, solo los balidos de las cabras guanilas, que pastaban libres entre cardones y tabaibas[\[29\]](#) gigantescas. Miraban hacia atrás con frecuencia, no había señales de la brigada, no se escuchaba el sonido de las botas militares, solo el viento atronador, una ligera lluvia y una suave neblina que disminuía según bajaban hacia el mar, seguían sin ver a ningún ser humano, una inmensa soledad que daba miedo, hasta llegar a la playa virgen en total bajamar, con escasas olas, un agua limpia que olía tremendamente a salitre.

Caminaron hacia Guguy Grande atravesando las rocas y en la orilla detectaron varios cuerpos inertes, se acercaron y eran cuatro hombres atados de pies y manos ahogados, con varios días de haber fallecido, todo parecía indicar que la corriente los había traído de algún lugar remoto, donde los franquistas los habían arrojado al mar, una más de las muchas represalias sobre miles de canarios,

unos cuerpos desamparados, amorfos, como muñecos de trapo, sin ropa, solo las ataduras clavadas en la piel.

Los tres hombres los taparon con arena en varios pequeños agujeros, en el horizonte se veían pasar los barcos, algunos de guerra, por lo que tuvieron que esconderse tras varios montículos de piedra para esperar que se despejara, que nadie los pudiera identificar.

El objetivo mantenerse todo el tiempo posible evadidos, ocultos, sin que nadie los viera, una especie de ejército derrotado en franca retirada, en una playa donde había agua de manantial, abundante pesca, pero un lugar que seguía siendo peligroso.

Aguantaron lo que pudieron, allí estuvieron casi seis meses, se adaptaron a un lugar mágico donde se veían cientos de delfines al amanecer jugando casi en la orilla, las reuniones nocturnas con un pequeño fuego tras los peñones, que no se viera desde el mar ni desde las escarpadas montañas.

Un día mientras dormían escucharon voces, gente comentando y comprobaron muy asustados que eran pescadores de Mogán y de La Aldea, que venían persiguiendo los bancos de sardinas.

Se acercaron a la orilla, se dejaron ver y los hombres de la mar desembarcaron, Sergio Acosta identificó a uno que conocía de las reuniones de la Federación Obrera, era Sebastián Ojeda, un joven pescador, acompañado de cinco hombres más. Todos se sentaron en la arena y los fugitivos les contaron su odisea, no tenían nada que perder, uno de los pescadores, Eliseo Junco, les ofreció llevarlos en su barco escondidos hasta el puerto de Las Palmas, consciente de que se jugaba la vida, allí podían meterse de polizones en algún buque de carga que saliera hacia África o Venezuela.

Tras debatirlo un instante, recogieron sus cosas y se metieron en el barco de pesca de dos proas, se taparon con redes y las viejas mantas entre el pescado agonizante y varios pulpos y calamares gigantes.

Llegaron de noche al muelle de La Luz, en la orilla se veían grupos de falangistas y militares, controlando el acceso a los barcos.

Eliseo les propuso elegir uno y nadar varios cientos de metros para escalarlo y esconderse en su interior.

Al rato vieron un barco argentino, calentaba motores para salir esa misma noche, no había otra salida, se lanzaron al mar tras abrazar al viejo pescador, le dejaron su vieja manta, la poca comida que tenían, una boina y un cuchillo canario por el gran favor.

El agua estaba fría, la oscuridad era casi total, llegaron al barco y desde abajo se escuchaban voces, un acento distinto, esperaron varias horas y cuando no escucharon a nadie subieron por las cuerdas de amarre, para refugiarse bajo unas lonas junto a un bote salvavidas. En poco tiempo el barco comenzó a alejarse de la costa, Esteban llevaba una bolsa con jarea[30] salada para los tres, un lebrillo de piel de cabra con agua salobre, que podría durarle varios días.

Abrazados sintieron como el mar se violentaba entre las olas, se durmieron como niños recién nacidos mientras se alejaban de su amada tierra a un destino incierto, lejano, una especie de ruta iniciática por el tiempo hacia los años donde existió la felicidad.

La tortura de los sueños sagrados

El Land Rover atravesó la calle Tomás Morales, dentro varios “grises” con metralleta, atrás en “la jaula” dos hombres jóvenes con barba, pelo largo y ropa vaquera, camisetas Lee Jeans y los ojos hinchados de los golpes. El comisario Tejada les daba con el puño abierto en sus cabezas, iba con ellos, sentado entre los dos, gritaba encolerizado, les pegaba todo el rato, les apretaba los testículos. Era un personaje con el pelo engominado y bigote fino, vecino de un pueblo de Toledo, llevaba varios años destinado en Las Palmas, sus “buenas prácticas” en la Dirección General de Seguridad en Madrid le habían generado un gran prestigio, un halo de crueldad que generaba miedo hasta en el resto de miembros de la Brigada de Información, sus ojos marrones parecían de loco, una bandera de España en el reloj, una insignia en el pecho con el yugo y las flechas definían aquella siniestra estampa.

Javier Morales y Antonio Moreno estaban juntos en la calle Triana cuando los detuvieron, la manifestación de estudiantes acabó muy mal, los rodearon desde San Telmo a la entrada de Vegueta, no tenían salida, solo meterse en los comercios, donde sus dueños los delataban avisando a los esbirros, que los esposaban a golpes, sacándolos a patadas hasta meterlos en los coches y furgones enrejados.

Ambos tenían 17 años, estudiaban en el mismo instituto, afiliados al movimiento de estudiantes casi desde que salieron de la EGB, aficionados a la música de protesta, las canciones de Víctor Jara, Quilapayun, Labordeta, Silvio, Pablo y toda aquella clandestina trova, poesía y música que apaciguaba el alma, que escuchaban en los encuentros de los sábados en la vieja casa de la playa de Las Canteras, donde viva la novia de Antonio, Silvia Monteagudo, la joven gaditana, cuyo padre trabajaba como capitán en los viejos barcos de una compañía noruega.

El jeep policial paró en la puerta de la comisaría de la Plaza de la Feria, el comisario Tejada le acababa de dar un codazo en la nariz a Javier, la sangre le brotaba a borbotones, por un momento perdió

el conocimiento, recuperándolo cuando se abrió la puerta y los sacaron a empujones entre varios policías armados, casi en volandas los llevaron a un oscuro pasillo, la entrada de aquella guarida del terror, se escuchaban gritos en cada habitación, golpes, descargas eléctricas, un sonido seco y un olor carne quemada.

Aquel viejo policía los agarró por la camiseta, acercó su cabeza, susurrándoles al oído:

—De aquí solo se sale muerto puercos rojos.

Javier no le quitaba la mirada y en ese momento le dio un cabezazo que lo tumbó redondo al suelo, al momento varios uniformados comenzaron a darle patadas de forma salvaje. Antonio se arrimó a la pared de aquel pasillo con las paredes manchadas de sangre, pero lo despegaron a golpes varios tipos de paisano junto a dos falangistas vestidos de azul, uno de ellos con una gorra roja calada que le tapaba uno de los ojos.

El pibe[31] del barrio de Zarate vio como se llevaban a Javier, como se perdía al final del pasillo acompañado del comisario y dos somatenes[32], sentado en el suelo, ya no se mantenía de pie, se quedó en aquella esquina junto a una de las celdas, esperando que de nuevo lo golpearan, se había orinado encima, la sangre la corría por los ojos, le enturbiaba la visión, cabeza gacha se quedó esperando, tratando de desaparecer, de fundirse y ser parte del hierro de las rejas de cada ventana.

Tejada levantó por los brazos a Javier, le hizo una especie de llave, empujándole los brazos contra el cuello, el joven no se quejaba, no decía nada, solo se escuchaba su respiración acelerada, eso desafiaba aún más al fascista:

—Habla cabrón. Dame nombres, teléfonos, direcciones del resto de la célula o te parto por la mitad hijo de la gran puta.

Lo llevaron a un sótano, apestaba a humedad, a cloaca, solo se escuchaba un llanto de mujer, era como entrar en otra dimensión, un lugar inmensamente lúgubre, del techo caían gotas de agua, hacía mucho frío:

—Tengo una sorpresita para ti chaval.

Javier no se inmutaba, solo resistía, los golpes secos en su cabeza, en su vientre.

Se abrió una puerta y salieron dos falangistas acompañados de un guardia civil con tricornio, dentro se escuchaban gemidos y gritos, una mujer atada sobre una especie de mesa de taller, desnuda, la manos atrás encadenadas, las piernas abiertas, los tobillos aprisionados por dos sogas de pitera que le cortaban la carne a altura de los tobillos.

—¿La conoces? —dijo Tejada—. ¿Sabes quién es?

En ese instante el muchacho vio su rostro, el pelo rubio enredado, aquellos ojos verdes llenos de lágrimas y sangre, era Silvia. Por un momento todo le pareció una pesadilla, quiso despertar, pero era imposible, era ella, era su amada, de la vagina le manaba sangre, sus pechos cortados, solo le quedaba la mirada, aquella mirada de la que se había enamorado en la verbena de la Plaza del Pilar aquella noche de mayo.

—Ahora vas a hablar. ¿Verdad? Aquí la tienes, tu querida novia, la hija del gaditano, ya se la ha follado medio cuartel. ¿Quieres que le metamos un hierro caliente por el coño?

El muchacho trató de soltarse, era imposible, Silvia lo miraba:

—No digas nada Javier, yo ya estoy muerta, no digas nada por favor.

En ese momento uno de los fascistas, de unos cincuenta años, gordo, barrigón, calvo, sudoroso, se bajó la cremallera y empezó a violarla de nuevo. Javier gritaba, una especie de alarido de animal herido, casi no podía moverse, lo agarraban, lo obligaban a mirar, a contemplar el martirio de lo que más quería en el mundo.

El muchacho se quedó callado, llegó hasta el final, al rato todo era difuso, su mente se nubló, ya no era él, Silvia dejó de gritar, la habitación se impregnó de una energía desconocida, de un olor a putrefacción, ni los policías se atrevían a hablar, la chiquilla dejó de respirar por la hemorragia, solo Tejada, gritaba:

—Saquéenlo de aquí a este hijo de puta, saquéenlo ya, no quiero verlo más, no quiero verlo más...

Aquella noche fue interminable, una especie de viaje hacia lo desconocido, una muerte en vida, el final de un sueño sagrado.

La zafra de la sangre

Juansito el caminero recogió la sangre de la cuneta en Casa Ayala, por allí había pasado el “camión de la carne” cargado de hombres camino del campo de concentración de La Isleta, había recibido órdenes de Eufemiano, el jefe de Falange, a las seis de la mañana en el bar de Los Giles, a pocos kilómetros de Las Palmas de Gran Canaria. El conocido terrateniente le pidió que limpiara los restos que dejaban las brutales heridas de los presos republicanos, que habían pasado una noche más de tortura en los descampados del Llano de las Brujas.

El viejo y antiguo empleado municipal vio pasar el camión, logró avistar las caras conocidas del alcalde comunista de San Lorenzo, Juan Santana Vega, el secretario municipal, Antonio Ramírez Graña, el inspector jefe de la policía municipal, Manuel Hemández Toledo y hasta el pelo enredado y negro del chiquillo Domingo Valencia de solo quince años, todos apiñados, amontonados en la vieja cafetera de cuatro ruedas, unos cuarenta y cinco hombres venían de una noche de terror, vejaciones y golpes. Sus ojos abiertos brillaban en aquellas caras desencajadas y ensangrentadas, nadie decía nada, un silencio atronador bajaba por aquella pista de tierra, usada solo por los camiones de los tomateros de los Betancores.

En la finca de “Las Maquinas” el conocido como el “Verdugo de Tenoya” recogía las botellas de ron de caña, el coñac del hijo del conde, los huesos del asadero de carne cochino y los restos de papel de periódico impregnados de sangre. La noche había sido productiva, habían torturado a casi cincuenta comunistas y anarquistas, en su mayoría de San Lorenzo, varios de Arucas y un muchacho muy joven, de menos de diecisiete años, de Agaete. Sabía que Eufemiano se había llevado a cinco a la Sima de Jinámar acompañado por el sobrino de Bonny y Carlos de Lugo, la camioneta siempre era la misma, aquella vieja Ford destartada que usaban en sus locas juergas nocturnas, cuando se

emborrachaban en La Salud y se iban a buscar a las cuatro putas del barrio de Arenales.

El auto tenía ahora otro uso, una especie de furgón mortuario, donde llevaban a los hombres para arrojarlos al agujero volcánico. El cacique opinaba que era mucho más discreto que los camiones repletos de hombres que gritaban y lloraban por el camino, sobre todo cuando pasaban por los barrios de Marzagán y Jinámar aquellas madrugadas frías, mientras los vecinos se asomaban acongojados, viendo el último viaje de sus compatriotas, rodeados de esbirros vestidos de azul que los golpeaban con las culatas de sus máuseres.

Era más discreto sí, opinaba Bonny, decía con sorna, que así la gente pensaría que iban con las “señoritas de la calle” a echarles un casquete en la piconera. Que dentro del furgón los gritos eran menos, que si alguno gritaba le podían meter un cabezazo a tiempo o una buena mordaza que hacía milagros, decía el sanguinario y rubio descendiente de los caciques ingleses del sur de la isla.

Recordaba el verdugo la conversación entre el joven Pedro Soria y el tabaquero, contando como el conocido luchador al que llamaban “Pollo Florido”, logró soltarse de las cuerdas de pitera a medio metro del agujero donde lo iban a tirar, como se fue como un toro a por los falangistas. *Vaya tío fuerte me cago en dios,* dijo el empresario, relatando como le disparaban y aún logró agarrar al requeté, ensangrentado, con capacidad para en una maña final arrastrar al fascista al fondo de la Sima de Jinámar.

Aquella noche había sido excelente, pensaba el brutal maltratador, mientras regresaba a Tenoya, su madre lo esperaba en el Lomo de las Viudas, la vieja sabía a qué se dedicaba, como compaginaba su trabajo de encargado de la finca de tomateros con la de sicario de los franquistas. A su madre no le gustaba nada, porque desde julio del 36 casi nadie la saludaba por el pueblo, la gente la miraba mal, con miedo y odio cuando iba a misa o a comprar a la tienda de aceite y vinagre[33].

Las dos flores destruidas de Ignacio “El libertario”

Era esa hora en que la madrugada despide un olor a jazmín en verano, era julio y el calor aflojaba cuando llegaba el amanecer, en ese preciso instante sucedió todo, se truncó aquel espacio de luz y felicidad, tocaron a la puerta, eran golpes, gritos, lo que el viejo anarquista no imaginaba jamás que fuera a suceder, las muchachas despertaron, dormían en el mismo camastro con colchón relleno de paja, Luisa susurró:

—Son ellos Cando, los de la brigada.

Ignacio Soto, era viudo desde hacía cuatro años, las dos chiquillas eran su esperanza de vida, dos flores bellas que cuidaba cada día, como quien riega un jardín de amor.

Anarquista por convicción, desde que conoció a Buenaventura Durruti en su exilio en Fuerteventura, tantas noches juntos tomando vino, charlando con los compañeros, hablando de libertad, de autogestión, de la construcción de esa soñada sociedad sin clases, donde todo fuera para todos.

Su trabajo en Tuineje le permitía acercarse cada tarde a la casa de aquel hombre heroico, lo recogían varios amigos en la camioneta y pasaban aquellas largas horas de encuentro, de sueños y utopías al amparo de las noches estrelladas de la isla africana.

Años después en su terruño, en el municipio de San Lorenzo, trabajaba en las fincas de tomateros como jornalero, aprovechando siempre para ayudar en la defensa de los derechos sociales, asesorar a sus compañeros para paliar la enorme explotación de los terratenientes, incansables asambleas, las huelgas junto a la marxista Federación Obrera, *comunista libertaria*, decía Ignacio cuando debatía con Pancho “La Mahoma”, Matías López Morales o el que fue alcalde del Frente Popular, el maestro albañil, Juan Santana Vega.

Lo más importante a pesar de las diferencias ideológicas es que eran amigos, el atacaba a Stalin, los otros cuestionaban una sociedad sin ejercito, sin leyes, sin dioses, todo acababa en debates crispados, sin malicia, entre pizcos de ron, pan bizcochado y cachos de queso, casi siempre afloraban las bromas. Los unía la lucha contra la salvaje opresión capitalista, la inmensa golfería de una oligarquía canaria corrupta, violenta, vengativa, que abusaba de su poder sobre la empobrecida clase trabajadora isleña.

En la puerta se escuchó la voz del Cojo Acosta, del empresario Fuentes, del guardia Pemía, gritaban:

—Abran en nombre de Falange Española o tiramos la puerta abajo.

Ignacio no pudo más que correr hacia la entrada de la humilde vivienda, no tuvo tiempo a ponerse las alpargatas, salió casi desnudo, solo alcanzó a decirle a sus hijas que se quedaran en la habitación, que no salieran, las muchachas temblaban de miedo, Luisa había cumplido diecisiete años el día anterior, Candi tenía solo catorce. Ignacio salió al encuentro de los hombres, al abrir la puerta los vio uniformados, amenazantes, la mayoría vestidos de azul con correaes, varios tricornios de la guardia civil y Penichet vestido de paisano, de traje gris y corbata:

—Venimos a llevarte con nosotros maldito rojo, viejo podrido, vístete cabrón.

El honrado anarquista les preguntó que cuales eran los motivos, en ese momento Eufemiano le dio en la cabeza por la espalda con la culata del máuser, cayó al suelo y sin perder del todo el conocimiento notó como la sangre le corría por la cara, luego recibió varias patadas de los brigadistas del amanecer^[34], no podía cubrirse, le daban por todas partes, en los ojos, en la frente, en los genitales, era una especie de torbellino violento, un odio que jamás había conocido.

—No hace falta que se vista —dijo Acosta—, mucho no va durar cuando lo tiremos al pozo de Tenoya.

En ese instante salió el guardia Pernía con las dos muchachas de la habitación, las chiquillas lloraban aterradas pidiendo por su padre ensangrentado. *Que no le pegaran más. Que lo dejen tranquilo.* Eufemiano fue directo a Luisa y le dio una bofetada muy

fuerte, tumbándola al suelo, Candi le ayudó a levantarse, Ignacio incorporado, ya encadenado veía todo, pedía que no les hicieran daño a sus hijas.

Uno de los guardias civiles, un tal Mederos de La Isleta, le rompió el camisón a las dos mujeres y dijo:

—Sucio anarquista, ahora le voy a chupar las tetas a tus hijas.

Ignacio intentó forcejear pero solo recibió más golpes, varios de los guardias y miembros de la brigada las agarraban mientras las dos chillaban, el viejo veía aquella boca sucia, con los dientes podridos, lamiendo los pechos de lo que más quería en el mundo.

El resto de los hombres las desnudaron dispuestos a violarlas en el mismo patio, Eufemiano los paró violentamente:

—Aquí no, pásenlas a la habitación y entren de dos en dos.

Ignacio gritaba, aullaba, lloraba, maldecía, decía todo tipo de insultos, hasta que Pernía lo golpeó con la pinga de buey en la cabeza, dejándolo sin sentido. De dos a dos entraron.

Las muchachas al principio, gritaban, los vecinos de la carretera general de Tamaraceite escuchaban todo, nadie decía nada, se cerraban ventanas y puertas, hasta que a las dos horas se hizo el silencio, solo alguna risa de los hombres, una botella de ron de caña estrellada contra el frontis de la casa, comentarios y burlas sexuales, ya no olía a flores, amanecía, al instante el ruido del viejo camión, el olor a combustible, a tabaco Virginio, la puerta de Ignacio abierta de par en par, dentro los gemidos de dolor y vergüenza de una mujer destruida, la otra estaba muerta.

Las libertarias manos de Lucía en las manos de Juan

El concierto comenzaba, el Festival de San Juan, que cada año, desde principios de los 80, se celebraba en la Plaza de Santa Ana, esta vez con Carlos Cano como actuación estelar, allí se encontraron por casualidad junto a la vendedora de turrónes. En un principio Juan Herrera no se lo creía, parecía una visión, pero era ella, aquella mujer que tanto amó, mucho más vieja, con un vestido negro, pero manteniendo esa belleza que se lleva en algo que va más allá de la piel.

Se minaron cuando sonaba “María la portuguesa”, la voz de la Andalucía más obrera amenizaba un encuentro mágico, algo que no pensaban jamás que podría suceder, pero allí se vieron cerquita de la casa del obispo, donde el remanso dejaba colar las oraciones de un pueblo destruido por el temor.

Lucía Rivero lo miró leve, casi esbozó apenas una sonrisa, los ojos de una vejez prematura lo invitaron al sueño pasado, a descubrir que seguían en la tierra, que a pesar de tanto dolor y muerte no habían partido hacia el otro lado. Juan la abrazó, las palomas revoloteaban asustadas entre los muros de la catedral de Las Palmas.

La mujer no entendía como había sobrevivido, el resto de compañeros del sindicato habían muerto ahogados, con las manos y los pies atados dentro del saco. Los falangistas y la guardia civil no perdonaban, tiraron a la Mar Fea a cientos de comunistas y anarquistas entre julio del 36 y marzo del 39.

Aquellas madrugadas de “Brigadas del amanecer”, de persecución, detenciones, movimiento de camiones cargados de miles de hombres torturados, siempre camino de la muerte, hacia la Sima de Jinámar, los pozos de Tenoya y Arucas, el agujero volcánico de Los Giles, lugares del dolor, del masivo genocidio franquista en las Islas Canarias.

Una ola de muerte que Lucía había vivido desde su puesto de maestra en la Aldea de San Nicolás, el pueblito donde conoció en las fiestas patronales al joven jornalero anarquista Juan Herrera, donde pasaron hermosos momentos de amor y ternura, perdiéndose por el sendero de Tamadaba, las excursiones por el barranco de Guguy, pasando la noche en aquella playa solitaria, el silencio, los labios salados, unos cuerpos entregados a la inconmensurable tarea de la pasión.

Los dos se apartaron tomados de la mano, por unos instantes el mundo alrededor no existía, solo el sonido lejano de aquella música, la gente inundando las calles de Vegueta, pero ellos se fueron deprisa, caminaron hacia el Paseo de San José, se sentaron junto a la ermita, en aquel banco de piedra. Lucía lo miraba alucinada, Juan lloraba emocionado, entre sollozos le dijo que se había soltado, que antes de tirarlo por el acantilado ya se había desamarrado los pies, que rompió las ataduras bajo el oscuro mar, el agua fría del Atlántico, saliendo a la superficie y viendo los tricornos sobre el risco, los falangistas dando palos, los gritos de aquellos asesinos fascistas tirando al mar a sus compañeros.

Lucía escuchaba atenta:

—¿Qué hiciste luego Juanillo?

El viejo le habló de cómo nadó entre la fuerte corriente hasta la playa de San Cristóbal, que se fue directo a la casa de Carmelo Sosa, el pescador del Partido Republicano arrojado a la Sima de Jinámar, que su mujer lo acogió asombrada, de cómo lo escondió varias semanas en la habitación de la azotea, lejos de las miradas de vecinos curiosos, de los cientos de confidentes de los golpistas, del espanto de los crímenes, de las razias indiscriminadas en las casas de todo hombre o mujer que defendiera la libertad.

El hombre relataba en baja voz la salida hacia el muelle, de cómo logró meterse en aquel barco hacia Venezuela, de los años en aquel país, del exilio, de su meditada decisión de volver a finales de los 70, del tiempo que pasó encarcelado en Barranco Seco, detenido por la policía armada nada más llegar al Puerto de la Luz.

Había tanto que contarse, tantos nombres casi olvidados, que casi no había tiempo antes de la despedida, ya era entrada la noche, creyeron que no era seguro seguir juntos, alguien los podía

conocer, pasaron varios coches de la policía, *había democracia* decían los voceros del régimen monárquico, ellos no se lo creían, ambos pensaban que todo había sido un montaje para que los mismos criminales siguieran gobernando, que hasta el Partido Comunista había entrado en ese juego siniestro, que todo se había construido sobre los restos de cientos de miles de personas asesinadas en todo el estado español.

Juan agarró las manos de Lucía:

—¡Salud y libertad! —le dijo, mirándola, sonriendo cómplice, antes de partir camino de la calle Reyes Católicos, quedaron en volver a verse, pero el cáncer de pulmón no dio tiempo de nada, el viejo murió solo dos semanas después en el hospital de La Garita, ella se enteró por un compañero de la CNT, esa noche salió a la azotea de su casa de Pedro Hidalgo, se quedó mucho rato sentada, sola, mirando el inmenso mar, lejos del bullicio de sus nietos, recordando, sintiendo el olor, el sabor de los besos furtivos, los entrañables ojos verdes del amor de su vida.

Los espacios perdidos al otro lado del mar de Juan y Silvina

Lo habían detenido en las cercanías de la Casa de la Moneda en Santiago de Chile aquel 11 de septiembre, Salvador Allende ya había sido asesinado y la represión era generalizada, una cacería humana sin precedentes en aquella bella ciudad, corazón de América, con aquel gobierno de la Unidad Popular, semilla de esperanza y dignidad.

Juan Florido se había marchado de Canarias en marzo de 1.945, después de salir del campo de concentración, cuando la represión en las islas era terrible y habían asesinado a gran parte de sus compañeros, fusilados en el campo de tiro de La Isleta, desaparecidos en la Sima de Jinámar, en los pozos de Arucas y Tenoya, la Mar Fea y tantos lugares de la muerte, donde los falangistas, los curas y terratenientes cometían sus brutales asesinatos de estado.

El joven había logrado embarcar de forma clandestina en un barco que iba destino Senegal, para después de pasar varios años en el país africano, lograr partir hacia Argentina, un duro viaje en cubierta sin casi comida, con temperaturas terribles, hasta arribar al humilde puerto de Buenos Aires, allí lo esperaba su tía Clara Corujo, que se había marchado unos años antes para evitar que la detuvieran por su militancia anarquista en la isla de Lanzarote.

En pocos días se integró en el trabajo agrícola de las afueras de la gran ciudad, conociendo a la que años después sería su esposa, Silvina Squaglia, una mujer de Rosario, militante del peronismo revolucionario. En unos meses ya estaban siempre juntos, se acercaban a Misiones para ver las cataratas y quedarse en casa de una de las hermanas casada con un brasileño de Foz do Iguaçu, los viajes a la Quebrada de Humahuaca, aquellos días mágicos en Tilcara en la casita de barro de Miguel Heredia, el humilde maestro rural y compañero de lucha.

Al cabo de los años a Juan le ofrecieron un trabajo en Mendoza, desarrollando su labor de experto agricultor en un gran latifundio dedicado al cultivo de la uva para el vino, allí pasaron dos años, pero tras una huelga general fue detenido en un piquete y maltratado en la gendarmería de forma brutal, a los pocos días salió y lo primero que hizo junto a Silvina fue escapar hacia Chile, asentándose en Santiago en la casa de una familia canaria de La Gomera apellidada Fumero.

Fueron días muy duros hasta aclimatarse a esa nueva realidad, conseguir trabajo en una fábrica de las afueras, donde lograron asentarse, conseguir una nueva casa cerquita de la población Herminda de la Victoria, donde tuvo la oportunidad de afiliarse al partido comunista, conocer en persona a Pablo Neruda, a Víctor Jara y más tarde, tras la constitución de la Unidad Popular, tener la oportunidad de ver en directo al gran Salvador Allende, un hombre tan cercano y del pueblo que era capaz de pararse en la calle para hablar con cualquiera, preguntar por los problemas de la gente, cada batalla para la construcción de esa nueva esperanza que nació para acabar con el hambre y la miseria del pueblo chileno.

Silvina vio como se lo llevaban desde el otro lado de la calle en la manifestación, los aviones norteamericanos bombardeaban la sede presidencial, observó con inmensa pena, como lo introducían a golpes en el camión militar camino del Estadio Nacional, donde ya ocupaban sus gradas más de 5.000 defensores de la democracia y la libertad.

La mujer fue acogida en la casa de Jane Montoya, una pintora surrealista y amiga norteamericana, que trabajaba como agregada cultural en la embajada, allí pasó varios meses hasta lograr salir hacia Canadá con pasaporte de los Estados Unidos, a un exilio eterno, donde jamás supo de su compañero Juan, del canarito que tanto amaba, en paradero desconocido como miles de chilenos y chilenas, desaparecidos por un gobierno fascista, encabezado por el criminal de lesa humanidad, general Augusto Pinochet.

Juan Florido se sentó en las gradas después de haber sido torturado en los pasillos de los vestuarios, aquello era el averno, se

escuchaban muchos gritos, disparos, ráfagas de fuego, el infierno comenzaba y terminaba en aquel estadio, donde le cortaron las manos a Víctor Jara antes de asesinarlo, desde el momento en que lo identificaron como un personaje famoso vinculado a la izquierda.

El canario sangraba por la nariz con el tabique partido del cabezazo de un militar con aspecto de indio mestizo, tenía un brazo fracturado y la cara destrozada por los golpes.

En ese instante recordó lo durísimos días en el campo de concentración de La Isleta en Gran Canaria, las técnicas eran las mismas, el mismo odio, la misma forma de golpear, de maltratar, de insultar, de alienar. Hasta el cielo brillaba igual a tantos kilómetros de su tierra, un paraíso aéreo limpio en septiembre de 1973, las gradas llenas de sangre, donde hasta hacía pocos días los hinchas celebraban los goles de su equipo, las jugadas maestras, los regates de jugadores técnicos y veloces.

Ahora todo era dolor, Juan Florido, callado, cabizbajo, lloroso, jamás imaginó que lo que ya había vivido en Canarias volvería a suceder, que el terror fascista era el mismo en cada lugar del planeta donde era potenciado, financiado, en este caso por el imperio norteamericano, por el poder financiero internacional, por trasnacionales mafiosas, que en Chile quisieron acabar con todo, con la esperanza de un pueblo, con un presidente heroico hijo del pueblo trabajador, ahora asesinado tras negarse a abandonar su cargo, aquella inmensa dignidad, después de ser elegido masivamente en unas elecciones democráticas.

Grupos de militares y civiles armados obligaban a los hombres y mujeres a bajar a los sótanos del estadio, estaban cerca de Juan, no podía hacer nada, solo mantenerse en su puesto, esperar la llegada de la muerte. El recinto era un clamor, la escasa resistencia con silbidos y cantos era reprimida salvajemente, mientras una ambulancia y varios miembros de la Cruz Roja miraban para otro lado.

En unos instantes lo agarraron y a empujones lo obligaron a bajar a las tinieblas, allí todo era sangre, alaridos de dolor por las torturas, mujeres que repelían con llantos las violaciones de los milicos[35], todo tipo de abusos sexuales, niños pequeños que

corrían desesperados buscando a sus madres que habían sido asesinadas.

Los momentos eran terribles, le pegaban atado de pies y manos en el suelo, pudo observar a un militar español de alta graduación, teniente coronel de infantería parecía, que actuaba junto a los militares chilenos y varios sacerdotes pistola al cinto, mientras se le acercaba y le apretaba el cuello:

—¿Tú eres el rojo canario? —le dijo, poniéndole una pistola en la cabeza—. ¿Sabes que soy de Madrid, que te vamos a matar hijo de la gran puta? Eres la misma escoria que tus amigos de la España roja y republicana.

Juan lo miró sin decir nada, una mirada amenazante, un aire de ternura, como de haber desaparecido cualquier atisbo de miedo, no tener nada que perder, esbozando una sonrisa leve desde unos labios destrozados. El militar madrileño le dio un rodillazo en la cara, Juan se revolcó de dolor y siguió sonriendo ahora a carcajadas, justo en el momento en que el militar castellano le descargó el cargador de la 9 mm en la cabeza.

Los disparos se mezclaron con las ráfagas de ametralladora, los gritos de las torturas sobre miles de hombres y mujeres de todas las edades. Era uno más de aquellos miles de asesinados en Chile, un trocito de isla volcánica en el continente del dolor, una folía rebelde inundada de sangre en la antesala de la cordillera.

Manuel Fernández: Morir de pie en la alborada de la dignidad

Al periodista de Lanzarote lo trajeron con los brazos atados a la espalda en el correílo, varios presos lo acompañaban, Pedro Balba de Haría, Juanito Macías de Teguiise y Toño Castillo sindicalista de Arrecife. El traslado desde el muelle fue rápido, una noche entera en el oxidado y viejo barco, donde no les habían permitido hacer sus necesidades, se las habían hecho encima.

Fue terrible cuando los detuvieron, como los sacaron de sus casas aquella madrugada, los gritos y llantos de sus mujeres, de sus hijos, de sus madres, llevándolos a golpes hasta el cuartel de la capital, donde los torturaron durante un día entero, tratando de descubrir nuevos nombres, gente afiliada a cada sindicato, a los partidos que integraban el Frente Popular, para al anochecer llevarlos al muelle pesquero, encerrándolos en aquella bodega inmunda en absoluta oscuridad, sin ventilación, repleta de carga, de olores nauseabundos.

Traían la boca seca, el salitre impregnaba su piel, llegaron en menos de media hora al campo de concentración de La Isleta en Las Palmas de Gran Canaria, les esperaba el Teniente Lázaro, conocido por su inmensa crueldad, por el maltrato constante que infligía a los más de dos mil presos republicanos, que todavía pasaban los días en aquel interno franquista, donde las muertes por tortura y enfermedades infecciosas eran constantes.

Nada más bajar a Femares del “camión de la carne” el teniente se le encaró, se le acercó tanto que casi le podía oler el aliento a ron de caña y tabaco. El periodista lo miró fijamente y el teniente chusquero le metió un cabezazo sin decir nada. El periodista no cayó al suelo, se mantuvo en sus casi dos metros de altura, su musculoso cuerpo, manteniendo la vista en los ojos del militar fascista, la nariz le sangraba copiosamente. Lázaro por un momento tuvo miedo al ver que el intelectual conejero [\[36\]](#) no se inmutaba ante sus insultos:

—¡Hijo de la gran puta, rojo de mierda! ¿Te creías que te ibas a quedar sin condena con todo lo que escribiste sobre nuestro general Mola? Vas a pagarlas todas juntas malnacido.

La camisa blanca de Manuel ensangrentada, los músculos de sus brazos vibraban atados, temblaban de rabia, su barba de varios días sin afeitar brillaba de sudor, la sangre seguía brotando por su nariz destrozada, sus ojos lloraban en silencio, un gesto de dignidad ante los gritos del teniente Lázaro, que inmediatamente ordenó a varios cabos de vara que lo agarraran y lo arrodillaran.

Los cuatro traidores lo redujeron de un golpe en la cabeza con la pinga de buey, obligándolo a arrodillarse, lo ataron con más cuerdas de pitera con los brazos a la espalda, no estaban seguros por la fortaleza del reo que pudiera soltarse. Lázaro se acercó y le dio una patada en la cara, otra en el estómago, mientras Fernández resoplaba y sudaba, sin quitarle la mirada al militar falangista.

El sargento Bombín, un niño rico, hijo del teniente coronel que firmaba las sentencias de muerte en los consejos de guerra, trajo el embudo y la botella de cristal con el líquido negro, entre varios en el mismo patio del campo de concentración le metieron el artefacto de cocina hasta la garganta, obligándolo a tragar aquel veneno inmundado.

Manuel notaba el mal sabor, como le quemaba la garganta, el estómago se le hinchaba. El Militar ordenó que le dieran con la pinga de buey, los cinco vendidos comenzaron a golpearle, eran palos, una porra de madera. Manuel se levantó en un esfuerzo titánico, los cobardes retrocedieron al pensar que se había soltado, pero seguía atado, se incorporó, se asentó sobre el suelo ensangrentado con sus piernas fuertes. Miraba a los fascistas, no decía nada, era el único que había aguantado la tortura el día anterior, no había dado ningún nombre, ningún dato de sus camaradas, solo callaba, silenciaba el ambiente entre golpes y el teniente ordenó recrudescer la paliza, la sangre inundaba todo hasta las ropas de los franquistas.

Domingo Valencia de solo dieciséis años miraba desde el otro lado del campo, recogía la basura y veía a aquel hombre alto que no conocía, observaba su dignidad, su asombrosa valentía ante los golpes. Vio como el temido teniente le dio una patada en los

testículos, como los cabos de vara seguían golpeando y el sargento Bombín le daba un golpe en la cabeza con la culata del fusil.

El chiquito comunista vio como Manuel cerraba los ojos, como respiraba profundamente, manteniendo su cuerpo destrozado, hasta que tuvieron que parar los golpes, Fernández no respiraba, pero se mantenía de pie, no sabían cómo, pero de alguna forma su cara ensangrentada mantenía un gesto de dignidad, de pureza, de belleza moral, mientras se le marchaba la vida con la cabeza destrozada, sin casi ropa, la carne destrozada por la brutal pinga de buey.

Los presos no se creían lo que veían, paralizados no decían nada, los falangistas miraban asombrados aquel cuerpo inanimado que lentamente caía al suelo, ni siquiera se atrevían a llevarlo al camión con el resto de los asesinados, les daba miedo que de repente despertara como de un sueño, que los golpeará con ese rostro de claridad.

Lázaro con el uniforme lleno de sangre se fue directo a la sala de oficiales, no dijo más nada, como amansado, allí lo esperaba el capellán de artillería, el cura con sotana y pistola al cinto que daba los tiros de gracia en los fusilamientos, que también había observado el asesinato de Manuel. Se cruzaron la mirada, no dijeron nada, solo abrieron la botella de ron de caña y se sirvieron en dos vasos pequeños, tomaron de un trago el ardiente licor mirando por la ventana anonadados, viendo como entre cuatro presos metían el cuerpo de Manuel en el “camión de la carne”, llevando los cuerpos de los siete hombres a la fosa común del cementerio de Las Palmas.

Una especie de viento leve sonaba entre las montañas volcánicas de La Isleta, la presencia de algo tenue, misterioso, recorrió pieles erizadas en la penumbra de la tarde.

Marcela enredada en el recuerdo

—Si mi niña, súbeme la bolsa del pan —dijo doña Marcela a su nieta Julia que la llamó por el interfono del viejo piso del Polígono de cruz de Piedra.

La chiquilla hacia varios años que la visitaba siempre a la misma hora, cuando salía del cole para estar con su abuela y sus dos gatas, la mujer le preparaba la comida, no faltaba la tortilla de papas, los potajes de lentejas o de berros con gofio y queso, el caldo de cilantro, esa buena compañía hasta bien entrada la tarde, las dos juntas en el raído sillón viendo la telenovela, los programas de variedades y del corazón de aquellos años 80.

Ese día la anciana estaba más triste, algo contrariada, con la carta que le había llegado del Ministerio de Presidencia, de nuevo le habían denegado la ayuda por el asesinato de su marido a manos de los franquistas en agosto de 1.936 en el campo de tiro de La Isleta.

Todavía recordaba la mañana cuando lo detuvieron en Telde, en la subida de Lomo Magullo, mientras trabajaba como jornalero reparando carreteras. Ella llegaba en ese preciso instante con una fiambarrera llena de carne compuesta[37] con papas todavía caliente, cuando vio bajar de aquel coche negro a varios falangistas que fueron a por él, agarrándolo y maniatándolo violentamente con las manos a la espalda. Ella no tuvo más que acercarse, preguntar por qué se lo llevaban y recibir un manotazo en la cabeza del gordo requeté Morales Cifuentes, un granadino capataz y mayordomo en las fincas del Conde de la Vega Grande en aquel municipio del sureste de la isla.

El sabor de la sangre en su boca mirando a Juan Moreno en el asiento trasero del auto de la brigada, su amado marido con destino al Castillo de Mata, según le dijo uno de los guardias que conocía del barrio, desde donde lo derivarían al campo de concentración de La Isleta, hasta la celebración del consejo de guerra sumarísimo.

Marcela le contó esa tarde a la chiquilla todo lo que había pasado, nunca lo había hecho, seguramente para evitar un sufrimiento innecesario a su dulce nietilla. Los detalles eran demoledores, las brutales palizas que el joven Juan le contaba a media voz cuando iba a verlo, las alambradas, la cercanía de los guardias y los curas tratando de escuchar lo que hablaban, el consejo de guerra junto a cinco compañeros miembros del Frente Popular y la Federación Obrera, la condena a muerte por fusilamiento, las breves noticias que le llegaban de aquel recinto del terror donde lo tenían encerrado junto a miles de hombres, el maltrato, la tortura, las muertes por hambre y tifus, todo un conglomerado de situaciones terribles, que llevaba todos aquellos años guardando en un lugar remoto de su memoria, tratando de poder seguir viviendo después de tanto dolor.

La niña miraba asombrada, como quien escucha una historia de terror, un terror real que se podía palpar, oler, sentir, que su abuela había vivido en tanto años sin decírselo a nadie, ni siquiera a su hija Mónica, tratando de escapar de aquel círculo de persecución, donde por ser esposa de un represaliado se le cerraban todas las puertas, los trabajos, encontrando solo algún puesto en condiciones de semiesclavitud en los tomateros, acosada sexualmente por los crueles encargados, teniendo que salir muchas veces al finalizar las duras jornadas en horario nocturno acompañada por alguna de sus compañeras, tratando de evitar que la violaran.

La viuda de un comunista no era bien vista, era presa fácil para tantos abusos, su belleza atraía a tantos buitres que le hacían la vida imposible, incluso cuando salía a la calle con su única hija de apenas cuatro meses cuando mataron a Juan, ningún vecino le hablaba, se pasaban a la otra acera, no la saludaban, todo era parte de un proceso brutal, que no solo terminaba con la muerte del ser querido, la tortura psicológica seguía, era interminable y hasta su niña, cuando comenzó en el colegio, tuvo un trato diferente de humillaciones y burlas por parte del profesorado y gran parte del alumnado.

Marcela sacó las pocas fotos que le quedaban de Juan de la vieja caja de madera, una imagen en un carro de caballos el día de la boda, una de su marido en un equipo de fútbol del barrio de La

Isleta, otra del bautizo de Mónica, la humilde celebración bajo los árboles de San José del Álamo. La niña no perdía detalle, descubría esa parte oculta de su abuela, la del amor eterno, la que le hizo no tener más relaciones después de aquel agosto, la condena voluntaria a una soledad premeditada, recordando cada día de su vida entre una fragancia de flores nuevas, los breves y mágicos instantes de felicidad.

Mi abuelo Juan

De su mano recorría callejuelas de Tamaraceite y la barriada de Guanarteme, conocí bares sin mesas ni sillas donde se tomaba el pizco ron[38], para mí un Vaya-Vaya de naranja, conversaciones de fútbol, de su Atleti del alma y rojas palabras en baja voz, sobre camaradas presos, el Socorro Rojo, la tortura, el miedo a los chivatos de la policía del régimen fascista.

Así recuerdo a mi abuelo, Juan Tejera, así sencillo, jovial, bromista, comprometido. Sus manos encallecidas de picador de piedras en canteras sin maquinaria, su pierna destrozada, aplastada por un risco de toba basáltica. Ese era “Juan el comunista” de Tamaraceite, que me dio otro punto de vista al que me daban en un colegio maltratador y reaccionario. Descubrir que dos y dos a veces no son cuatro en la memoria popular, que un mundo mejor estaba al otro lado del planeta, su Cuba querida, El Che, Fidel, la Unión Soviética de la acogida, de la solidaridad internacionalista con los vencidos de la legítima República masacrada y asesinada.

Un día nos sorprendió el “Cara al Sol” en un cementerio y él no quiso cantarlo, no levantó el brazo del saludo fascista y se apartó del grupo, salimos del viejo recinto mortuorio de San Lorenzo y un policía nos miraba con ojos enrojecidos de odio y pavor. Mi abuelo no le quitó la vista, lo miró fijamente sin parpadear hasta que el esbirro dio media vuelta y bajó la metralleta.

Amaba a su compañera, Francisca, que le dio cuatro hijos y una hija en los tiempos del hambre y la miseria de la postguerra, los años de cárcel, donde mi abuela le decía a sus hijos descalzos cuando iban a verlo que su papá estaba en un hospital, que por eso estaba tan flaco y con los ojos tan tristes.

Fue uno de los que en el golpe de estado de julio del 36 se apostaron en la telefónica de Tamaraceite para estar en contacto con el gobierno civil, evitando que los falangistas usaran este teléfono. Allí mismo recibieron al Diputado comunista, Eduardo Suárez, en su viaje desesperado al norte de Gran Canaria, obedeciendo sus órdenes de mantenerse concentrados en la

Carretera General de forma pacífica. Solo por eso lo condenaron a muerte, llegando un indulto que supuso una pena de cincuenta años de cárcel, de torturas en el campo de concentración del Lazareto. Me contaba Papa Juan los golpes de los cabos de vara, los trabajos forzados, el hambre, los traidores como un antiguo alcalde del PSOE en Las Palmas, beneficiados con apellidos nobles que eran presos de primera, mientras los obreros y proletarios eran de segunda. El momento en que se llevaron al alcalde, Juan Machado y a sus cuatro camaradas, entre ellos mi otro abuelo Pancho, al campo de tiro de La Isleta para fusilarlos, su despedida, los abrazos a las 6 de la mañana, las lágrimas, los recados y peticiones para sus hijos abandonados y huérfanos prematuros.

Todo eso lo vivió mi abuelo Juan, tantas miserias, tanto odio y un afán porque su nieto tomara conciencia, fuera un revolucionario como Guevara, como Juan García "El Corredera", como su amigo, Germán Pérez. Todavía recuerdo su relato sobre Dolores "La Pasionaria", cuando la vio en un mitin, *como hablaba esa mujer me decía, cuanto sentimiento de amor llevaba en sus palabras, fuerte mujer terrible, luchadora por los derechos de los desheredados de la tierra.*

Mi abuelo murió con casi 80 años poco después de ver morir a su compañera del alma, ya la tristeza de su ausencia fue insoportable y me decía que la vida sin ella no tenía sentido, que mejor marcharse bajo la tierra y no regresar a un mundo tan injusto. Unos meses antes un rotativo le hizo una magnífica entrevista, una interviú de lágrimas y denuncias a caciques asesinos y traidores, que vendieron a sus camaradas para salvar su pellejo, donde pidió a la clase trabajadora que nunca votaran a las derechas.

Así era mi abuelo, Juan Tejera Pérez, un hombre más, un generoso ser humano, un luchador por la libertad, la democracia y la fraternidad entre los pueblos. Me ha quedado su recuerdo imborrable, unas manos que me llevaron por una ciudad inolvidable, por playas, campos y cines de tarde, donde yo ahora llevo a mi hija y le infundo la misma conciencia. Un Juan de todos, amigo de la liberación de los pueblos, partidario de sembrar semillas de emancipación, soberanía, solidaridad y ternura revolucionaria.

Rosa en su laberinto, el aire violento en su pelo

Rosa bajó la escalera de la granja de los Bravo y percibió como los hombres la miraban más que otros días, que se escuchaban murmullos, miradas cómplices, gestos de miedo entre los jornaleros, ella era consciente de lo que había hecho aquel jueves de julio, después de marcharse los falangistas que se llevaron a varios de los hombres del ayuntamiento comunista de San Lorenzo, aquella manifestación espontánea de mujeres vestidas de rojo donde participó, su bello vestido siempre colgado, impecable, con la hoz y el martillo a la altura del corazón, junto a la cómoda, el mismo que le había regalado su viejo amor, ese día del triunfo en las elecciones municipales, cuando barrieron a los terratenientes de la derecha y colocaron de alcalde al joven, Juan Santana Vega, el maestro albañil de apenas veinticuatro años de edad.

Que día tan bello cuando salieron a celebrarlo aquella noche después de que la vieja urna de cristal diera aquel espectacular resultado, mayoría absoluta, solo un concejal de la derecha, el resto del Frente Popular. Tantos años de lucha, de represión, de despidos, de persecución por parte de una oligarquía corrupta, abusadora, que hasta hacía pocas décadas exigía el derecho de pernada a las jóvenes parejas.

Pensaba Rosa en su trabajo recogiendo tomates, cuando los vendidos encargados trataban de seducirla con regalos ridículos, ella prefería leer un buen libro, los que le regalaba el joven Pedro Rosas, el rebelde muchacho de Santidad, textos de anarquismo, marxismo, las obras completas de Gorki, Tolstoi, Julio Verne, aquella magia de las tardes en la carretera general paseando del brazo, comentando los últimos sucesos, los logros en la Unión Soviética, las risas en los bailes de taifa, los besos furtivos en la oscuridad de los callejones, tantos recuerdos juntos que casi era imposible retenerlos en aquella mente de mujer especial.

La pobre Rosa no sabía a sus veinte años que la vigilaban, que había salido a la calle, que se había manifestado con su vestido rojo, que había insultado a los falangistas cuando mataron a su sobrino Braulio delante de sus narices, que se enfrentó a la brigada del amarecer a gritos, que los hizo salir de la casa a la carrera, mientras Lola su hermana sostenía al chiquillo con la cabeza destrozada.

¿Dónde estaba Pedro? Se lo habían llevado varios falangistas y ricachones del pueblo a un lugar desconocido junto al alcalde Arucas, con el resto de compañeros del municipio pedrero.

Por eso no tenía a quien acudir, todos estaban detenidos, desaparecidos, muertos, no lo sabía, su mente funcionaba demasiado rápido, no dormía, desconocía lo que iba a suceder en aquel año terrible, en el momento de la vendimia de la muerte.

Almorzaba con su hermana en un silencio sepulcral, los chiquillos, los hijos de Lola García, ni siquiera jugaban, se mantenían en un rincón de la estancia callados, habían visto todo aquella víspera del día de Navidad, cuando el policía local de Falange de Tamaraceite sacó al bebé de su cuna y lo estrelló contra la pared. No creía que se pudiera superar algo tan fuerte, ni siquiera cuando gastaba sus habituales bromas nadie la secundaba, la ignoraban en aquella casa marcada por la desgracia. Miradas, sobresaltos cuando se escuchaban voces en la calle, Pancho no había aparecido, su cuñado, el sindicalista de la Federación Obrera, seguía escondido en alguna cueva, en cualquier montaña perdida de Gran Canaria, igual que el bueno de Juan el alcalde, de Manuel, de Antonio, de todos los camaradas que habían logrado zafarse de la criminal cacería de los franquistas.

Rosa fregó los platos en la vieja palangana de su madre y fue al duro camastro donde dormían juntos los tres angelitos, les contó, como cada noche un cuento, les habló de su particular Jesucristo comunista, el hijo de un dios de los empobrecidos de la tierra, de que los pecados eran mentira, de que la gente joven siempre era bella, noble, pura, de la esperanza, de los dulcitos de crema que les iba a traer el día siguiente de la tienda de Mariquita. Pero nada, los chiquillos no preguntaban, no levantaban la vista, seguían callados,

asustados, con la mirada perdida en el recuerdo de su hermanito asesinado.

Esa noche Rosa casi no durmió, no dejaba de pensar, el sueño no venía, salió al viejo patio para ver si el aire de la noche le inspiraba algún nuevo devenir, miró al cielo con muchas estrellas, tan bellas, algunas fugaces, de las que se le piden deseos, no tuvo tiempo, acabó sentada en el asiento de piedra mirando la oscuridad, sintiendo ese profundo olor de plataneras y barro seco, allí se quedó varias horas recordando al pobre querubín, viendo en un rincón su cunita ensangrentada, los biberones de cristal destrozados.

Madrugó mucho, casi no durmió, bajo la carretera general hacia el cruce de San Lorenzo, allí solía estar aparcado el camión del viejo Cabrera, el que llevaba al muelle los tomates de los Betancores, pero esa mañana no había nadie, ni siquiera los habituales de la tienda de Manolito tomándose un ron mañanero antes de partir al trabajo. Rosa entró en la oscuridad del Camino Viejo, hacía calor, había algo de calima, cuando sintió detrás aquellos pasos, aquellas voces, los gritos, los mismos del 23 de diciembre cuando mataron a Braulio, de un violento empujón la tiraron al suelo, eran siete, las mismas caras, los mismos gestos, el mismo ceño fruncido, los mismos insultos:

—Roja de mierda, puta asquerosa.

Uno la agarró por los brazos, ella no gritaba, no decía nada, solo balbuceo un insulto ininteligible hasta para ella misma, le pegaron, la raparon, estaban dos de los hijos del terrateniente dueño de media isla, el de la finca de tomates en Los Giles, el guardia que mató al chiquillo, el cojo Acosta jefe sectorial de Falange, le arrancaron los pelos casi sin usar la tijera, la sangre le corría por el bello rostro.

—Te vamos a follar roja cabrona, puta de mierda, hedionda — fue lo último que escuchó antes del culatazo en la cabeza.

Despertó con el vestido roto, los muslos llenos de heridas, sus nalgas magulladas, el pecho fuera, la cabeza sin pelo, con restos de sangre y un olor a sudor, tabaco y alcohol de los fascistas impregnado en su joven cuerpo. Recogió despacito el saquito de comida, el cacho de pan, los dos plátanos aplastados, ya era casi de día, se sentó en la terrera de uno de los estanques de barro, miraba

al horizonte, se acordó de Pedrillo. ¿Dónde estaría? ¿Qué le habrían hecho? La mañana se tornó fría aunque fuera verano, su vientre estaba revuelto, como poseído, notaba algo que le crecía dentro, que la asfixiaba, que la oprimía, una especie de ser amorfo, sin ojos, que le carcomía su bella conciencia, lo que ella creía que era su alma.

Se llevaron la flor de la montaña mágica

Anita pasó una noche más en el prostíbulo de Arenales, la jornada no había sido muy dura, solo cinco borrachos, unos pobres hombres sin dinero y aquel viejo falangista que la conocía, que la llamaba “hija de rojo”, le mentaba a su padre fusilado en el campo de tiro de La Isleta aquella tarde de abril, cuando ella apenas tenía doce años y vio como su mundo se desmoronaba, la humilde felicidad en su casita de Marzagán, rodeada de gallinas y árboles, aquellos olores a flores de lavanda, a hojas de platanera quemada cuando arribaba el otoño.

Los bellos recuerdos la inundaban si tenía algo de tiempo y el violento chulo Ignacio, el comisario de la policía armada, la dejaba tranquila un rato, cuando disminuía la afluencia de hombres a la casa de citas de la calle 18 de julio.

Sus ojos grises se entristecían al recordar aquellos espacios de amor en su casita, su madre en la cama enferma de tuberculosis, las bromas de su padre cuando soltaba los hurones, dejándolos recorrer la habitación, persiguiendo las enaguas de la abuela Fermina.

Gratos momentos inolvidables a pocos meses del desastre, cuando aquella noche se presentó el empresario Eufemiano con el hijo del conde en la portada verde, los golpes en la puerta, las patadas al perro de presa amarrado, los ladridos desesperados, el disparo de fusil contra la jaula de los pájaros canarios, el dolor, el miedo, aquel momento en que rompieron la talla de barro, la que hacía de pila de agua destilada.

Amanda García en la cama no podía levantarse, se asfixiaba, solo lloraba y gritaba que no se llevaran al pobre Armando Hernández, que no había hecho nada, que solo había ayudado en la campaña electoral a llevar las banderas en su viejo carro, que no era del partido Comunista, que no, que no, que no, que solo era uno más. Pero Eufemiano solo se reía a carcajadas mientras los falangistas apaleaban al reo, ya encadenado y tirado en el suelo del

patio, bajo la parra cargada de uvas del monte, de aquel gajo que trajo de las vides de la Caldera de Bandama.

La chiquilla observaba asombrada, no sabía dónde meterse para evitar las miradas lascivas de aquellos hombres vestidos de azul, el intento de un requeté muy gordo de llevarla a la habitación de la abuela para violarla, la madre que no respiraba, que gemía en la cama y nadie le ayudaba, solo Anita le tomó la mano, la incorporó como le dijo don Manuel Monasterio, aquella tarde en la fiesta del Frente Popular en la plaza de Santa Ana, pero se le iba, se desmayaba, se derrumbaba de tristeza, de un dolor incurable.

Anita Hernández se quedó sola en la casa, su padre fue fusilado al mes siguiente de llevárselo, ni siquiera pudo recuperar el cadáver, se enteró que estaba en la fosa común del cementerio de Las Palmas, pero no recuperó ni siquiera su lebrillo de gofio, el viejo cuchillo canario que usaba para las tarcas en las tierras. Solo ese frío aviso en la Casa del Gallo, la cara del guardia civil Cosme Damián, cuando le notificó la muerte de su padre en consejo de guerra sumarísimo por rebelión, la muerte de su madre en la carnita de paja, el desconcierto de una niña de doce años sola, que tuvo que pedir ayuda a los vecinos, nadie quiso venir por miedo a represalias, la oscura beneficencia llevándose el cuerpo de Amanda, sus ojos cerrados en aquel humilde ataúd de maderas raídas.

Esa soledad infinita, la misma que sufrió con las monjas en la residencia de Tafira, varios años de agonía, de sueños terribles, de rezos y misas, de palizas de aquellas religiosas y crueles mujeres, de abusos sexuales de varias de las hermanas, que se metían en su camastro por las noches, mientras ella no hacía nada, solo se dejaba invadir por manos frías, labios, lenguas, siniestros tocamientos que aparentaban ser caricias, sobando cada centímetro de su joven cuerpo, aquel olor a sahumero, una sensación de no ser nada, personajes con hábitos y rosarios, que solo le hacían sentir asco y ganas de vomitar.

Aquella tarde, el día de su diecisiete cumpleaños, apareció por la residencia el gordo requeté, el mismo de la noche de la detención de su padre, venía acompañado de un hombre alto, un policía desgarrado con un cigarro mojado de saliva en su boca. Hablaron un rato con la madre superiora y la vieja monja la llamó a ella y a

varias de la niñas, mientras el comisario Cabrera las miraba como si fueran yeguas para la venta, observó sus pechos, sus caderas, levantando alguna falda ante las carcajadas del sudoroso requeté:

—¿Todas son hijas de rojos verdad?

—Sí señor comisario —respondió la vieja monja con el enorme crucifijo colgado del cuello.

—Buen material nos llevamos Alcántara —dijo mientras el falangista no podía dejar de reírse.

Esa misma noche durmió en la casa de putas de la calle 18 de julio, escuchaba los gritos, los alaridos, del resto de las muchachas que eran violadas por falangistas, guardias civiles, policías con uniformes grises y militares. A su desvencijada habitación vino el gordo requeté, que lo primero que hizo sin mediar palabra fue golpearla en la cara, romperle el uniforme de las monjas, obligarla a beber ron de caña, tumbarla sobre la cama y hacerle mucho daño, impregnar su piel de un olor fétido, como cuando estercolaban los cultivos de la finca de Miguelito Rodríguez.

Ese fue el principio, una especie de bautizo de fuego, luego pasaron el resto de los hombres, uno a uno, personajes vestidos de azul, tricornios, yugos y flechas, insignias desconocidas, banderas rojigualdas, uniformes militares, los mismos que vio cuando se llevaban a su padre, seres oscuros que destruyeron la inocencia de una niña, aquella antigua felicidad que esa noche abandonó para siempre, reconstruyendo en su mente en los instantes de soledad, después de una jornada de sexo y esclavitud, los tiempos de su casita en Marzagán, de su familia, la sonrisa de su madre, los ojos brillantes y puros de su padre, rememorando los olores del sancocho[39] y el mojo verde[40], la brisa de la tarde, el olor a cilantro, sentada en el suelo del patio, mirando las nubes enredadas en la montaña mágica.

La noche de la rapiña

Juan Tejera corrió por el callejón a esconderse en la cueva de su vieja que lo recibió con ojos de miedo. Abajo en el Ayuntamiento se oían los tiros y los gritos de los falangistas persiguiendo a los concejales y al alcalde comunista, que se metieron huyendo en las plataneras entre ráfagas de ametralladora y disparos de los máuseres, que atronaban el silencio casi permanente de aquel pueblo tranquilo de las medianías de Gran Canaria. Eufemiano, Emiliano B., H. Acosta, el traidor M. Santos y el resto se dedicaron a registrar las casas de los sospechosos, cuando entraron aquella madrugada en la casa de Juan Cabrera y sus hijas corrieron atemorizadas a esconderse bajo la pila del agua. El viejo Cabrera les salió al encuentro en el patio rodeado de geranios a preguntarles que buscaban y porqué habían matado de una patada al perrillo podenco amarrado en la puerta. Un requeté lo golpeó sin decir nada en su cara con la culata del fusil cayendo al suelo el anciano anarquista, revolcándose de dolor mientras el resto de señoritos fascistas lo pateaban con fuerza. El cojo H. Acosta lo levantó casi en volandas y cuando abrió los ojos vio a su hija María con la boca ensangrentada entre los dos esbirros. La chiquilla de poco más de dieciséis años lloraba de miedo y P. Ramírez le rompió el camisón dejando sus pechos al aire, lo que aprovecho el guardia M. Pernía para decirle:

—Ahora voy a chuparle las tetas a tu hija rojo cabrón.

El pobre viejo no pudo contener su rabia al ver la boca con los dientes sucios de aquel asesino lamiendo, mordiendo y abusando de su amada hija. Los golpes en su cabeza no le dejaron ver por suerte el resto de la violación, cayó al suelo y todo le parecía un sueño terrible, una pesadilla de la que solo había que despertarse bañado en sudor y descubrir que nada de aquello era real. Intentó salir del horror pero solo encontró maltrato, golpes, insultos y empujones cuando lo metían en el camión militar para llevarlo al cuartel de San Francisco.

A pocos metros más arriba en la misma Carretera General de Tamaraceite, Lola García lloraba la muerte de su hijo Braulio de tan solo cuatro meses con la cabeza destrozada por el brutal golpe contra la pared que le dio el falangista de La Montañeta. Rosa, su hermana, gritaba enfurecida, insultaba a los miembros de la siniestra brigada del amanecer que la miraban desconcertados, un poco asustados al ver el cuerpo del niño con la cabeza abierta en los brazos de una madre enloquecida, quieta, como muerta en vida, sin fuerzas para rezar y encomendar el alma del angelito asesinado al Dios de los empobrecidos.

Más abajo en la vieja fábrica de velas reutilizada como iglesia, el cura daba datos sobre las ideas de sus feligreses, todo lo que había recabado en tantos años de párroco, rebelando secretos de confesión que P. Betancor anotaba en su vieja libreta con anillas de acero. Allí descubrieron la militancia de muchos, lo que pensaban de los terratenientes de la zona, de su resistencia al derecho de pernada, las huelgas organizadas contra la esclavitud medieval a la que estaban sometidos en aquella atlántica colonia española. En pocos días muchas casas fueron registradas, multitud de hombres y mujeres maltratados, vejados, detenidos para ser torturados en el cuartelillo del Ayuntamiento y entre los tomateros de Los Giles, donde los gritos eran amortiguados por el viento del norte, para después ser arrojados a la Sima de Jinámar, a los Pozos de Arucas, Tenoya o a la misma Marfea junto a la Playa de La Laja.

La esperanza de aquel pueblo fue cercenada, aplastada por el terror de la dictadura. Al año siguiente fusilaron al alcalde Juan Santana Vega y al resto de camaradas del Ayuntamiento de San Lorenzo. Fue un 29 de marzo de 1937 en el Campo de Tiro de La Isleta, donde aquellos cinco hombres encontraron la muerte ante el pelotón de fusilamiento por defender la justicia social, la democracia, la libertad y la República. Esa tarde triste llegaron las noticias a Tamaraceite entre silencios y susurros. Las muertes de Juan, de Antonio, de Manuel, de Matías y Francisco, terminaron de atemorizar y convertir aquella población en un espacio para el temor, la tristeza y la represión. Más de setenta y cinco años después el silencio institucional es la tónica general y las familias de tantos asesinados por el franquismo en San Lorenzo, Canarias y

resto del estado, sufren la humillación de los que se llaman representantes de la ciudadanía. Casi nadie dice nada, se trata de acallar voces que vienen de un pasado heroico, de los tiempos donde la gente daba su vida por los demás, para que las generaciones futuras vivieran libres de la explotación capitalista.

Ana María viajando en la puesta de sol

El empresario tabaquero llegaba temprano al barrio de Las Meleguinas un día más con su coche deportivo, todos sabían a lo que venía, ya era habitual su presencia. Nadie decía nada, se limitaban a observar desde lejos cuando tocaba en la puerta de Ana María Morales la mujer de Sinfo Santana, el joven asesinado por la Brigada del Amanecer nueve años antes, cuando se lo llevaron sin que hubiera salido el sol directo a la Sima de Jinámar, para arrojarlo vivo a ese abismo volcánico con el camión repleto de hombres con la manos atadas, todos vecinos de la zona centro de la isla de Tamarán.

Su militancia anarquista en la CNT lo condenó nada más estallar el golpe de estado, no tuvo tiempo de evadirse, la noche siguiente al alzamiento fascista lo vinieron a buscar, en el grupo de facciosos estaban dos de los hijos del conde, un sobrino de la marquesa, un grupo de empresarios, entre ellos el conocido y millonario tabaquero.

No le podían perdonar su activa acción sindical, la convocatoria de varias huelgas, su constante presencia en las fincas de los terratenientes, en cada empresa y latifundio.

Por eso era tan odiado y jamás le iban a perdonar su activismo, su compromiso en la lucha por la clase trabajadora canaria.

El poderoso tabaquero accedió a la vivienda de Ana María, sin decir nada se fue directo a la cama bajándose los pantalones, mientras la mujer asqueada, como siempre con ganas de vomitar tuvo que desnudarse, acceder a los caprichos sexuales de aquel psicópata miembro de Falange, con cientos de asesinatos en su siniestro curriculum.

La relación era fría, la mujer se limitaba a callar, a no hacer nada, solo abrirse de piernas, ni siquiera sentía, era una especie de muñeca en manos de aquel criminal, responsable directo del asesinato de su marido, de todo tipo de aberraciones, torturas,

pederastia, violaciones de mujeres con algún vínculo con la legítima y derrocada República y sus víctimas.

Todo comenzó semanas después de la muerte de Sinfo, cuando se presentó en la finca de tomateros donde ella trabajaba para agarrarla por el brazo, sacarla del invernadero y decirle que tuviera cuidado que podía mandar a detener y asesinar a sus dos hermanos gemelos, que sabía que todos habían tenido relación con el sindicato anarquista.

Ella no pudo más que acatar aquellas amenazas, no reaccionar, guardar silencio, hasta el día que se presentó en su casa pidiéndole que le preparara un budre de café, tomando asiento en la cocina obligando a la muchacha a entablar una conversación con alguien que odiaba a muerte. Al rato la abrazó, la besó en la boca y cuando intentó resistirse la golpeó en la cara, violándola entre golpes en la misma mesa del humilde comedor de forma salvaje.

Luego ya según pasaron los meses se hizo habitual la presencia del empresario en su casa, el barrio entero lo sabía, la gente la miraba mal, casi nadie le hablaba cuando iba a comprar a la tienda de aceite y vinagre del puente de La Angostura, la llamaban la “puta del amo” y las burlas eran generalizadas a la salida de la misa en Santa Brígida, los hombres salían de los bares a su paso con los vasos de ron en la mano, ebrios de odio, para hacerle bromas sexuales, mientras ella agachaba la cabeza con su niña de la mano, huyendo como de un temporal de humillación, avanzando entre un terremoto de miradas lascivas, insultos y risas, que su niña por su corta edad no entendía, solo captaba que se reían de su madre.

Aquella tarde tomó la guagua[41] hasta San Mateo, allí dejó a Noemí, su adorada hija, en casa de la tía Laura, le comentó que tenía que estar varios días en una zafa del tomate en el sur, que por favor se la cuidaran hasta que volviera. Anduvo hacia la cumbre, subió por Las Lagunetas, siguió hasta Cueva Grande para llegar hasta los Llanos de la Pez y adentrarse en el legendario bosque de pinos canarios, los que resisten el fuego de millones de años de volcanes. En una cueva indígena de los pueblos originarios isleños se sentó a esperar la muerte, no podía aguantar más los abusos de aquel criminal, el asco que la hacía vomitar a todas horas, el olor de

la boca sucia del tabaquero, el apestoso sudor de aquel bastardo, que le impregnaba la piel aunque se bañara varias veces al día.

Pasaron las horas, llegó una maravillosa puesta de sol desde donde se avistaba el Roque Nublo[42], el Bentayga, los tajinastes[43] blancos florecidos y esplendorosos, detrás el padre Teide, llegó una brisa cálida como de la nada y en ese momento se cortó las venas con un cuchillo de cocina, el líquido rojo manaba, no sentía dolor, un cierto placer desconocido, como si se vaciara por dentro de sangre y angustia. En su mente su niña, la imagen de Sinfo, de su amor eterno, su compañero en los días de lucha, de alegría, de fiestas, de libros maravillosos entre copas de vino, libertad y amor incondicional.

Se fue apagando lentamente, sonriendo, dejando atrás el infinito dolor, admirando esa luz de un sol descarriado, salvaje, primitivo, inundando la tempestad de rocas, de flores, de nubes rojas y negras, fulgurantes, libertarias, como rayos de vida.

Aquel abrazo entre las tinieblas de la muerte

Por la ventana de la prisión de Barranco Seco[44] se veía correr ese invierno el agua por el Barranco de Guinigüada, los canarios del monte habían bajado de la cumbre unos meses antes, cantaban desesperadamente, el frío inundaba aquella celda compartida, la número 347, la misma donde unos años antes se produjo aquel intento de fuga de Manuel “El clavería”, que fue asesinado por la guardia civil desde las almenas cuando ya llegaba a la carretera del centro. Solo una ráfaga fue suficiente desde aquel viejo subfusil, el peculiar ladrón de La Aldea se derrumbó acribillado a balazos, antes de quedar acurrucado en la acequia con la esperanza de volver a escaparse de nuevo, pero la sangre y la muerte le cegó la vista, quedó en posición fetal como un niño recién nacido, los ojos abiertos mirando aquellas alas del cernícalo de la libertad.

El anciano Juan del Toro ocupaba aquel espacio desde hacía quince años, ya se había acostumbrado a un lugar tan reducido, donde todo podía estar al alcance de la mano solo con estirar los brazos, hasta las cucarachas que recorrían las paredes.

Antonio “El niño” acababa de llegar, lo detuvieron en el estadio mientras lanzaba unos folletos al aire, lo llevaron directo a la comisaría de la Plaza de la Feria para torturarlo salvajemente durante cinco días, no dijo nada, solo que era del Partido Comunista, no delató a Julia Valdivieso su compañera de célula, no dio ningún dato sobre el resto de camaradas, escondidos en la casa del barrio pesquero de San Cristóbal desde hacía varios días.

“El niño” era un joven de apenas veinticinco años, estudiante de segundo de derecho en la Universidad de La Laguna, hasta que dejó los estudios al pasar a la clandestinidad. Su cara lo delataba, aparentaba mucha menos edad, se forjó en la acción directa en las calles de Las Palmas, recorriendo cada barrio en todo tipo de reuniones prohibidas, salidas nocturnas a escribir las paredes, aquellas tardes inundadas de ternura en la casa de Julia, inolvidables conversaciones con la joven muchacha hija de Agustín

el viejo anarquista, uno de los participantes en el intento de atentado contra un general fascista en La Laja, el superviviente que nadie conocía, al que todo el mundo, incluso la policía del régimen, lo hacían ya en Venezuela, pero llevaba ya veinte años metido en un zulo en la casa de San José, un agujero que nacía en el palomar de una azotea casi inaccesible, que se adentraba en un risco volcánico, un recinto de apenas dos metros cuadrados, forrado de mantas grises de embalaje para protegerse de la humedad. Solo salía un par de horas al día, la chiquilla le llevaba la comida, el agua de Agaete[45] en botellas de cristal con trocitos de hierro en el fondo, el momento que aprovechaba para charlar con las pocas personas que lo visitaban, el camarada de su hija y Enrique Bossa, con los que tenía ese breve contacto con el mundo, enterándose del afianzamiento de la dictadura, de los miles de asesinatos de antifascistas por toda la geografía insular.

Del Toro miró la cara de Antonio, lo observó callado cuando entró en la celda, solo de verle su barba y la melena por los hombros supo que era un preso político, no le dijo nada, solo bajó la cabeza, una especie de saludo de quien ya tiene impregnado en la piel el olor de la cárcel, la claustrofobia desesperante de los primeros meses encerrado, los malos tratos constantes de los “picoletos”, como les llamaba, personajes con tricornio que ejercían cada día la tortura, que no establecían ninguna diferencia en pisotear las conciencias, humillar, vejar, golpear el alma y destruir cualquier atisbo de esperanza.

El muchacho se tumbó denotado en el camastro, tenía el cuerpo magullado de los golpes con las toallas mojadas, sus testículos destruidos por los electrodos de la corriente eléctrica, los golpes y patadas durante varias horas al día. Solo quería evadirse, pensar en Julia, repetir los tratados de derecho en su mente en baja voz, como quien reza o busca ocultarse de algo terrible que te persigue hasta destruirte. El viejo no dejaba de mirarlo, prendió un cigarro de tabaco negro, invitó al joven, que no quiso, le dijo que no fumaba:

—Te me pareces mucho en tu mirada a un amigo que ya murió —le dijo.

“El niño” no contestó, solo lo miró sin curiosidad:

—¿Tú no serás familia de Antonio Rodríguez de Carrizal de Ingenio?

Antonio asintió sorprendido, mientras aquel anciano le contaba que trabajaban juntos en la factoría de Guanarteme, que salían los sábados por la noche a las verbenas y taifas de los pueblos, que militaban en la Federación Obrera, que vio como lo detenían los falangistas en el mismo trabajo, como lo sacaron a golpes junto a doce más, como lo metieron en aquel famoso “camión de la carne” para llevarlo a la Capitanía General de la calle Triana. Que no volvió a verlo, que supo que lo habían tirado a la Sima de Jinámar, el lugar predilecto de Eufemiano y del hijo del conde, para ajusticiar a los comunistas y anarquistas.

—Yo nunca he tenido ideología chiquillo, no sé leer ni escribir solo se bien quien defiende a los trabajadores y quien no, pero tu padre fue un hombre grande, que dio todo por defender los derechos de los pobres de esta tierra y que pago con su vida por ello.

El joven lo miraba alucinado, era como una especie de encuentro mágico en medio de aquel inmenso terror, solo tuvo fuerzas para llorar, para levantarse y fundirse en un abrazo con aquel hombre destruido, así estuvieron apretados entre lágrimas un tiempo indefinido, quizá eterno, sintiendo muy adentro una ternura desconocida, algo parecido a los tiempos de felicidad, a una infancia lejana, cuando su padre lo bañaba y lo envolvía en aquella manta de lana con olor a talco y amor.

Aquella noche de septiembre en la Marfea

Pedrillo el de las Torres se quedó rezagado en el pelotón que salía del campo de concentración de Gando, al momento el cabo de vara le dio en la cabeza con la fusta, solo miró un momento para atrás y era Juan R. el privilegiado socialista cobarde, que junto a otros traidores le hacían el trabajo sucio a los fascistas.

Tras los golpes subió la cuesta y pudo hablar con Antonio Febles en baja voz, el viejo lo miraba con los ojos rojos de sangre, le preguntaba que adónde los llevaban a aquellas horas de la noche, el pobre Pedro solo alcanzó a balbucear, deletrear con los labios que no sabía nada. Al momento llegó Eufemiano F. junto al joven E. Bonni al frente de la brigada del amanecer que encabezada el hijo del Conde. El joven los miraba a distancia, se fumaban un Virginio mientras arribaba el “camión de la carne”, de sus bocas les llegaba un aliento a ron de caña mezclado con carne compuesta.

Al momento aquella pequeña loma se inundó del humo de gasoil, ese olor penetrante, que le recordó las tardes en la finca de tomateros de “Los Betancores”, allí cerquita de su casa en Los Giles, cuando las muchachas aparceras partían oliendo a flores y él se quedaba junto a Segundo Viera observándolas, viendo los ojos cómplices, las miradas furtivas de las chiquillas, como las llamaba su vieja, mientras le preguntaba si estaba “hablando”[\[46\]](#) con alguna.

Ese grato recuerdo pasó como un carro de fuego cuando recibió otro golpe en la espalda, esta vez del cabo de la policía local, el falangista J. Pernea, al que conocía bien de la comisaría del municipio de San Lorenzo, cuando en los bailes de taifa se aprestaba en la puerta, sonriéndole cuando sacaba a bailar a las muchachas.

Esta vez solo lo golpeó y su mirada se perdió en sus ojos negros como la noche, no observó ni un atisbo de complicidad, como si no lo conociera, como si nunca hubiera sido su compañero en la Federación Obrera.

Pedrillo se levantó como pudo, Ambrosio Alcántara lo ayudó agarrándolo por el brazo, la sangre le bajaba por la espalda hasta sus nalgas, el pantalón estaba humedecido por los orines de miedo. Al momento subió Eufemiano, el hijo del Conde se quedó dos pasos más atrás con una sonrisa macabra, en un instante todo se llenó de falangistas y militares que los empujaban, les pegaban con la mano abierta en sus cabezas, los cabos de vara como Juan R. y otros se limitaban a darles con la vara en la nuca. El joven comprobó mirando a su alrededor que el grupo de presos superaba los cincuenta. De reojo vio a Juan García, Nicolás Santana, el abogado José Luis Sarmiento, el médico Pedro González y muchos más, que ni siquiera identificó, por no poder voltear la cabeza ante los brutales golpes de los fascistas.

Los subieron a la fuerza al “camión de la carne”, que tanto servía para traer los trozos de animales casi podridos al campo de concentración, como para transportar los cuerpos de los fusilados o asesinados a golpes. Todos iban de pie, casi no podían moverse al llevar atadas las manos con aquella sogá que les cortaba las muñecas. El olor era muy intenso, una mezcla de sudor, tabaco y salitre.

Algunos lloraban, otros rezaban o recitaban los nombres de sus chiquillos/as, de su amada mujer o novia, invocaban a sus madres, siempre en baja voz para que los esbirros no los escucharan.

En menos de una hora llegaron a los riscos de la Marfea, a poca distancia de la Playa de La Laja. Pedrillo recordaba los días que estuvo bañándose en aquellas aguas corrientosas junto a la bella María, la hija de Matilde la mujer del Panadero de Casa Ayala. Aquel beso en el agua, su cuerpo joven de buena mujer ardiente como sus dieciocho años, que lo rozaba mientras jugaban como dos niños/as, flirteando antes de la noche de San Juan de aquel junio de 1936.

Todo fueron gritos desde entonces, cuando salió del camión a palos alcanzó a ver la cara de Honorio “El peninsular”, el que trabajaba en la finca de Los Molina como capataz. Ni siquiera lo miró, solo lo golpeó en la cara con la pinga de buey y cayó de nuevo al suelo mientras los demás lo pisoteaban. Era una masa

enfebrecida, asustada, una especie de estampida de hombres fuertes, altos, musculosos del trabajo de sol a sol, ahora algunos encadenados, otros atados con la brutal soga de los tomateros.

Sin casi darse cuenta comprobó como los obligaban a tumbarse boca abajo para atarles los pies, notó como lo apretaban con la rodilla clavada en la espalda, los demás gemían de dolor, pero todo era sangre, golpes, gritos, insultos. Las risas de Eufemiano y el hijo del Conde se escuchaban por encima de los llantos. Tenían ese acento de los niños ricos con un tono distinto al del resto. Se carcajeaban porque varios presos se habían cagado en los pantalones.

Bromeaban sobre el mal olor de los rojos con el cura de Telde, que también se había acercado a la “Fiesta de la sangre”.

En un momento pudo comprobar que del viejo coche de E. Betancor sacaron muchos sacos, los mismos que usaban para las papas y los racimos de plátanos. El joven Pedro vio como empezaban a meter a los hombres atados de pies y manos, se escuchaban los gritos, los llantos, pero los fascistas no dudaban ni se inmutaban, los obligaban a patadas y puñetazos, luego los sacos quedaban casi inmóviles, solo viéndose la respiración acelerada de aquellos hombres, unos lamentos que se mezclaban con el ruido del viento, con las risas de los esbirros, que de nuevo bromeaban con el cura sobre 1a peste a mierda y la cobardía de los anarquistas y comunistas.

Pedrillo no se resistió cuando lo metieron en el saco, estaba demasiado triste, herido su cuerpo flaco, lleno de moretones y la sangre le corría por cada rincón de su piel. Notó como comenzaron a amontonarlos en el borde del abismo, se escuchaba el mar y el canto desesperado de las pardelas[47]. Un olor a salitre lo impregnaba todo mezclado con el tabaco de los criminales, percibía la respiración de sus compañeros, algunos insultos a los fascistas, algo indefinible, que casi no podía identificar entre el inmenso ruido de las olas, los gritos, alaridos y lamentos.

Luego ya todo fue tan rápido, comenzaron a tirarlos uno a uno por el acantilado, se escuchaba como se estampaban contra el mar o contra las rocas, él estaba casi de los últimos y escuchó a Pernía

bromeando con J. De Lugo y P. Del Castillo, las invitaciones a coñac de Eufemiano como si celebraran un acontecimiento especial.

Percibió como dos hombres lo tomaban por los pies y el otro por los hombros:

—¡Muere rojo de mierda, cabrón! —alcanzó a escuchar mientras lo arrojaban al vacío.

Solo fueron unos segundos, notó el agua fría, muy salada, intentó por unos instantes desatarse, salir del saco, pero fue imposible, se dejó llevar, las heridas le picaban, le quemaban con la sal, todo era oscuridad, silencio, una paz infinita, mientras abrió la boca para tragarse toda esa agua y dormirse para siempre.

Cuando la Iglesia manchó de sangre la madrugada

El viejo cura, del pueblo, en el Valle de las Palmeras, los esperaba en la puerta de la parroquia, los recibió sonriente, dando la bendición, a los cuatro señores que venían en el lujoso coche de Eufemiano. Conversaron un rato en la puerta sobre las novedades en el obispado, el nombramiento de nuevos sacerdotes para la zona centro de la isla, el tiempo caluroso que hacía en el aquel junio del 36.

Pasaron presurosos al viejo salón de Don José, un Cristo ensangrentado presidía la estancia y una foto encuadrada de Alfonso XIII. Comenzaron hablando de cómo había cambiado el municipio de San Lorero desde que gobernaban los rojos, del joven alcalde comunista, Juan Santana Vega, de cómo se organizaban potenciando la agricultura, desarrollando una especie de reforma agraria al margen de los terratenientes de la zona, del reparto de la tierra, de las banderas rojas, la tricolor republicana, con las que habían salido a las calles la noche de las elecciones municipales.

En la sala de al lado junto a un reclinatorio y una vieja imagen de la virgen del Carmen, la joven Josefita Travieso limpiaba como cada día la casa del cura, no le gustaba ese trabajo, lo hacía por necesidad, el anciano con sotana la miraba demasiado, le había tocado el culo varias veces y a ella le daba mucho asco, la necesidad la obligaba a acudir cada día a desarrollar unas tareas que detestaba.

Escuchaba los comentarios de los hombres reunidos en la habitación contigua, no pudo resistirse a poner el oído mientras hablaban de un alzamiento inminente, de la necesidad de acabar de una vez con la República, con las hordas marxistas que estaban destruyendo el orden establecido. Escuchó nombres y apellidos que desconocía como un tal Francisco Franco, Yagüe, Mola, García Escámez y otros que le sonaban como los Del Castillo, De Lugo, Manrique de Lara, Bonny, el conde, la marquesa. No se imaginaba

la chiquilla lo que iba a suceder en su pueblo varias semanas después de ese encuentro.

El cojo Acosta daba los nombres de las personas que asistieron a los actos electorales, de quienes solían visitar el ayuntamiento, las reuniones de trabajo en el salón dorado, las asambleas sindicales en las fincas de tomateros o plataneras, las casas que visitaba el alcalde, hasta que bares frecuentaba cada uno para tomarse unos rones y fumarse un Virginio.

Eufemiano tomaba notas en su vieja libreta con herrumbrosos aros metálicos, una escritura medieval, como de niño de párvulo, demasiado lenta y precisa, preguntando por los cabecillas, por los que habían hablado más en tal o cual reunión, dónde vivían las novias de cada uno, las madres, de qué calle, de qué barrio, de qué pueblo procedían.

El cura se subió la sotana para sentarse más cómodo, repollinado sirvió las copas de vino y encendió un cigarro de tabaco negro. Miró a los ojos de Eufemiano y con una complicidad antigua le dijo:

—Yo tengo más nombres, más datos, que me dieron sus mujeres en la confesión. Por la grandísima misericordia de nuestro señor Jesucristo, en este caso se puede hacer una excepción al secreto que nos obliga el santo padre.

Los hombres se miraron y Ventura se estiró el bigote animado. Don José comenzó a hablar, a rebelar tantos secretos, tantas reseñas, que se llevaron inmensas sorpresas sobre personas de las que desconocían lo que pensaban. A quien habían votado en las municipales, las andanzas amorosas de muchos republicanos, lo que habían dicho en cualquier cena de sus humildes casas, los abortos clandestinos, las opiniones políticas, lo que comentaban sobre los terratenientes de la zona, como hablan acusando entre amigos al cojo Acosta de haber abusado de varios niños en el pueblo.

Eufemiano no daba abasto, la libreta se le llenaba de nombres, de frases, de días, de horas concretas, de chismorreos, de lo que pensaba medio pueblo, testimonios con fecha donde se había dicho cualquier cosa, cualquier opinión banal, cada militante, anarquista, comunista, socialista, de los que desconocían hasta ese momento.

Todo gracias a Don José que sonreía orgulloso ante la satisfacción del peculiar grupo.

Casi entrando la noche y después de varias horas levantaron la sesión, al otro lado Josefita lo había escuchado todo, casi no se lo creía, como el obeso y sudoroso sacerdote había violado de esa forma secretos tan íntimos, confesiones de tantas personas buenas del pueblo. Se apresuró a salir con la bolsa de los trapos de cocina, la ropa sucia del cura para lavarla en la acequia de la presa. Ventura le miró el culo, intentó tocarle el pecho, diciéndole una especie de piropo sexual, ella giró, percibió su asqueroso aliento, aceleró el paso mientras el resto se reían a carcajadas, salió a la calle con la brisa en su pelo rubio, con llantos en sus ojos verdes, un sabor en la boca a sangre, a hiel, a premoniciones terribles.

El cura les dio de nuevo la bendición, un “Nuestro señor Jesucristo y la Virgen del Pino vaya con ustedes”. Subieron al coche de Eufemiano y fueron directos a la sede de Falange en el Puerto, cerca del muelle, allí los esperaban varios dirigentes de la organización fascista.

Eufóricos hicieron una última parada en el prostíbulo de Arenales, para casi de madrugada, comenzar a elaborar las listas de las más de 5.000 personas que serían asesinadas en toda Canarias, que comenzarían la madrugada de julio de 1.936, encabezadas por las “Brigadas del Amanecer”.

Dividieron cada listado metódicamente por zonas de la isla, a quienes fusilarían tras consejo de guerra, a quienes desaparecerían, quienes serían arrojados a la Sima de Jinámar, a los pozos de Arucas, Tenoya, al Barranco de Guinigüada, a La Marfea, a los agujeros volcánicos de los Giles y Tafira.

Ya se habían reunido en cada municipio, de norte a sur, se habían sentado con todos los caciques, con cada cura que estuviera dispuesto a hablar, a contar con detalle la vida de sus feligreses, solo dos se negaron.

Al día siguiente de aquel encuentro, Josefita lavaba la ropa de su amo, con el resto de las mujeres del pueblo, allí en el naciente de la presa, no dijo nada, rumiaba pensamientos tristes, el agua fría le quemaba las manos, la ropa interior del cura casi la hace vomitar. El

silencio inundó a los pocos días aquella zona del mundo, aquellos paramos isleños olvidados por el dios de los enriquecidos.

El abrazo

El sonido de “la pirenaica”[\[48\]](#) llegaba cada noche desde la antigua cueva del barrio troglodita de Tamaraceite, ese pueblo que en su Montañeta albergó antes de la conquista de Canarias una de las poblaciones indígenas más grandes de la isla de Tamarán. Juan Mera era un asiduo de la casa de Cillo Ramírez, cada noche llegaba y daba palmadas en la puerta:

—¿Quién es?

—¡Paz! —respondía el visitante, mientras en la parte más oculta de aquel hogar humilde estaban reunidos varios miembros de la célula.

Domingo Santana, Juana Morales, Esteban Soto, ya tenían preparado el pizquito de queso de Guía, los vasitos de ron Arehucas carta blanca, el buchito de café y leche, habitual en aquellos encuentros del año 1.954 en el secuestrado, vilipendiado y asesinado municipio de San Lorenzo.

Se hacía inevitable recordar a los jóvenes mártires, a los cinco fusilados, a su alcalde comunista, Juan Santana Vega, al secretario municipal, Antonio Ramírez Graña, al subinspector jefe de la policía municipal, Manuel Hernández Toledo, a los sindicalistas Matías López Morales y Francisco González Santana, los camaradas estaban presentes en el recinto aborigen, la vieja mesa de madera con el viejo mantel manchado de viejas gotas hirvientes del caldo de pescado, de algún sancocho remoto cuando había cherne[\[49\]](#) salado y papas nuevas, presidía aquel espacio humilde, con restos de grabados rupestres libico-beréberes excavados en la toba basáltica.

Los cinco estaban presentes, no los podían olvidar, los años de cárcel hacían imposible dejar de lado la masacre cometida en ese pueblo isleño, las torturas masivas, las violaciones de varias mujeres por los falangistas y guardias civiles, el asesinato en su cuna del bebé Braulio González García, a manos de uno de los

sublevados contra la legítima y democrática República, las detenciones masivas, el campo de concentración, el día del último pleno municipal con mayoría del Frente Popular, la celebración de la noche del triunfo, donde por primera vez ganaba un frente de izquierdas, una coalición para la esperanza de un pueblo contra años de represión, sueldos de basura, semiesclavitud, jornadas de trabajo de sol a sol, derecho de pernada, todo tipo de abusos de poder de una Iglesia católica y una oligarquía corrupta y criminal.

La radio sonaba con las interferencias del régimen, pero se entendía: *Escuchas la voz de España, la voz de la democracia, la voz de la libertad, la voz de la resistencia al régimen fascista del general Franco*. Así comenzaba cada noche aquel ritual mágico, impregnado de un halo de nostalgia, quizá de tristeza comedida, unas ansias de cambio, de acabar con aquel velo de tristeza que obstaculizaba las vidas de aquellas personas, un recuerdo cegador, enemigo de la alegría, del cuidado roce de la brisa en los corazones libres.

El nieto de Cillo observaba desde el patio de picón, jugaba con sus muñequitos de las bolsas de detergente, un ejército de jinetes blancos en sus caballos, los “más poderosos” con una lanza, cascos con plumas, un avance militar entre macetas y helechos colgantes que invadían el territorio de la batalla. El chiquillo ya estaba acostumbrado cada noche a ver aquellas caras, las conversaciones en baja voz, las consignas de las voces lejanas que desde Francia alumbraban un futuro mejor, sin asesinatos, sin torturas, con democracia y libertades, una tercera República que expulsara del poder a la mafia franquista, a los corruptos borbones que ya esperaban la oportunidad de recuperar lo que habían robado durante años de monarquía, seguir expoliando el patrimonio público, abusando de un poder desmedido por el que fue expulsado el rey delincuente Alfonso XIII, acompañado de toda aquella comitiva siniestra, donde la consanguinidad, las bacanales sexuales, la subnormalidad, marcaban el devenir de aquellos seres nacidos para saquear, reprimir y destruir el bienestar de los pueblos.

La velada terminó enseguida, demasiadas conversaciones inacabadas, como siempre se fue rápido, cuando a las once de la noche llegó Frasquita con su vestido negro de luto eterno por su

madre asesinada, avisando de que podían salir de uno en uno, arribar al Paseo de los Mártires y meterse por distintos callejones, no ir directamente a sus casas, pararse, observar si por la carretera general había algún coche aparcado, si las luces de todas las casas estaban apagadas, para ir directos a sus hogares con la esperanza de aguantar un día más sin ser detenidos.

Juana lo primero que hizo al llegar a su casa de La Mayordomía fue ir a la cama de su hija, la muchacha de casi 35 años seguía en estado casi vegetal, la violación masiva de los falangistas y requetés en el camino viejo de San Lorenzo la había destruido, no hablaba con nadie, no salía de la casa, le tenía miedo a todos los hombres, sobre todo a los uniformados, la militante comunista se metió con ella en su lecho, se abrazaron como cada noche, acariciando sus oídos con aquella vieja canción infantil, un susurro de voces suaves y ternura, ese infinito amor que solo puede existir entre madre e hija. Se durmieron piel con piel en el arrullo de la brisa de abril.

El amanecer del dolor tras una madrugada de lluvia

A las cuatro de la mañana se escucharon los golpes en la puerta, el alarido de los perros y los gritos de los falangistas, de los guardias civiles de Arucas. Juan Soto se despertó sobresaltado, los chiquillos acostados en el camastro de paja empezaron a llorar, su mujer se le abrazó como queriendo volver atrás en el tiempo, que todo pareciera un sueño, pero afuera estaban los que se erigieron como autoridad legal tras el golpe de estado del 36, todo era real, la cruel realidad que inundó aquella casa pobre de Tenoya.

Juan logró abrir la puerta antes de que la echaran abajo, allí estaban los tricornios en la oscuridad, los miembros de Falange vestidos de azul, los dos señores dueños de las fincas de plataneras del barranco de Teror, los mismos a los que se había enfrentado en su lucha como dirigente de la Federación Obrera, los mismos que lo habían amenazado cuando la huelga jornalera y campesina.

María, su mujer, se quedó rezagada, detrás de su marido, cuando comenzaron a encadenarlo.

Ella miró al terrateniente de Las Palmas, era don Juan Cardona, lo conocía de cuando limpiaba la casa de la marquesa de Arucas, le preguntó que adónde lo llevaban, el terrateniente la miró, no contestó, solo recibió un insulto de uno de los guardias civiles, que se refirió a su pecho y dijo algo como lo de ordeñar una cabra.

Los cinco niños miraban desde la azotea, se llevaban a su padre, no sabían adónde, ni lo que había hecho, los chiquillos lloraban al ver como uno de los requetés le daba un golpe en la cabeza con la culata del máuser, que el amo Don Pedro Bravo empujó a su madre contra la pared de picón raspándole su cabeza, que ahora manaba sangre sobre el ojo izquierdo.

La joven María arrodillada pedía por su marido, que él no había hecho nada, salió a la calle mientras los vecinos miraban asustados por las rendijas de sus ventanas, les llamó:

—¡Asesinos!

Justo en el momento que el falangista Penichet la agarró por la cintura y se la llevó en volandas al interior de la casa:

—Ahora voy a follarme a tu mujer rojo de mierda.

Juan gritó, quizá aulló como un lobo, pero solo recibió golpes y patadas en la entrada del camión.

Varios de los falangistas y un guardia civil entraron en la casa, el resto se quedaron fuera pegándole a Juan golpes terribles con varas de hierro y fusiles, dentro se escuchaban los gritos de la mujer y el llanto de los niños:

—Cállate puta, vas a saber lo que son hombres de verdad no el pinga[50] chica de tu marido —decía Penichet, entre las risas de los fascistas que rompían el camisón de María.

Al rato dejó de escucharse el bullicio, las carcajadas de los hombres se tomaron en gemidos, susurros y llantos débiles, quejidos, comentarios en baja voz. De repente un fuerte golpe, como si hubieran derribado un ropero, en el momento que salían los uniformados abrochándose los pantalones.

Juan atado de pies y manos vio a los chiquillos desencajados asomados a la azotea, llovía mucho, no escuchó más a María, solo las risas de los franquistas, los comentarios jocosos del cojo Acosta sobre lo grande que la tenía Penichet.

Atrás quedó su amado universo cuando se lo llevaban, vio los bardos de tuneras, escuchó a su perrilla podenca ladrando asustada, el viejo acebuche[51] centenario cuando bajaban del Lomo de las Viudas, lo que le alcanzaba la vista entre los esbirros, las brutales ataduras que le cortaban la circulación de la sangre.

Al llegar al cruce de Los Giles no siguieron para Las Palmas, Juan lo notó, conocía bien esa carretera porque cada día bajaba andando hasta el barrio de San José, donde trabajaba como jornalero en la finca de los Vega. El camión parecía que se quejaba, que gritaba de dolor, cuando iniciaron el desvío y subieron la cuesta, los fascistas fumaban y reían, comentando con detalle lo que le habían hecho a su mujer.

Cuando llegaron a la finca de “Las Maquinas” allí los esperaba el joven Ezequiel, miembro de la enriquecida familia dueña de toda esa zona, de las fincas de tomateros. Lo bajaron a golpes, Juan

logró verle la cara al guardia municipal de Tamamceite, un tal Pernía, mientras lo arrastraban al agujero volcánico, el joven anarquista no dijo casi nada, se dejó llevar, se resistió levemente, pero era imposible, no pesaba más de 60 kg.

Bravo y Penichet le dieron los últimos golpes en la cabeza con la pinga de buey:

—Muere como un cabrón porque nos follamos a tu mujer rojo asqueroso.

Fue lo último que escuchó cuando caía al vacío, en su mente un leve recuerdo para su amada familia, un instante de dolor, la oscuridad, la nada, la paz, el silencio.

El exilio de los sueños

Los dos jóvenes subieron presurosos al barco con destino a Venezuela, el miedo los tenía atenazados tras las horas de espera, fueron varios días con sus noches escondidos entre los bultos del muelle de Las Palmas.

Sintieron una enorme sensación de alivio cuando vieron que el velero de vapor se alejaba de la costa, dejando atrás el amado litoral isleño, adentrándose en el inmenso Atlántico, entre niebla y lluvia de un triste octubre, huyendo de una muerte segura, forjando una nueva esperanza al otro lado del mundo.

Nicolás Medina, y Fulgencio Álvarez no se lo creían, había sido muy difícil burlar todos los controles, la vigilancia permanente de los falangistas y militares en cada rincón de Gran Canaria. Aquellos tres años escondidos entre los montes de Gáldar, Artenara, Tamadaba, Inagua..., alimentándose de lo que podían, de la leche que los pastores de Juncalillo les dejaban a escondidas, oculta en gánigos^[52] de barro entre las retamas, en cada cueva por donde pasaban, durmiendo de día y moviéndose de noche, el gofio amasado de millo era su única fuente de alimentación, algún queso tierno, mucho dolor, demasiadas penurias en aquellos calurosos meses de agosto y septiembre del 36.

Fue el mismo 18 de julio cuando comenzaron las detenciones, los coches y camiones de uniformados recorrían cada municipio, desde San Lorenzo a La Aldea de San Nicolás, Mogán, san Bartolomé de Tirajana, Aguimes, Telde, Ingenio, no quedaba ni un espacio sin revisar, encerrando a miles de hombres y mujeres, asesinando, torturando, desapareciendo simplemente por pertenecer a cualquier organización anarquista, comunista, socialista, por defender la democracia y la legítima República.

Fulgencio, de apenas veinticuatro años, miembro de Partido Comunista y de la Federación Obrera, estudiante de derecho en la universidad de La Laguna, respiraba hondo, suspiraba tranquilo cuando la isla se perdía en el horizonte, en el momento en que las olas de alta mar amenazaban aquel viejo cascarón repleto de pasajeros, comentaba con Nicolás lo terrible que hubiera sido que los hubieran capturado, la acertada decisión de no esperar como hicieron otros, esperanzados en que el golpe de estado no fuera tan cruel.

La dificultad de sobrevivir una persecución en un territorio tan limitado, tan controlado por una oligarquía sin escrúpulos para asesinar, violar, saquear y destruir, una patronal, caciques y terratenientes, que habían elaborado meses antes del alzamiento cientos de listas de las personas que había que detener y represaliar, una estrategia pormenorizada de quienes serían asesinados, encarcelados, las propiedades que se quedarían, el reparto de un pastel de muerte, todo tipo de crímenes horrendos, en unas islas que nunca habían vivido una represión tan fuerte, comparable a la que llevaron a cabo los conquistadores castellanos con el antiguo pueblo indígena.

Nicolás, también muy joven, no pasaba de veintidós años, jornalero, anarquista de la CNT, estudiante de inglés en sus horas libres, jugador de fútbol, incansable lector y defensor de las personas desfavorecidas, le contaba a Fulgencio que los días previos al golpe una energía negra inundaba las calles, que se presentía que algo terrible iba a suceder, que jamás pensó que fuera algo de tanta magnitud, no lo imaginaba, decía, mientras se comían el trozo de pan y queso bajo una de las barcas salvavidas, apenas tuvo tiempo de despedirse de Luisa Macías, la joven de Acusa Seca que trabajaba limpiando la casa de un terrateniente en el Valle de San Pedro.

Fue todo tan rápido, tanta sangre derramada, tantos compañeros asesinados por el terror fascista, la información sesgada que les llegaba cuando lograban hablar con algún pastor, que les decía a quién se habían llevado, a quiénes habían hecho desaparecer, los lugares de la muerte: La sima de Jinámar, la Mar

Fea, los pozos de Arucas y Tenoya, los masivos fusilamientos en el campo de tiro de La Isleta.

Esos datos estremecedores les generaban más miedo, les hacían tomar más precauciones, ese fue el momento en que decidieron caminar de noche, no encender fuego aunque hiciera frío, alejarse de cualquier grupo de casas, adentrarse en aquellos inmensos y mágicos pinares, orientándose por las estrellas, tratando de buscar el momento, el instante adecuado, para que ese barco los sacara de aquella isla, de aquel archipiélago desgraciado, arrasado en manos de brutales seres sanguinarios.

En medio de aquel océano ya casi oscurecía, los dos hombres miraban el horizonte, no se veía tierra, solo un cielo rojo, el sol que casi se ocultaba, las mantas viejas les protegían de aquel viento helado, los dos se quedaron callados, a pocos metros se apreciaba el movimiento del mar, una ballena con su cría avanzaba lenta hacia otra migración, los hombres no dijeron nada, los ojos humedecidos, pensamientos innombrables, solo el silencio abrazó cada instante de aquella noche interminable.

El manchego-canario enterrado vivo: La espalda ante el pelotón

Los colocaron a todos de espaldas ante el pelotón de fusilamiento, esa vez la fosa ya estaba abierta, era el cementerio de Las Palmas, el mismo lugar donde habían enterrado, todos juntos amontonados, después de asesinarlos a más de 90 camaradas.

Juan Azofra “el peninsular”, como le llamaban cariñosamente en los tomateros de los Betancores en Los Giles. Era uno de los que estaban a punto de morir tiroteados. El joven manchego recordaba en esos instantes finales a su madre en su pequeñito pueblo, cerquita de Toledo, su amada esposa que lo esperaba, de la que tenía su foto en el pecho, en la chaqueta de dril[53] grisácea, que era lo único que no le habían quitado cuando vino el cura, aquel capellán de Telde, el que llevaba siempre pistola al cinto, famoso porque junto con la bendición daba el tiro de gracia a los moribundos fusilados.

La nuca era su lugar preferido, pero no hacía ascos a las sienes, a los ojos abiertos de aquellos jóvenes republicanos, anarquistas, antifascistas, condenados en la masacre, junto a los más de cinco mil canarios asesinados, masacrados por las fuerzas fascistas, sin que apenas existiera resistencia al brutal golpe de estado, solo gente humilde, profesores, abogados, médicos del pueblo, sindicalistas, jornaleros, campesinos, comprometidos en la causa de la República de la esperanza, que sufrieron la represión, el asesinato masivo, las torturas, el robo de sus propiedades, en un movimiento de muerte y dolor amparado por la Iglesia católica, por una oligarquía desbocada y con desesperadas ansias de venganza.

Allí arrodillados, con las manos atadas a la espalda esperaban por la orden del Capitán Samsó, mientras se organizaba un pelotón de jóvenes reclutas, chiquillos que hasta conocían a algunos de los reos, que temblaban de miedo con aquel terrible máuser en sus manos, dispuestos a disparar *por el bien de España*, según decía el teniente Bombín, que los adoctrinaba en sus arengas[54] por una

nueva patria de orden y raza, donde se exterminara del todo ese mal del marxismo, del anarquismo, el que expropiaba propiedades de los millonarios.

Colocó el pelotón, no sin antes recriminar a gritos la escasa motivación de aquellos jóvenes reclutas, golpeando en la cara, abofeteando a los dos que lloraban porque eran amigos de algunos de los reos:

—Por España, por la santa patria y por nuestro señor Jesucristo. Disparen en el lugar preciso, que luego los que sobrevivan serán rematados por el capellán y por mí mismo.

Azofra escuchaba todo, miraba de reojo sin mirar, percibía el movimiento, la colocación de las armas, las dos filas de militares, los llantos y suspiros de los dos jóvenes reclutas, las suplicas de sus compañeros arrodillados, atados, vejados, golpeados durante días en el campo de concentración de La Isleta. Tuvo un último pensamiento para Nuria Amaro, para su pequeñita Margarita allá donde estuviera, un grito en el momento del *¡carguen armas! ¡Apunten!*, un ronco y heroico *¡Viva la República y la libertad!*, cuando las balas quemaron su espalda, atravesando aquel pecho joven, la sangre de sus hermanos de lucha, algunos revolcándose, el muchacho todavía vivo intacto de dignidad, quietito en el suelo, la sangre brotando a borbotones y el cura de Telde dando bendiciones y tiros de gracia:

—Por la infinita misericordia" —con una cruz enorme, que intentaba pasar por los labios de los muertos o agonizantes fusilados.

El muchacho manchego fue de los últimos, había caído al fondo de la fosa, con varios compañeros, nadie se dio cuenta, la tierra le iba cayendo encima, olía a estiércol, a la materia orgánica que usaba en su trabajo para enriquecer de nutrientes los tomates.

Fue siendo enterrado vivo sin inmutarse mirando al cielo despejado de agosto de 1.937. Oyendo los gritos, los insultos del teniente Bombín a los soldados, sus ojos desencajados cagándose en dios, mientras el cura de Telde, el padre Don Juan Ignacio, apuraba los últimos disparos en la nuca de sus camaradas. La tierra lo cubrió, no sentía nada, solo un pequeño dolor en su espalda, la sangre que salía, un placer infantil de no saber nada, de esperar

cerrar los ojos para siempre, hasta que comenzó a tragar un alimento inusual, el barro y la sangre de su sangre. Todo oscureció de repente mientras las olas del mar rompían a pocos metros, las gaviotas revoloteaban como seres oscuros, aventadas por tanta muerte.

El santificado robo de niños o el viento de la ausencia

Pedro Dávila y su hermano Carlos llevaban dos semanas en la Casa del Niño en el barrio de San José, el fusilamiento de su padre se había producido el 23 de marzo de 1.937 en el campo de tiro de La Isleta, las monjas de Falange[55] les instruían sobre las normas a seguir, la hora de levantarse, salir al patio a cantar el “Cara al sol”[56] brazo en alto, acompañados por Don José el cura fascista, el mismo que participaba en los ajusticiamientos, donde daba las bendiciones, la extremaunción y si se terciaba el tiro de gracia en la nuca de los reos.

Los dos hermanos de siete y cuatro años se habían quedado sin familia, su madre había muerto dos años antes de tuberculosis en el barranco de Guayadeque, sureste de la isla de Tamarán.

La militancia comunista de su padre, Saturnino, lo había condenado con apenas veintinueve años, en el consejo de guerra sumarísimo, presidido por el Teniente Coronel y juez togado, Pérez-Camacho, no le dieron ninguna oportunidad de defenderse, ni a él ni a sus cuatro camaradas, acusados de rebelión, simplemente por custodiar la telefónica del pueblo el día del golpe de estado, con un sumario cargado de todo tipo de mentiras para justificar la sentencia de muerte. El abogado de la defensa era un militar fascista que prácticamente no intervenía, se limitaba a acatar las acusaciones del capitán y fiscal, un tipo muy delgado, desgarrado, con gafas negras y bigote, apellidado, Manrique de Lara.

Los niños pasaban por una grave crisis de ansiedad, no dejaban de llorar en aquel recinto repleto de simbología religiosa, con una rigurosa disciplina y todo tipo de maltratos a los que se fueron acostumbrando con el paso de los meses, acompañados por sus compañeros, que en su mayoría también eran hijos de asesinados por el franquismo, chiquillos de toda la isla, también de Fuerteventura, Lanzarote y el Sahara Español.

Entre misas, cánticos patrióticos y las clases diarias impartidas por curas y beatas se fue pasando la tristeza, para convertirse en un estado de supervivencia cotidiana, donde el principal objetivo de Pedro era proteger a su hermano Carlos de los abusos de los curas pederastas, de las palizas de las monjas, de otros niños que hacían de chivatos y colaboradores de aquel régimen de terror.

El hermano pequeño era mucho más vulnerable, por su edad no entendía nada de la situación, todavía seguía creyendo que su padre vivía, las monjas le habían dicho que se había marchado a un país lejano, que los había abandonado por ser un pecador, una especie de demonio marxista con cuernos y rabo que no lo quería.

A los seis meses de internamiento los separaron y se llevaron a Carlitos entre llantos a otra sección del hospicio, donde casi no tenía contacto con su hermano, a la semana lo volvió a ver en el comedor acompañado por una monja más joven que lo llevaba de la mano. Pedro intentó acercarse para hablarle pero Don José el cura lo golpeó con la fusta de caballo que siempre llevaba al cinto de la sotana:

—Ven aquí cabrón rojo de mierda, no te acerques a tu hermano que tienes sangre de demonio.

El niño llorando vio como se llevaban a su hermanito a la oficina de la madre superiora, allí esperaban un hombre y una mujer muy bien vestidos, el hombre llevaba uniforme de falange con correaes y galones que no supo identificar, la mujer una blusa malva y una falda marrón, con collares en su cuello. Desde lejos vio como el cura y la monja entregaban al niño, recibiendo un buen fajo de billetes en sus manos del mando requeté. Carlitos lloraba, gritaba que quería ir con su papá y con su hermano, pero todo fue imposible, el hombre lo redujo, le golpeó la cabeza en una especie de coscorrón muy fuerte, mientras la mujer lo cogió violentamente de la muñeca para introducirlo en un coche negro con chofer que esperaba en el patio.

Aquel auto partió a toda velocidad y Pedro miraba desde la ventana del comedor, viendo como se lo robaban para no verlo más. Solo cuando pasaron más de veinte años, una vez abandonó la Casa del Niño se enteró que se lo habían llevado a Sevilla, que el falangista era un personaje muy conocido por los crímenes

cometidos en la ciudad de Badajoz sobre miles de republicanos, mano derecha del general Yagüe y miembro de la oligarquía andaluza.

A través de camaradas de su padre en la ciudad de La Giralda, concretamente Antonio Calatrava y Ernesto Avalo, miembros del PCE en la clandestinidad, logró información sobre el destino de Carlitos, descubriendo que el falangista y su mujer se lo vendieron a una familia de Alicante a los pocos meses de su traslado a Sevilla.

Con el paso de los años Pedro siempre tuvo esperanzas de volver a encontrarlo pero fue imposible, nunca conoció la identidad de esa familia, la Iglesia católica participó activamente en ese negocio millonario de robo de niños en toda España, con la colaboración de falangistas, militares y miembros de los actuales partidos mayoritarios del régimen monárquico español.

Pedro Dávila falleció en 1.987 en su casita de Arucas, una foto vieja enmarcada junto a su cama con la imagen de Cándida, su madre, de su padre y de Carlitos, abrazado a un perrito blanco, fue su único legado, cada noche los miraba, se aferraba a los años de una infancia feliz antes de estallar la tormenta de la sangre.

El sur del sur barranco abajo

La carretera de Temisas a Santa Lucía era demasiado transitada aquella noche, no dejaban de llegar noticias de Aguimes de varias detenciones, incluso de un posible tiroteo en la zona de Arinaga entre falangistas y varios miembros del Frente Popular, donde al parecer se habían producido varias muertes del bando republicano.

Demetrio Acosta y Santiago Calcine salieron la madrugada del lunes 20 de julio de 1.936 a un destino incierto, la consigna que llegaba desde Las Palmas de Gran Canaria era de resistir pacíficamente. Demetrio, abogado y sindicalista, secretario de la Federación Obrera del sureste, había hablado el día antes con el diputado comunista, Eduardo Suárez, la voz dulce y contundente del defensor de las mujeres tabaqueras sonaba con la tranquilidad que le caracterizaba, siempre con una enorme amabilidad, le dio las instrucciones pertinentes para mantenerse a la expectativa, no estaba nada claro lo que estaba sucediendo, incluso muchos creían que aquel movimiento era una huelga auspiciada por los sectores más reaccionarios junto a la Iglesia católica. Suárez transmitía siempre la misma serenidad, resistir, no abusar del poder, respetar a quienes pensaban diferente, tratar de serenar y enfrentar desde la legalidad vigente cualquier alteración del orden público.

El coche del ayuntamiento iba sereno entre los baches, casi a las seis de la mañana por la carretera de tierra, el cielo despejado, limpio entre las montañas, al fondo se avistaba bajo las estrellas el mágico Roque, conocido por los antiguos canarios como Aguiro. Una especie de premonición terrible iba en la mente de Santiago, no decía nada, los dos en silencio bajo la inmensidad del cielo avanzaban hacia el sur de la isla, la idea reunirse con los compañeros, tratar de saber que estaba sucediendo en Canarias, en toda España, con noticias muy difusas, rumores de ruido de sables, asesinatos, desapariciones masivas, miles de personas detenidas a las pocas horas del alzamiento.

Al trazar una curva cerrada escucharon disparos, lo que les hizo detenerse y aparcar el auto a la derecha de la raída calzada. Se bajaron y se asomaron al acantilado, viendo como a menos de un kilómetro el fuego de las detonaciones, gritos desesperados de varios hombres que eran golpeados salvajemente, una voz con acento inglés daba órdenes, gritaba, lanzaba arengas en una diatriba casi ininteligible, complicada por el escaso conocimiento de la lengua castellana.

Lograron identificar en poco minutos al grupo, eran varios de sus compañeros de Santa Lucía, Maspalomas y Mogán, Ernesto Santiago, Juan González, Pedro Álvarez, Gustavo Santana y tres más que no conocían, todos atados con los brazos a la espalda, arrodillados en fila de uno y Antonio Sosa, encargado de la finca de tomateros del cacique británico, golpeando con barras de hierro junto al hijo del conde las espaldas de los desgraciados reos, el inglés rebuznaba todo tipo de insultos, más abajo de la pista de tierra un grupo de guardias civiles apuntando con los fusiles entre varios camiones y vehículos policiales.

Los dos hombres se quedaron en la loma, no sabían qué hacer, si seguir o regresar, lo primero que decidieron a toda prisa, muy asustados, fue meter el coche por la entrada de un pequeño barranco, ocultarlo entre las tabaibas y cardones[57], mientras desde arriba veían todo, incluso el momento en que un falangista con bigote y correaes vació el cargador de su pistola en la cabeza de Ernesto Santiago, al parecer el sindicalista le dijo algo que enfadó mucho al fascista, la sangre salpicaba, manchando al resto de los detenidos que gritaban y lloraban revolcándose en el suelo.

Luego fue todo muy rápido, el hijo del conde y el terrateniente inglés ordenaron a los guardias civiles disparar sobre los hombres arrodillados, el barranco parecía estallar como un volcán en erupción, un ruido atronador de disparos, fuego y humo que pareció detener por un momento el tiempo en la isla de Gran Canaria. Demetrio y Santiago no se creían lo que veían, los cuerpos de sus amigos y compañeros tirados en el suelo, mucha sangre, un cura que les pareció al párroco de San Bartolomé de Tirajana dando la extremaunción a los muertos, echándoles por encima agua bendita y rezando un padrenuestro.

El inglés con una cruz gamada en el brazo ordenó que metieran los cadáveres en los camiones, dijo algo de llevarlos a los riscos de Arteara, a un pozo de Fataga de su propiedad, daba la impresión de que no tenían muy claro que hacer en ese instante, como deshacerse de tanta sangre mezclada con la tierra seca de los tomateros.

Desde la altura se divisaba todo el entramado terrible, el grupo numeroso de falangistas, guardias civiles y varios paisanos, entre ellos un conocido empresario tabaquero que sentado contemplaba la escena, un laberinto de sombras que según aclaraba el día se apreciaba mejor, identificando las caras, los rostros conocidos de la patronal sureña, altos cargos de la policía, miembros de la derecha política isleña, varios curas más con sotana y pistola al cinto, demasiada gente para tan pocos muertos.

Arriba paralizados, cuerpo a tierra, desolados, Demetrio y Santiago no decían nada, el silencio llegó cuando partieron los camiones con los asesinados, los coches repletos de uniformados, solo quedó la sangre, la tierra revuelta, la barra de hierro ensangrentada, el viento que levantaba el polvo, restos de un dolor indescriptible en aquella mañana de un estremecido verano.

Los dos decidieron partir, abandonar el auto, caminar por los barrancos de Temosas, muy cerca de varias cuevas de los indígenas, avanzar hacia la cumbre, hacia un lugar seguro donde resistir en medio de la naturaleza, con la esperanza de no ser capturados, conscientes de una muerte segura si acababan en manos de los fascistas.

Desde lejos dos guardias civiles con prismáticos los observaban sonrientes, el sargento Lima encendió el Virginio con una inmensa tranquilidad, sabían que al final del barranco les esperaba la brigada del amanecer, que no tendrían salida, que su inevitable destino sería la Sima de Jinámar, donde serían arrojados vivos esa misma noche.

En el retorno de la luna llena

Al día siguiente del fusilamiento de los cinco de San Lorenzo llegó la noticia a Tamaraceite, el cojo Acosta lo comentó en la barbería de la entrada del pueblo:

—Por fin mataron a esos hijos de puta rojos de mierda, a Pancho “La Mahoma” le entró por el ojo uno de los tiros.

Juan Dionisio Santana, escuchó la conversación entre el falangista con fama de pederasta y el cura que había participado en la revelación de secretos de confesión, cuando hicieron las listas negras en aquel pueblo de las medianías de Gran Canaria, las que sirvieron para asesinar impunemente a miles de canarios, simplemente por pensar diferente.

El pobre Juan no sabía cómo decírselo a las familias, que todavía después de seis meses de encarcelamiento en el campo de concentración de Gando, esperaban que llegara el ansiado indulto, incluso se pensaba que había llegado, pero que la patronal del municipio de San Lorenzo se dirigió por escrito al Capitán General, García-Escámez, para que los fusilaran cuanto antes. No les perdonaban sus acciones sindicales en la fincas de los terratenientes, el trabajo silencioso en todos aquellos años de heroica lucha, que les llevó a ganar por abrumadora mayoría las elecciones municipales del 23 de abril de 1.933.

El hombre, jornalero de profesión y buen amigo de los fusilados, aunque nunca estuvo metido en política, le temblaban las piernas cuando se acercó a la casa de Lola García, en la carretera general del norte, a unos doscientos metros de una de las sedes del ayuntamiento comunista donde estaba la casa consistorial y el salón de plenos. Tocó en la puerta y desde dentro se escuchó la voz de uno de los chiquillos, era Diego, el mayor, de apenas once años, que salió a la puerta descalzo, con un pantalón corto raído y una camisa blanca que le quedaba muy grande, abotonada hasta el cuello:

—¿Está tu madre chiquillo? —le dijo.

A lo que el niño contestó que estaba acostada, que le dolía mucho la cabeza:

—Dile que salga, que Juan el hijo de Pinito Martel quiere decirle algo.

Pasaron unos minutos y Lola apareció en la puerta, su mirada la delataba, solo de ver al amigo de su marido sabía lo que había pasado:

—¿Los mataron verdad?

Juan agachó la cabeza, la mujer se derrumbó en sus brazos, una especie de desmayo entre llantos, desde dentro los niños miraban asombrados:

—¿Por qué, por que coño, por qué, si no hicieron nada, si no hicieron daño a nadie? —gritaba la viuda.

La escena era terrible, los vecinos miraban, no se acercaban por miedo, ya sabían todo, el cojo Acosta lo había difundido por todo el pueblo en un alarde de celebración, del fin de una etapa donde la izquierda gobernaba para todos y todas, con unas inmensas esperanzas de futuro, de emancipación de las mujeres, de consecuciones sociales históricas, de libertad y verdadera democracia.

Lola se encerró en la casa con los desarrapados chiquillos, sabía que jamás podría encontrar el cuerpo de su amado marido, que la fosa común del cementerio de Las Palmas le esperaba, que era allí donde tiraban a quienes no podían permitirse un entierro digno o no interesaba que se viera el cadáver torturado y masacrado a golpes.

Al momento apareció Rosa corriendo, la hermana de Lola, los niños se le abalanzaron encima, todo eran llantos en aquella humilde casita. “El circo de Toti”, como le llamaban por ser solo una habitación con los techos muy altos para los seis miembros de la familia, ahora cuatro, desde que un falangista del pueblo asesinó en su cuna, en uno de los brutales registros, al bebé Braulio de solo cuatro meses, ahora que habían fusilado a Pancho aquel 29 de mazo de 1.937 a las cuatro de la tarde.

Las dos mujeres acostaron a los niños aquella noche, Diego no dejaba de llorar, Lorenzo, el más pequeñito, abrazado a un peluche, Paco, el mediano, con los ojos abiertos mirando al techo,

recordando los años felices con su padre y su hermanito asesinados por “aquellos hombres malos”.

Rosa se sentó en la mesa que tenían afuera, en el pequeño patio, donde estaba la pileta para lavar la ropa, Lola vestida de negro ya no era ella, nunca recuperó la bella sonrisa que siempre iluminaba su rostro, un silencio sepulcral inundaba cada espacio de aquel hogar empobrecido, solo Lorenzo dormía, sus dos años de vida no le hacían consciente de lo que estaba sucediendo, sus hermanos se abrazaron en la cama, lloraban en silencio, no querían alarmar a su madre, un olor a estiércol y tierra mojada entraba por la ventana que daba hacia la montaña de San Gregorio, marzo se tornaba en primavera, la luz de una luna casi llena creaba sombras mágicas en movimiento en el viejo techo de caña y barro.

Florencia y Guayarmina, el instante infinito tras la noche del dolor

A Guayarmina la llevaba cada viernes su madre a ver a su abuela al hospital de La Garita en Telde, la pobre vieja había perdido el juicio, la tenían en la planta de las enfermitas que morirían en breve, un espacio de tristeza y desaliento. Aquel lugar irradiaba un frío que se metía en los huesos y la chiquilla lo notaba, a sus nueve añitos ya sabía que su abuelita Florencia se le iba, que partiría pronto a ese cielo imaginario del que le hablaron la monjas en las Dominicas.

Los viernes era ya rutina dejar los bolsos del cole y salir en el SEAT 850 por la vieja carretera de La Laja, aquellos años 60 se hacían interminables, la música de moda se incrustaba en la cotidianeidad de la vida de una niña con los ojos grandes, marrones como las tardes en la parroquia de Triana para la catequesis de la primera comunión.

Ese día la vieja que nunca hablaba tenía los ojos húmedos, parecía haber estado llorando y su hija se los limpió con un poquito de papel del baño, le mojó los labios con el vasito de agua de San Roque, pero Florencia miraba con los ojos brillantes a la ventana, señalaba con sus arrugados dedos algo desconocido, sonreía como si viera algo maravilloso, algún ser desconocido en aquel espacio para el dolor y la muerte.

Su madre tuvo que bajar al rutinario encuentro con el doctor Gutiérrez, donde siempre le decía lo mismo, una especie de diálogo de sordos, donde la esperanza hacía ya siete años que se había marchado, justo el día en que Florencia comenzó a hablar sola, a confundir a sus hijos con antiguos seres desconocidos, con los años que se marchaba con el fallecido abuelo a Fuerteventura, en aquel barco a pasar los veranos en la casita de Gran Tarajal.

Guaya se quedó sola con Florencia y la viejita le dio la mano, se la apretó, le pidió con los ojos que la ayudara a levantarse, la niña la tomó del brazo, no le costó mucho, estaba muy flaca, no pesaba nada y llegó al alféizar, apoyó sus bracitos delgados, miró a los ojos de su nieta y en una especie de susurro le dijo:

—Mira mi niña allá abajo detrás de esas montañas llevaban a los hombres que luchaban por los pobres, los metían en camiones y los encerraban en barracones.

Guayarmina sintió como una especie de sudor frío en su espalda, hacía varios años que no hablaba, por un momento estuvo a punto de bajar corriendo a buscar a su madre, pero no pudo, Florencia la agarraba por su manita suavemente, le acariciaba con cariño su brazo, mirando como desesperada un horizonte desconocido, real, impoluto como el recuerdo más puro, una memoria ciega, sorda y muda de nacimiento, pero que ahora se manifestaba, cuando las dos se sentaron en la cama y la viejita le pasó el brazo por los hombros.

Entonces fue cuando los ojos de Florencia brillaron más que nunca, se llenaron de lágrimas, y le dijo que cuando algún día se enamorara el cielo sería más lindo, las flores la envolverían en un aroma de sueños y magia. En ese momento le habló de Anselmo Castellano, el joven médico del que se enamoró con los años en el pueblito de Valsequillo.

La niña mucho más tranquila escuchaba con ojos de dulzura, la viejita la miraba, acariciaba su pelo y le hablaba de su amor, de cómo se veían a escondidas entre los bosques de Tentenigüada, bajando los barrancos tomados de la mano, hablando de los antiguos, aquellos seres de los que quedaban cuevas y casas de piedra seca, los que escribieron las paredes con tinta de flores, dejando símbolos a la lluvia, al dios sol, a cada oscura noche de lluvia y temporal.

Florencia le dijo que se lo habían llevado, que el día después de haberse encontrado en la Finca de Tavio, cuando se abrazaron entre aguacateros y se besaron, se acariciaron durante horas al compás del canto de los pájaros pintos.

Como llegaron aquellos hombres vestidos de azul, algunos hijos de Don Juan Espino, el amo de las fincas y de medio pueblo, que lo agarraron en la casa de su madre, que lo sacaron a golpes, que Anselmo solo tenía veintisiete años, que ayudaba a la gente, que atendía a los pobres sin cobrarles en su pequeñita consulta de la calle del agua. Que no se merecía ese fin, que no era posible que le hicieran tanto daño a ella, a su amor, a su existencia.

En ese momento Florencia le señaló de nuevo la ventana, le pidió que la acercara un instante más, que la dejara asomarse para ver las montañas que impedían ver el aeropuerto de Gando, el islote del Lazareto, el campo de concentración, donde Anselmo pasó sus últimos días antes de llevárselo, antes de sacarlo a patadas y culatazos de la cama de madera, para junto a cinco hombres más tirarlo a la Sima de Jinámar.

Guaya miraba como quien escucha un cuento fantástico, pero que sabía que era real, mientras la viejita se acurrucaba, temblaba, mientras la niña la cubría con la manta mientras se metía de nuevo en su lecho.

—Mamá la abuela me habló, me contó una historia.

—¡Cállate muchacha! —dijo su madre.

Mientras la abuela ya dormía profundamente:

—Tú estás loca chiquilla.

La niña no dijo nada, prefirió guardarse esa historia, ese momento tierno, ese instante de algo parecido a la magia, lo recordó el domingo siguiente cuando se quedó en casa con su prima Matilde, mientras su familia enterraba a Florencia en el cementerio de Telde.

Esa noche la niña sintió por unos momentos antes de dormirse en su cama, como una especie de caricia en su pelo, algo desconocido, placentero, una complicidad inmaterial, un recuerdo, un inmenso sentimiento que olía a flores de la montaña, la memoria invencible de una historia de amor.

Fueguitos entre el incendio del mundo

Esa mañana de abril Lola despertó temprano a los chiquillos, solo hacía dos semanas que habían fusilado a su querido Pancho, en la casa no había comida, ni ingresos, se había agotado el gofio y casi no quedaban papas en la cueva del fresco. Salieron juntos por la carretera general de Tamaraceite e iniciaron el camino hacia Las Palmas. Lorenzo el más pequeño, de solo dos años en sus brazos, Diego y Paco andaban a paso lento cabizbajos, todavía con el miedo en el cuerpo por el asesinato de su hermano Braulio en su cuna, habían sido testigos directos desde el camastro que compartían, todavía la sangre del bebé manchaba las paredes de cal y barro.

Desde las ventanas, casi ocultas, las vecinas miraban, no decían nada, el miedo cenaba bocas, solo Rosa, su tía, los acompañó hasta el puente, las dos vestidas de negro, un luto riguroso, unas caras muy tristes, una especie de peregrinación a ninguna parte, que solo fue empañada cuando el cojo Acosta pasó a su lado y escupió en las piernas de Lola, lanzando una serie de insultos:

—¡Rojas asquerosas! En pocos días iremos a buscar a estos desarrapados para internarlos en una escuela de Falange.

Los chiquillos llorando, aterrados, se abrazaron a las faldas de su madre, solo Rosa le contestó, se plantó a dos metros del jefe de Falange y le dijo:

—¿Tan valiente eres de venir a amenazar a dos mujeres desamparadas? ¿Por qué no te atrevías a hacerlo cuando el año pasado saliste de la cárcel por violar a dos niños? ¡Maldito, sinvergüenza, asqueroso, abusador!

En ese momento se hizo el silencio, Acosta miraba como desconcertado, al momento bajaron del antiguo ayuntamiento varios requetés con fusiles. El cojo les dijo que:

—No pasa nada, no pasa nada, estas putas rojas que todavía se creen con derecho a pasearse por nuestro pueblo, déjenlas ir, déjenlas, que quien mal anda mal acaba.

Las mujeres se despidieron en La Guillena, Rosa abrazó a los chiquillos que lloraban, trató de tranquilizarlos pero fue inútil, le pasó el brazo por encima a Lola, que parecía una muerta viviente, pálida, blanca como la cal viva, con los labios temblándole desde la noche que avisaron del fusilamiento de Pancho, del resto de sus camaradas, del alcalde comunista de San Lorenzo, de Juan Santana Vega, de todos aquellos grandes amigos de la infancia en aquel pequeño pueblo isleño, el honrado y próspero municipio de San Lorenzo en la ensangrentada isla de Gran Canaria.

El camino se hizo largo por la lluvia, las barranqueras corrían, no tenían donde refugiarse bajando por Mata, los niños tenían frío, Lola solo les colocó la vieja manta sobre sus cabezas, ya quedaba menos para llegar a la calle Triana, cuando vieron que en las calles había mucha gente, hombres y mujeres vestidos de azul, banderas rojigualdas, azules con las flechas fascistas, todo el mundo caminaba rápido, la euforia se respiraba. Lola paró un momento cerquita de la Capitanía General, el mismo lugar donde llevaron a Pancho la noche de su detención.

Se sentaron los cuatro en el bordillo y un barrendero se paró a saludarla, era amigo de su marido, del sindicato, de la Federación Obrera. Le dio un beso a los chiquillos, un beso en la mejilla a ella, era Juan Herrera, del Risco de San Nicolás, un hombre bueno, que había escapado de las detenciones porque su mujer trabajaba como criada en la casa de la Marquesa de Arucas, tenía dos hijos bastardos con el hijo del conde. Gracias a eso se libró del campo de concentración, de que se lo llevaran junto a sus compañeros sindicalistas.

Hablaron solo unos minutos, no era conveniente que los vieran juntos, además las calles estaban llenas de fascistas. Le dijo a Lola:

—¿No sabes nada muchacha? Franco esta hoy en la isla, hay un desfile en Triana en un rato, ten cuidado por si alguno de estos cabrones te conoce y te hace algo.

La mujer solo agachó la cabeza, le costaba hablar, había sufrido demasiado, por su mente solo pasaba la imagen del niño con

la cabeza destrozada, la sangre, el recuerdo de su amado Pancho ahora muerto, enterrado en la fosa común del cementerio de Las Palmas.

Se despidieron sin despedirse, con una especie de mirada y partieron hacia Triana, la idea era empezar ese día a mendigar por las calles, acercarse a la Plaza del Mercado en Vegueta, recorrer las casas de los ricos, buscar misericordia para una viuda con tres hijos, sin medios para sobrevivir.

Triana ese día estaba lleno de banderas, de flores, de cruces y santos. Las señoras asomadas a los balcones, las ventanas repletas de gente, de niños y niñas, monjas y curas buscando el mejor sitio para ver al caudillo, miles de personas alegres, dando vivas a España, a Falange, al glorioso alzamiento nacional.

Lola y los chiquillos se quedaron en una esquina, Lorenzo dormía plácidamente en sus brazos, tenía mucha tos, llevaba días malito de tos ferina. La gente la miraba de reojo, solo alcanzó a recibir algunas monedas, casi nada, ni siquiera había para comprar un poco de arroz, pero se mantuvo, la lluvia caía, los hombres fumaban, el humo de tabaco de Virginio creaba una especie de nube sobre las cabezas de la eufórica masa.

En ese momento se vio llegar la comitiva, la gente gritaba: *¡Franco, Franco, Franco!*, le vio aparecer en su coche negro, saludando con la mano, alzando el brazo, a su alrededor todo el mundo daba alaridos de alegría, las mujeres chillaban, lloraban de emoción, Lola con Lorenzo casi no podía moverse, Diego y Paco se abrazaban a sus enaguas asustados, seguían teniendo mucho miedo. En ese preciso instante, como una especie de avalancha, un hombre calvo, con bigote muy fino se acercó corriendo y golpeó violentamente a Lola, la tiró al suelo, Lorenzo cayó de bruces, sus hermanos se quedaron sentados llorando, Lola con sangre en la nariz. El energúmeno falangista solo gritaba insultos, le recriminaba que no hubiera levantado el brazo al paso del caudillo.

La mujer se quedó un rato en el suelo, Lorencillo se le abrazaba, se agarraba como los tiernos bebés de los primates, luego le limpió la sangre a su madre con un pañuelo viejo, el hombre se fue gritando:

—¡Putá roja, asquerosa!

Los tres se levantaron, caminaron sin parar hacia la subida de Mata, Lola miraba para atrás, temía que la siguieran, que le quitaran a los niños, Lorenzo no dejaba de llorar, casi aullaba en una rabieta incontenible.

No se detuvieron hasta llegar a las cuevas de Mata, allí se pararon, se sentaron, la sangre le seguía manando por la nariz rota, el tabique destrozado del puñetazo del fascista.

Lola solo tuvo fuerzas para abrazarlos muy fuerte, no podía decir nada. Allí se quedaron como fueguitos entre el incendio del mundo, solos, callados, gimiendo versos de tristeza, desamparados en la alborada, buscando la claridad imposible de una tarde lluviosa y perdida de abril de 1.937.

Jauría y persecución en la selva Doramas

No había un destino concreto solo se trataba de seguir huyendo por aquellos bosques de laurisilva[58], tratando siempre de no acercarse a ninguna población, los tres hombres escuchaban el bullicio lejano de Terror, los ruidos de los camiones de los falangistas recorriendo cada pago, cada casa por alejada que estuviera en aquellos barrancos repletos de vegetación y cultivos. Entre bancales veían a lo lejos desde el pico de Osorio como los uniformados de azul subían y bajaban en busca de víctimas, de cualquiera que pudiera tener relación con el legítimo gobierno de la República.

El cura, don Juan María Ayaso, los acompañaba pistola al cinto envuelta en la sotana, una boina militar con el yugo y las flechas. El párroco conocía bien las ideas de los feligreses, por eso guiaba aquella caravana de la muerte hasta el último rincón más remoto de esa maravillosa y próspera tierra.

No era problema desvelar los secretos de confesión si eran para la “santa Cruzada”, *por la bendita misericordia de nuestro señor Jesucristo*, afirmaba entre risas acompañado por el empresario Eufemiano, los Bravo, los Manrique y los hijos de la marquesa, Bonny y Leacock, varios miembros de parte de las familias de la oligarquía canaria, que junto a la Iglesia católica organizaron parte del golpe de estado franquista en España, con el único objetivo de imponer una dictadura sangrienta, asesinar a sindicalistas, militantes comunistas, anarquistas, socialistas, republicanos, a toda persona que no pensara como ellos, que no siguiera los siniestros postulados de un movimiento nacional-católico, basado en los criminales fascismos, el alemán de Hitler y el italiano de Mussolini.

Ramón García, Jaime Quesada y Pepe Juan Domínguez siguieron hacia Valleseco por los restos de la antigua selva de Doramas[59], caminaban de noche, por el día se metían en cuevas o se enterraban bajo la hierba y los restos de las hojas de los tilos.

La idea era refugiarse en los Pinos de Gáldar, buscar alimentos gracias a los pastores más solidarios, esconderse varios meses hasta que el holocausto disminuyera, ese momento en que los falangistas y militares dejaran de asesinar a miles de canarios, para tratar de salir de la isla en barco hacia África o Venezuela.

Varios kilómetros más atrás, sin ellos saberlo, los seguía una brigada de la guardia civil del municipio de Guía, acompañados por un grupo de falangistas de Las Palmas, que habían salido de su sede en la calle Albareda armados hasta los dientes, objetivo: Cazar al rojo, torturarlo, asesinarlo, desaparecerlo. Esas eran las órdenes del alto mando, las que desde la península pregonaba el general Mola y otros criminales de lesa humanidad como Millán Astray o García Escámez.

Los hombres subían en la oscuridad por el Barranco de la Virgen, el agua corría violentamente por el fondo, subieron sin parar, solo Ramón tenía problemas por la discapacidad en su pierna, afectada de polio desde su nacimiento, aquella cojera los retrasaba, pero lo trataban de ayudar, en algunos momentos Pepe Juan se lo echaba a los hombros, era fuerte, había practicado lucha canaria[60] toda su vida, desde niño en el Club Adargoma.

En un momento de descanso, sucios, sin comida, con mucha fatiga y sudor, detectaron más abajo los ruidos de una multitud, luces de antorchas, órdenes, conversaciones en alta voz, era la brigada que subía en su busca, por los sonidos podían ser más de treinta hombres armados, con equipamiento de montaña y una gran velocidad de marcha.

Los tres muchachos miembros del Frente Popular: Ramón del Partido Comunista, Jaime de las Juventudes Socialistas Unificadas y Pepe Juan sindicalista de la CNT, decidieron emprender de nuevo la marcha, el miedo les helaba el cuerpo, sabían que si los capturaban los asesinarían después de brutales torturas, por ese motivo cambiaron la ruta, subieron la montaña lateral del barranco y se dirigieron hacia Valsendero en sentido contrario de Artenara, con la esperanza de confundir a sus perseguidores, bajaron por el Barranco del Anden muy cerca del cauce, el pobre Ramón no podía más y por la difícil orografía ya casi no podían cargarlo, demasiado barro y agua que corría a gran velocidad por los terrenos de la

Heredad de Aguas. El joven anarquista les dijo que lo dejaran, que no podía seguir, que el trataría de despistar a los fascistas para que ellos pudiera escapar, los dos muchachos se negaron, no querían abandonarlo a su suerte, trataron de cargarlo durante un tramo de unos cien metros pero era imposible, se caían constantemente, resbalaban hiriéndose con las salsas, una vegetación frondosa, con espinas y púas que les destrozaba la carne.

Se fueron alejando sin Ramón que con lágrimas en los ojos los despidió con un *¡Salud y libertad!*, el joven se parapetó entre dos piedras enormes, arriba se escuchaba como la brigada había descubierto el cambio de sentido, como bajaban a toda velocidad por el barranco entre los ladridos de los perros y los gritos de los mandos. En un instante se escuchó la jauría humana, el cabo con tricornio Sebastián Sedano descubrió enseguida al muchacho, gritando:

—Aquí está este hijo de la gran puta mi amo.

En menos de un instante le cayeron encima como fieras, lo sacaron por los pelos como a una presa desvalida, Del Castillo comenzó a golpearlo con la culata del fusil, Paco Bravo sacó un cuchillo enorme y le cortó la yugular, la sangre manaba como si de una fuente roja se tratara, el cuerpo se revolcaba y temblaba, hasta que todos lo vieron desangrarse entre vítores y gritos de *¡Arriba España!*

Dejaron allí el cuerpo custodiado por un falangista y se dispusieron a seguir persiguiendo a los republicanos, bajaron como tiros por el barranco, parecía que volaban, los chicos se habían refugiado en una casa abandonada con el tejado roto, las huellas en el barro fueron alumbradas por las potentes linternas, los dos sabían ya que no había escapatoria, los guardias civiles y falangistas rodearon la casa metralleta en mano:

—¡Ríndanse cabrones! —gritó el capitán Bravo de Laguna.

Dentro no se escuchó nada, un silencio atronador, solo interrumpido por el canto asustado de los búhos chicos, el requeté Ramón Soria, dio la orden al sargento Cardona de disparar, las ráfagas inundaron el barranco sagrado del guerrero heroico Doramas, muy cerca del lugar donde se había producido la vergonzosa traición, cuando los invasores castellanos engañaron a

los antiguos pobladores, asesinando al bravo luchador alzado contra aquella rapiña que estaba destruyendo, asesinando y esclavizando a su pueblo.

Jaime trató de incorporarse y comprobó que no podía mover las piernas, estaban acribilladas a balazos, le dijo algo a Pepe Juan y no contestó, estaba boca abajo sobre un charco de sangre. Se arrastró como pudo entre los disparos, parecía una serpiente acorralada entre las ráfagas, salió por la parte de atrás por una pequeña ventana cuando fue localizado:

—Aquí está mi capitán —dijo un falangista con acento andaluz.

El teniente Del Castillo se le acercó, le agarró por el pelo, levantando su cabeza:

—Creías que te ibas a escapar sucio masón, acaba de llegar el momento de tu muerte.

El joven susurró con la voz rota:

—¡Hijo de puta fascista!

Ordenando el terrateniente a los falangistas golpearle en las piernas heridas, así estuvieron casi media hora entre los gritos del chico, un aullido terrorífico que se escuchaba en todo el pueblo de Valsendero aquella madrugada, una eternidad de torturas brutales, casi una vida entre dolor y golpes terribles, hasta que el conocido como “El carnicero”, un cabo de la guardia civil apellidado Placeres se le acercó con un enorme cuchillo en la mano, casi un machete, pidiendo a dos requetés que lo agarraran por los brazos y piernas, en ese momento le rajó el estómago, le sacó el intestino con el pibe todavía vivo, haciéndole una especie de corbata en su cuello entre las risas de los uniformados.

No tardó en morir, una muerte que era un alivio milagroso entre tanto dolor, la horda fascista llevó los tres cuerpos en un camión hacia los riscos del Andén Verde, camino de la Aldea de San Nicolás, para lanzarlos al vacío sobre aquel sereno mar del amanecer. Esa mañana llovía en pleno mes de agosto de 1936, el viento removía las ramas de las tabaibas, abajo no se veía nada, solo la espuma marina, las pardelas regresando a sus cavernas cavadas en la toba, el canto de un águila ratonera cerraba una sintonía perversa, nuevos crímenes, más de 5.000 en toda Canarias, la brigada regresó a los camiones y coches de la

delegación de gobierno, volvieron a la capital con las manos y las ropas manchadas de sangre joven.

La brisa triste de aquel julio en la isla de Achinech

El viejo correíllo avanzaba lentamente hacia Santa Cruz, Manuel Toledo se refugió en la parte menos transitada del barco, no podía permitir que los falangistas y guardias civiles lo identificaran, su rostro era demasiado conocido por su actividad sindical con las mujeres tabaqueras, siempre junto al diputado del Frente Popular Eduardo Suárez. Su cara era la misma aunque se hubiera dejado aquel poblado bigote rubio. Seguía escondido entre los bultos de la proa. En el puerto de Tenerife lo esperaba Maite Aizpuru, la joven vasca con la que había compartido aquellos años de lucha en el Partido Comunista, la muchacha de apenas diecinueve años, que había vagado sola por los montes de Anaga desde la noche del golpe de estado, ese sábado negro de 1936.

El hombre avistó desde el barco a la chica, no hizo ningún gesto, estaba amaneciendo, el muelle estaba repleto de esbirros uniformados, de militares armados hasta los dientes, de requetés custodiando hombres y mujeres esposados, ensangrentados, bajando de camiones para embarcarlos hacia Las Palmas, varios curas acompañados de guardias civiles que parecían celebrar un acontecimiento universal, gastaban bromas sobre algo así como “la santa cruzada”.

Manuel caminó con el cachorro negro metido hasta los ojos, abajo había un guardia de asalto que pedía identificaciones, por un instante todo se le volvió negro, como si el tiempo se parara y no estuviera en la tierra. Se encontró de frente con el policía que lo miró detenidamente:

—¿Eres Manolo? —dijo el agente.

El hombre lo miró y quiso conocer aquella cara:

—¿Que pasa compadre, dónde vas? —insistió, mientras Manuel esbozó una triste sonrisa.

Era Abundio Sánchez, el hijo del médico de Valsequillo, destinado en el municipio de Los Silos desde antes de la guerra. Se

saludaron mientras Maite observaba temblando desde el otro extremo del muelle:

—¿Vienes huyendo? —le dijo, mientras mascaba tabaco habanero.

El joven isleño no pudo más que asentir mientras le rugía todo el cuerpo.

—Pasa, yo no te he visto, ni sé quién eres, no te conozco hermano —le susurró al oído agarrándolo del brazo.

El muchacho bajó el resto de la escalerita de madera, dirigiéndose sin rumbo fijo hacia la explanada del puerto. Allí lo recibió Maite con un abrazo leve, un suave beso en la mejilla, metiendo la pequeña mano en su axila con suavidad, le comentó algo ininteligible, solo un objetivo: sacarlo de allí con paso lento y sin mirar atrás.

Atravesaron las calles de la ciudad colonial, había mucho movimiento, hombres detenidos bajando de sus casas maniatados, camiones repletos de presos con destino al campo de concentración Fyffes[61], mucha gente con miedo, ventanas cerradas, calles mojadas por una ligera lluvia, la normalidad de una urbe hasta hacía pocos meses tranquila, plácida, relajada, convertida en un espacio para el terror. Los gritos, disparos, golpes, maltrato en cualquier esquina. Falangistas borrachos haciendo de las suyas, llevándose a mujeres republicanas a sus cuarteles para violarlas, una tristeza que jamás aquel pueblo había visto, un eco lejano de los tiempos de la conquista, varios siglos atrás, cuando otros hombres armados, protegidos con armaduras de hierro, arrasaron por todo un pueblo indígena, aún se sentía aquel olor de cinco años de resistencia, de los heroicos alzados en los pinares de Taganana, los gritos de guerra en sus acciones clandestinas, pedradas, golpes de banot[62], estratagemas heroicas contra un ejército castellano muy superior en armamento.

Como una chiquilla, Aizpuru, casi no podía hablar por el miedo, era demasiado joven, pensaba Manuel, ante aquel incierto destino, avanzando hacia el barrio de San Andrés, allí la sangre inundaba las calles, solo unos momentos antes habían disparado contra un grupo de anarquistas resistentes, los cinco cadáveres abatidos eran

tirados por falangistas de paisano en un viejo camión, todo era dolor, la isla del Teide ya no era aquel territorio de belleza infinita como siempre fue, solo era dolor, luto, llantos de niños y mujeres, alaridos de dolor de madres desesperadas, que se escuchaban en cada casa del viejo poblado pescador.

Los dos entraron en la casita terrera de Jaime Trujillo, el letrado profesor de la Universidad de La Laguna, no había nadie, aquel hogar estaba vacío, pero Maite tenía la llave, Manuel no preguntó nada, se sentaron en el vestidor, ni siquiera miraron en el interior, se quedaron allí en el sillón de mimbre tomados de la mano. No hablaron, solo se abrazaron y en unos instantes pareció que se paraba el mundo, la mujer sintió el olor a salitre y sudor del hombre, Manuel sintió aquella fragancia pura de matorrales y romero, el polvo de retama en aquel pelo negro enredado. Se quedaron allí como ovillados en un solo cuerpo, no había nada que decirse, demasiado dolor, demasiadas muertes de camaradas, sentían que todo estaba perdido, que solo quedaba esconderse como animales heridos, refugiados del fuego de una tormenta eterna.

La dignidad de los cinco de San Lorenzo

Eran ya las dos de la tarde cuando se abrió bruscamente la puerta de la celda, donde cuatro de los cinco de San Lorenzo esperaban la hora del fusilamiento, dos soldados y un cura aparecieron en el umbral, afuera en aquel cuartel de La Isleta, el siroco no dejaba ver el cielo de aquel lunes 29 de marzo de 1.937, solo polvo y un viento que estremecía el alma. Los cuatro hombres estaban sentados cada uno en una esquina de aquel reducido espacio, una litera con dos colchones viejos, un banco de madera hecho a mano muy pequeño, un bidón de agua casi vacío, al fondo varias banderas del regimiento abandonadas, rotas, comidas por las abundantes ratas.

Juan Santana Vega, alcalde comunista del municipio de San Lorenzo, Manuel Hemández Toledo, inspector jefe de la policía municipal, Antonio Ramírez Graña, secretario municipal, Francisco González Santana, dirigente sindical de la Federación Obrera, todos del Frente Popular, miembros destacados de la lucha obrera de aquella zona de la isla de Gran Canaria.

Los soldados en silencio depositaron las bandejas con un rancho de garbanzos y pequeños trozos de carne en la mesa de madera, el cura observaba todo, llevaba una pistola al cinto y en la sotana cosida una insignia de Falange con el yugo y las flechas. Miraba sorprendido como ninguno quiso comer, los ojos del miedo a una muerte inminente navegaban por sus miradas, algunos lloraban, otros golpeaban sus puños contra las sucias paredes de aquel minúsculo pabellón militar.

Horas antes los hombres se habían negado a confesarse ante el cura párroco del Carmen, que se acercó desde el cercano barrio para officiar dicho sacramento, el capellán militar y falangista pensaba que iban a morir en pecado, que el demonio se los llevaría nada más recibir el tiro de gracia.

Ninguno probó bocado, solo miraron la comida como quien mira algo inexistente, ilusorio. La puerta se cerró y afuera se escuchaba un bullicio de hombres formados, arengas militares, una

energía que podía cortar el escaso aire fresco que entraba en el recinto, el último espacio de vida a menos de una hora del fusilamiento, unos instantes terribles de recuerdos, cada uno con un terremoto de pensamientos en sus cabezas, imágenes que llegaban y se iban a una velocidad incalculable, una especie de maratón de sensaciones, de sentimientos vitales en aquellas jóvenes vidas que se acercaban al final.

Pancho, no dejaba de pensar en su chiquillos, en su amada mujer, en Dolores, los amados hijos Lorenzo, Paco, Diego, ya se había enterado meses antes del asesinato de más pequeño, del bebé Braulio, que fue golpeado violentamente de cabeza contra la pared por un falangista de Tamaraceite. No había palabras para definir tanto dolor, la inmensa tristeza de no ver más a su adorada familia, las lágrimas salían solas, no hacía falta pensarlas, era un torrente, como los barrancos isleños cuando había un buen invierno.

Juan, el alcalde, estaba como petrificado, absorto, ni siquiera respondía las escasas palabras de sus camaradas, como Antonio y Manuel no superaba los veinticinco años, muchachos ilusionados con la democracia, con aquellas elecciones municipales celebradas unos meses antes donde la izquierda había arrasado, imponiéndose a tantos años de abusos de poder y todo tipo de injusticias sociales, obteniendo una mayoría absoluta histórica.

A las tres y media de la tarde todo parecía definitivo, la esperanza de cualquier indulto de última hora no llegaría, la puerta se abrió, hombres armados esperaban en formación, una especie de ritual siniestro, un pasillo por donde tuvieron que pasar con las manos atadas a la espalda directos al campo de tiro.

Uno de los cuatro, el más viejo, pidió dignidad en esos últimos momentos:

—No les demos el placer de vernos sufrir, muramos con la cabeza bien alta por la República, por nuestro municipio de San Lorenzo, por la Internacional Comunista.

Llegaron al paredón y allí estaba Matías López Morales, su camarada condenado a muerte en el mismo consejo de guerra, al que tenían separado por estar cumpliendo el servicio militar.

Se miraron a los ojos, el joven intelectual majorero los recibió con una sonrisa, con voces de ánimo en aquellos instantes finales.

Los hicieron caminar hacia la montaña de lava, ninguno quiso taparse la cara mientras el pelotón recibía instrucciones del capitán Bombín, uno de los soldados lloraba, tratando de disimular ante sus mandos. Los colocaron en línea separados apenas medio metro uno del otro, Matías daba vivas a la República, una entereza que asombraba al capellán militar, al resto de aquella banda de asesinos que iban a ejecutar a unos hombres inocentes, acusados paradójicamente de “rebelión militar” por quienes habían provocado un sangriento golpe de estado contra la legalidad democrática.

Los cinco miraron a los ojos del pelotón, aquel islote se llenó de dignidad cuando a las cuatro de la tarde se escuchó la orden de fuego, un sonido atronador, olor a pólvora, todos cayeron fulminados al suelo en un inmenso charco de sangre, Matías seguía vivo, respiraba y el tiro de gracia le entró por un ojo ante Carmen, su madrastra, que presencié inmóvil el fusilamiento vestida de negro.

El viento movía los cabellos ensangrentados de cada uno de los asesinados, se hizo un silencio en medio de aquel antiguo volcán, una energía solo comparada a la del sometimiento del antiguo pueblo indígena por los invasores castellanos, Carmen colocó un pañuelo rojo en la cara de Matías, fue una de sus últimas voluntades, una flor en el pecho de cada paisano.

Aquel lunes se hizo noche antes de tiempo, la Semana Santa comenzaba en pocas horas, los hombres inertes simbolizaban una ofrenda de luz y libertad, un nuevo amarecer en los ojos brillantes, un último suspiro heroico, oxígeno de paz y justicia, esperanza de quienes se fueron mirando al sol que salía, combatiendo entre la violencia del polvo del desierto.

La enternecida claridad en el ojo del infierno

Tenían a los cinco muchachos encerrados en el alpendre de la finca de tomateros en la parte baja de Los Giles, eran hombres jóvenes de no más de veinticinco años, al rato se escuchó a lo lejos mezclado con el silencioso ruido de la madrugada el motor del camión. *Venía de hacer un viaje* dijo el vigilante, un viejo falangista encargado de custodiar que nadie escapara del recinto agrícola aquella noche de agosto del 36.

El vehículo se acercaba y también se escuchaban llantos, gritos, insultos, golpes, al momento se paró junto al improvisado calabozo. Miguel y Ñito que eran hermanos, se miraron en la oscuridad de aquel habitáculo que olía a tomates podridos, pudieron escuchar como alguien nombraba a Eufemiano, lo llamaba entre risas:

—Ven acá que aquí hay dos rojos que se cagaron en los pantalones.

Con voz ronca el conocido empresario dijo:

—Que los limpien con la lengua esos hijos de puta.

Se escucharon muchas risas, olía fuertemente a tabaco y se escuchaban gemidos de dolor, como cuando una persona agoniza, el viento pegaba fuerte sobre Casa Ayala, en el momento en que se abrió la puerta y pudieron ver las caras de los verdugos.

Eran como doce hombres vestidos de azul con correaes y armas, dos guardias civiles, el sargento Pardo y el cabo primero Ojeda, los dos destinados en el municipio de Arucas, del resto pudieron identificar al tabaquero, al guardia Pernía, al empresario Penichet, al cojo Acosta, jefe de Falange en San Lorenzo, al joven Santo de Tamaraceite y a dos caciques, Bonny y Leacock. Era una de las conocidas y temidas siniestras brigadas del amanecer, una más de las que en esos meses actuaban por las islas asesinando y desapareciendo a miles de antifascistas, a todo aquel, a toda aquella, que defendiera la democracia, la República y el legítimo gobierno.

Los sacaron a golpes a los cinco, casi no podían moverse por las cadenas y sogas que les ataban fuertemente los brazos a la espalda, olía mucho a ron de caña, los falangistas parecían estar locos de ira y como medio borrachos, no dejaban de golpearlos, incluso estaba el conocido como “El verdugo de Tenoya”, que con la pinga de buey los azotaba sajiéndoles la piel, mientras un cacique apellidado Betancor le ordenaba golpear fuerte:

—Azótalos cabrón hasta que se les caiga la carne por los suelos a estos rojos de mierda.

—Sí mi amo —respondió “El verdugo”, mientras apuraba los golpes, cada vez más precisos sobre los cuerpos de aquellos hombres destrozados.

Agarrados por sus ataduras los subieron entre patadas al camión que estaba lleno de hombres, todos amarrados, ensangrentados, habían reos de Agaete, Guía, Moya, Firgas y otros puntos del norte de la isla, como cuarenta hombres amontonados, apretados como reses unos contra otros, casi sin poder moverse y al fondo del transporte cuatro falangistas armados con palos y pistolas que no paraban de gritar, de insultar, de golpear a quienes no podían defenderse, solo recibir puntapiés, rodillazos en la cara, escupitajos, incluso uno de los falangistas, el más joven con acento peninsular, se sacó el pene y se meo sobre varios de los presos.

El viejo camión de un terrateniente de Gáldar partió hacia Tarnaraceite lentamente, a quien hablara o susurrara le golpeaban salvajemente. Ñito atinó a ver por las rendijas que llegaban a Las Palmas y salían hacia La Laja, para luego subir hacia Jinámar, donde pararon un momento en la plaza de la iglesia, allí esperaban varios falangistas más, que entre risas y bromas subieron a los cuatro coches que custodiaban el camión tomatero.

Miguel miraba la cara de Ñito, los ojos del joven de diecisiete años transmitían mucha tristeza, por un momento mientras lloraba se acordaron de su madre, la dulce María Calcine, no pudieron evitar animarse en muy baja voz, mientras el camión subía por la escarpada pendiente de tierra, cada bache les causaba un dolor inmenso, las heridas se abrían, la sangre dejaba un reguero que hubiera hecho sencillo seguir el rastro de aquella lúgubre caravana de la muerte.

De un golpe, un frenazo brusco que levantó el polvo, como una especie de aullido del viejo cacharro que casi ardía de tanta cuesta, de una carga excesiva, cuando de los coches bajaron los falangistas, requetés, guardias civiles, que formaron una especie de galería humana, mientras los que estaban subidos tiraban, empujaban a los hombres al suelo entre gritos, lamentos, llantos terribles y aullidos de dolor.

Una vez los hombres en el suelo les hicieron formar una fila, obligados a caminar entre porrazos, palos y el efecto demoledor de la pinga de buey, rodeados de uniformados se dirigían al agujero volcánico, soplaban un viento del sur aquella madrugada, habla calima, el siroco africano que azota las islas cuando en el Sahara se levanta la arena. Ñito perdió de vista a su hermano Miguel, imaginó que iría delante, no se veía casi nada en aquel amanecer, solo intuía las caras de los verdugos, de unos fascistas enrabiados que los torturaban hasta el último momento.

Llegaron a un lugar donde los colocaron de pie, todos pegados, amontonados, un olor a sudor y lamento, hasta que Eufemiano dio la orden:

—Venga de dos en dos, a por esos cabrones rojos podridos que van de cabeza a la sima.

De repente una especie de marabunta de fascistas los obligaban a caminar hacia el abismo, algunos hombres trataban de rebelarse, pero las bayonetas caladas se les clavaban en la cintura, en las piernas, en su pecho.

Hubieron varios disparos sobre quienes se negaban a caer al vacío, pero todo era inútil, Ñito, era de los últimos, veía caer a los hombres entre gritos uno a uno, vio la cabeza de su hermano, su rostro aterrado, mientras Pernía lo golpeaba, empujándolo hasta caer por el risco de lava.

Solo quedaron cinco hombres de los cuarenta, los últimos y ya era casi de día, la sima estaba rodeada de uniformados, muchos más de los que pensaba el joven galdense, en ese instante vino Santo, los caciques extranjeros, el falangista peninsular y los empujaron, Ñito resbaló y en el suelo lo patearon, lo levantaron y se vio volando, fue rápido, enseguida en aquella oscuridad se golpeó

con las cortantes paredes, se hizo el silencio, solo se escuchaban las carcajadas de los fascistas:

—Buen trabajo maestro. Por hoy ya está hecho el día. Buena caza mi teniente.

Cuando partieron satisfechos, se fue alejando el ruido de los motores, abajo se escuchaban lamentos lejanos, gritos débiles agonizantes, un olor a sangre y carne destrozada, Miguel seguía vivo, se moría, llamaba a su madre como un niño recién nacido buscando el amparo, el abrazo cálido, la caricia amorosa en el instante de partir.

La cama vacía de la Casa del Niño

Desde que llegó a la Casa del Niño en el Paseo de San José el pequeño Manolo no hablaba, se orinaba en la cama cada noche con nueve años, enseguida Sol Amparo se dio cuenta del inmenso trauma, lo protegió del maltrato como solo ella sabía, habló una mañana en el Mercado de Vegueta con una vecina del chiquillo en el barrio de La Isleta, le dijo con miedo que *Manuel lo vio todo, que presenció la violación múltiple por los falangistas de su madre y hermanas, el ahorcamiento de su padre en la rama más alta de la vieja higuera del patio.*

Los días en la residencia de Falange regida por las monjas eran siempre lo mismo, madrugar, desayunar, cantar el “cara al sol” en la subida de bandera, el maltrato de las beatas y curas, las clases con altos contenidos en formación del espíritu nacional, el resto asignaturas comunes, lo de siempre, la historia de las cruzadas, de un tal Don Pelayo, los reyes godos, la exaltación de la figura de Franco como un dios, un santo, un elegido “por la inmensa misericordia de nuestro señor Jesucristo”.

Manolito no salía de su ostracismo, se pasaba el día solo en el patio, en las clases no interactuaba, miraba al vacío, el gordo profesor Castro le gritaba cuando Amparo no lo tenía cerca, lo humillaba, incapaz de captar su tristeza le ponía orejas de burro, obligándolo a arrodillarse en el rincón de los castigos con libros en las manos abiertas:

—¡Burro! —le gritaba, mientras sus compañeros miraban asombrados, todos hijos de represaliados del franquismo, de padres asesinados, fusilados o desaparecidos por las “Brigadas del Amanecer”.

Chiquillos tristes, condenados a sufrir el encierro hasta los dieciocho años, a vestir los ropajes de Falange, asistir a sus ceremonias patrióticas, a un lavado de cerebro orquestado por la Iglesia católica en el criminal régimen franquista.

Amparo Rodríguez García, la monja de Juncalillo, “el pueblo de los curas”, cerquita de Artenara, la cumbre de Gran Canaria, la

sufrida isla donde los fascistas se ensañaron cometiendo miles de asesinatos, en un humilde lugar donde casi no hubo resistencia al golpe de estado del 36, la bella ínsula donde la sangre corrió por cada rincón de su geografía.

La religiosa de extracción humilde, hija de jornaleros, de campesinos que sufrían el caciquismo de una oligarquía criminal, que ejercía el derecho de pernada, que abusaba y trataba como esclavos a sus padres, no tuvo otra salida que seguir la recomendación de Don Luis el obeso cura de Gáldar, que un día fue a buscarla a su casa, habló con sus padres y les recomendó la conveniencia de que su niña se fuera al convento de clausura de Teror, que sería una salida a su terrible situación económica, que allí al menos comería, que podría ser una santa como Santa Teresa, una santa canaria, una hija del pueblo, de los explotados de la tierra.

Sol Amparo nunca encajó en la dinámica de la Casa del Niño, nunca compartió el maltrato físico y psicológico que allí se ejercía día tras día, ella se encargaba de la cocina, de que el rancho se sirviera a tiempo, de “los suspiros”, el dulce que le enseñaron en “El Císter”, cuando pasó aquellos años de oscuridad encerrada en la sucia celda con el camastro sin colchón, los madrugones, la flagelación obligada, los baños con agua fría a las cuatro de la mañana, los abusos sexuales de la madre superiora, aquella toledana que se metía en su cama, que la obligaba a hacer cosas que ella desconocía, que le hacían sentir un asco indescriptible.

Manolito cuando la veía se acercaba a ella, le gustaba que le acariciara la barbilla, que lo tratara como lo trataba su pobre madre asesinada aquella noche de agosto en la calle Faro. Las terribles escenas de los abusos de los hombres de azul con sus hermanas Julia de doce años y Enriqueta de quince, el momento en que colgaron al hombre que más quería, la noche del terror desde la que deseaba morir, la que le cerraba las cuerdas vocales cuando quería articular palabra, el derrumbe de su adorado universo, el olor a pescado salado de su padre cuando llegaba de la factoría de la Cicer, el bello ambiente familiar que vivió desde que nació aquella noche de septiembre.

Todo había desaparecido de repente como si alguien siniestro con una varita mágica hubiera destruido la esperanza, el chiquillo

jamás podría asimilar lo que vio, el olor a ron de caña de los falangistas, las burlas, los golpes, la amenazas, ese momento brutal cuando sacaron a sus hermanas de las camas, cuando les rompieron los camisones, cuando pusieron a su madre atada en la cama y fueron pasando uno a uno, los gritos de terror, los gemidos, las risas de aquellos demonios sin escrúpulos para destruir lo que había sido una familia humilde y feliz.

Una tarde de diciembre se lo llevaron, Sol Amparo se opuso, pero no pudo hacer nada:

—El niño es subnormal está claro —dijo Don Domingo, el anciano cura de San Telmo—. Hay que llevarlo a Tenerife al centro de los idiotas.

La monja trató de pararlos, dijo que ella se encargaría de cuidarlo, de educarlo, pero fue imposible, lo sacaron en el viejo coche de los “Betancores” hacia el correílo en el Puerto de la Luz, nunca más se supo de Manuel, la humilde monja rezó cada noche por él varios “Ave Marías”. La rutina impregnó cada jornada del centro de menores, su cama quedó vacía, al poco fue ocupada por otro niño de padre anarquista, uno de los asesinados del incipiente “maquis” de La Palma.

Las tres rosas del salitre

Cuando sacaron de su casa a Julia Lafora, la maestra de Triana, era de madrugada, apenas tuvo tiempo de vestirse, se quitó el camisón en presencia de los falangistas que la custodiaban, para ponerse el vestido negro de luto por su marido fusilado dos días antes. Afuera, dentro del lujoso vehículo donde la introdujeron, dos mujeres más que lloraban, ambas con la cara ensangrentada por los golpes de los requetés.

El auto enfiló directo hacia el sureste de la isla, entrando por una carretera de tierra hacia la Playa de Melenara en Telde, allí esperaban varios miembros de la guardia civil y del ejército de tierra, algunas caras conocidas de la oligarquía isleña, un empresario tabaquero, el hijo del conde, un terrateniente del sur de origen inglés, propietario de gran parte de la industria del tomate.

Las mujeres fueron sacadas a la fuerza de los coches, Julia fue la última, las dos chicas eran Josefa Rodríguez del barrio de La Isleta, veinticinco años, sindicalista tabaquera de la CNT, Dolores Zapata, veintidós años, madrileña y trabajadora contratada en la Federación Obrera, se encargaba de la tramitación de las denuncias contra los empresarios por abusos y explotación laboral.

Ya junto a la explanada previa a la playa los hombres con correaes empezaron a insultarlas, a llamarlas “putas”, “asquerosas”, “tortilleras”, “guarras”... Julia solo pensaba en su marido asesinado, su mente no era capaz de asimilar aquel momento tan terrible, todo se le iba en el recuerdo de los buenos momentos en la consulta del “médico de los pobres” que tanto amaba, el joven licenciado en Madrid, que había dedicado gran parte de su carrera a atender en su humilde despacho a la gente necesitada sin cobrarles nada. *¿Quizá ese fue el motivo de su condena a muerte?* se preguntaba, no entendía tanta crueldad, ese odio atávico contra ellas, contra todo lo que representaban al ser mujeres formadas, comprometidas, cultas, antifascistas, republicanas y defensoras de los derechos de su género, de su clase.

Un guardia civil con un parche en el ojo se acercó a las mujeres y les rompió los vestidos a la altura del pecho, quedaron semidesnudas entre los gritos de unos cuarenta hombres ebrios y desatados. El seminarista Juan José Samsó, se encargó de raparlas con unas tijeras una a una, sus cabelleras caían al suelo entre las burlas del grupo de fascistas:

—¡Fóllatelas Cabrera! —dijo uno de los requetés, el más joven del grupo.

El viejo capataz Froilán Cabrera no respondió, prefirió golpear a Dolores con la culata del fusil, que cayó al suelo semiinconsciente, subirle la falda a Josefa para burla general de la soldadesca.

Las mujeres arrodilladas, abrazadas en aquel suelo repleto de piedras y arena, humilladas, temblando de miedo, protegiéndose unas a otras con sus cuerpos de las agresiones verbales, de los escupitajos de algunos, de las patadas y golpes de aquellas caras conocidas, de hombres que habían visto alguna vez en las calles, en sus trabajos, en los bailes y fiestas de los pueblos, varones de los que nunca imaginarían un comportamiento tan atroz, tan violento contra mujeres que no habían cometido ningún delito, solo defender la libertad, la democracia, un mundo mejor para el pueblo canario, para la gente más desfavorecida de unas islas sometidas a la esclavitud, a los caprichos del caciquismo ancestral, el que junto a la Iglesia católica, durante cientos de años, había sometido a todo un pueblo a vejaciones y abusos indescriptibles.

Después de varias horas, algunos soldados por orden del capitán Morera rodearon a las mujeres que ya casi desnudas iban a ser violadas por todo el grupo de hombres. Los vecinos se habían soliviantado por el escándalo, había gente asomada en las lomas vecinas, luces encendidas en los pequeños poblados de apareceros, los organizadores del linchamiento múltiple decidieron por seguridad que había que llevarse de allí a las tres mujeres.

Las metieron en uno de los coches ante la indignación de la enfervorizada multitud de fascistas, varios mandos de la guardia civil discutían a gritos medio borrachos con los dirigentes de Falange, en medio del caos las sacaron hacia la carretera del sur a un destino desconocido, las mujeres no se habían hablado entre ellas hasta

ese momento de silencio entre el ruido del viejo motor. Al oído, Julia, le dijo a Josefa:

—Mi niña nos sacan del infierno, pero nos llevan a otro. No digas nada te hagan lo que te haga, no reveles los nombres, ni las direcciones de los camaradas.

Las tres mujeres tuvieron un final misterioso, no se supo más de ellas, aún se las recuerda en la memoria colectiva de la lucha por la justicia, la ternura y la dignidad. En el exilio de la Francia ocupada por los nazis, Roberto Macías, nombraba el caso de las “Tres rosas del mar” en las reuniones clandestinas de la resistencia en los pisos francos de París. Era hermano de Dolores, salió de Gran Canaria en agosto del 36 hacia África en un barco de pesca, nunca pudo olvidar aquellos sucesos ocultos de forma premeditada hasta la actualidad. Cada 19 de septiembre antes de morir se iba con sus hijas y nietos esa noche a la playa de Melenara, allí pasaban un rato de charla escuchando como rompían las olas, mientras echaba al mar en silencio las tres flores rojas.

La fosa que habla en Pasito Blanco impregnada de heroica sangre catalana

Los sacaron a los cinco por la delgada claridad del día camino de Pasito Blanco. La mañana de la victoria en Plaza Catalunya aún respiraba en sus corazones cautivos, el inmenso triunfo del Frente Popular, los vítores cuando entró Lluís Companys entre flores y banderas. Los hombres de azul los golpeaban salvajemente desde el campo de concentración isleño camino de la fosa junto a la playa, el terreno de Juan Cabrera, donde cultivaba los tomates, el trocito de tierra que cuidaba en los días libres de las tareas semiesclavas en las propiedades del Conde de la Vega Grande.

Francesc, Jordi, Ferran, Joan y Esteve fueron detenidos nada más estallar el golpe de estado del 36, tres militares republicanos y dos empleados de Correos, comunistas y anarquistas, reconocidos, muy valorados en sus años en las islas, enseguida los fascistas los pusieron en las listas negras elaboradas antes del alzamiento por falangistas, caciques y la Iglesia católica como institución, lo que generó que más de 5.000 personas fueran asesinadas en todo el archipiélago, gente que fue fusilada, en su mayoría secuestrada de madrugada de sus casas, para ser arrojados a pozos y simas, a cunetas tras el tiro en la nuca, tirados al mar metidos en sacos atados de pies y manos.

Los cinco catalanes se juntaron nada más llegar al campo de concentración de La Isleta, eran muy apreciados por el resto de los detenidos, “gente buena”, decían los presos, “luchadores por la libertad y los derechos de la clase obrera”, comentaban a la hora del reparto de la putrefacta comida repleta de bichos y alimentos en descomposición. La decisión fue rápida después de torturarlos durante varias semanas, no podían permitir que unos cuadros reconocidos siguieran en el recinto de la muerte, los sacaron de madrugada junto a dos paisanos que acababan de llegar del centro de la isla, Jacinto Quevedo y Ernesto Luján venían destrozados, habían pasado por las manos de los falangistas Eufemiano y

Betancor, que ordenaron a dos de sus empleados que los golpearan con la pinga de buey durante horas, ni siquiera los bajaron del camión, allí estaban sangrando, lanzando alaridos de dolor.

Los hombres de Lleida, Figueres, Viella, Sabadell y Barcelona fueron sacados violentamente de sus camas, atadas sus manos a la espalda con el doloroso hilo de pitera que se clavaba en la carne. En el camión se encontraron a Jacinto y Ernesto tumbados llorando en posición fetal, cuatro falangistas y un guardia civil subieron para seguir pegándoles hasta ese destino desconocido.

El joven niño de papá Betancor dio la orden:

—Hoy tiramos directos pal sur, abajo nos espera Pedro Bravo y Jacinto Beneito que han movilizado a los requetés para otra noche de “fiesta” —dijo entre risas y tragos de ron de caña en la cabina del viejo vehículo que olía a sacos de plátanos y estiércol.

El camión llegó a Pasito Blanco casi amaneciendo tras dos horas de camino, no se escuchaba casi nada por la empinada carretera de tierra, solo los cantos asustados de los alcaravanes, algún conejo que se cruzaba deslumbrado, abajo el sonido del mar y las pardelas, varios perros ladraban desde las humildes aparcerías, seguramente por el olor a sangre que inundaba al paso de la caravana de la muerte por los terraplenes agrícolas, los llantos de los hombres, las carcajadas de los criminales en los dos coches de Falange que iban detrás, caras conocidas de la oligarquía isleña, el jefe de propaganda de la organización fascista en Gran Canaria, varios miembros de familias de la oligarquía, “gente rica, gente el diablo”, como les llamaban entre susurros las explotadas mujeres de la aparcería, los señoritos de siempre, los que habían estado explotando al pueblo canario durante tantos años, ahora enrabiados contra toda la gente que luchó y defendió la legítima República, convertidos en asesinos psicópatas, dispuestos a saciar sus desaforadas ansias de sangre.

El camión se detuvo, sobre la marcha, inmediatamente fue rodeado por la comitiva que bajó de los autos entre risas y tragos de ron, encendiendo en sus bocas el tabaco de Virginio, varios guardias civiles del sur apuntaban con sus metralletas a los siete hombres destruidos, ensangrentados, que eran obligados a culatazos, puñetazos y patadas:

—¡Baja cabrón! ¡Catalán de mierda! ¡Rojos asquerosos, maricones!

Todos quedaron tambaleándose, la fosa ya estaba abierta, varios jornaleros habían trabajado casi toda la noche, un agujero de unos siete metros de ancho, con una profundidad de unos tres metros, que olía fuertemente a ese barro del sur, esa fragancia extraña, una mezcla de aulagas[63], flores muertas y leche de tabaibas taladas.

Juan Cabrera estaba también atado, se habían llevado a su mujer a un destino desconocido junto a los dos niños esa misma noche, él sabía que no lo iban a matar, el hijo del mayordomo de la marquesa le susurró al oído *que se lo llevarían a Las Palmas*, de todas formas no se lo creía, temblaba de miedo, conocía a Joan de las reuniones de la Federación Obrera, los dos se miraron un instante, el joven catalán de apenas veintidós años tenía los ojos hinchados y la cabeza fracturada por los golpes.

En un instante entre risas y burlas los colocaron junto a la fosa: —Señores prácticas de tiro —dijo el jefe de Falange de Telde —, tiren a dar —gritó mientras bromeaba con Eufemiano sobre uno de los reos que se había cagado encima.

El ruido fue atronador, una descarga brutal que se escuchó en todo el desolado sur, parecía una especie de trueno que no tenía fin, luego el silencio, el inmenso silencio que siempre viene después de un fusilamiento, pararon hasta las risas por un instante, todos miraban impresionados aquellos cuerpos rotos en el suelo, unos gemidos, unas palabras de Francesc antes del tiro de gracia:

—Visca la República! Amunt les destrals!

El requeté José Araña fue como una fiera y le vació el cargador de su pistola en la cabeza, los últimos disparos casi a las ocho de la mañana, luego entre todos los tiraron a la fosa, quedaron amontonados, los jornaleros comenzaron a enterrarlos, la tierra se impregnaba de aquella sangre joven hasta taparlos por completo.

Un eco siniestro se escuchaba en las montañas de la cumbre, los acantilados de Mogán temblaban con el viento, acunados por un fragor eterno, brumosos aquella mañana de octubre, el mar no dejaba de gritar embravecido de espuma.

El exilio y el vuelo de los sueños

Carlos Martín, “El canario”, el exiliado, estaba encerrado en una pequeña celda, demasiado estrecha, sucia y pestilente, encadenado a la pared, con el sueño inundado de sus propias defecaciones y orines. En el centro de detención clandestino de Buenos Aires, “Garaje Olimpo”, no había lugar para la esperanza de salir con vida, lo sabía, por eso trataba de que su mente navegara, cuando no lo torturaban, a sus islas amadas al otro lado del océano, hacia su adorada madre, Carmelita Fumero, ya fallecida en aquel pueblito del norte de Tenerife. Lo detuvieron en la oficina de la universidad, era enero de 1977, cuando mantenía una reunión con varios profesores y dos alumnas de la Facultad de Medicina. Se los llevaron a todos en varias furgonetas militares, los golpearon salvajemente en el hall de entrada, mientras el alumnado miraba atónito como se llevaban con las manos atadas a sus profesores, a sus jóvenes compañeras Silvina Moldavia y María Inés Ambrosetti.

En aquellos años de la huída cuando comenzaron a detener masivamente a todo el mundo en La Palma, en Tenerife, en La Gomera..., a sus compañeros de la Universidad de La Laguna. Tantos amigos y amigas de aquella lucha por la libertad, la brutal represión que asesinó a miles de personas en toda Canarias, orquestada por la oligarquía, por la Iglesia católica, por los sectores más reaccionarios de la desgraciada colonia española, personajes que jamás perdonarían a quienes contribuyeron a la construcción de la República, a la esperanza de los pueblos en aquel humilde poblado donde el drago milenario aún seguía vivo, resistiendo los embates brutales del tiempo. El mismo árbol gigante que vio la sanguinaria conquista, la de las espadas, las cruces, el genocidio sobre el pueblo indígena, el mismo ser casi eterno, florido, amante del sol y de la inmensa lluvia de invierno, veía ahora la misma represión, el mismo odio contra quienes solo querían vivir con dignidad, disfrutar de aquel pedazo de tierra mágica en medio del Atlántico.

Los guardias vinieron de nuevo. En el resto del Garaje Olimpo reinaba el terror, los gemidos, los llantos, los gritos de dolor, el sonido eléctrico de la “picana”[\[64\]](#), los chillidos de las ratas para las vaginas de las mujeres prisioneras, todo tipo de técnicas atroces de tortura que los militares argentinos aprendieron de la dictadura española, en los cursillos en El Escorial en los 60, en la Dirección General de Seguridad en Madrid antes del golpe de estado del 76.

—Levántese doctorcito —dijo “El ruso”, Julián Vasíliev, el conocido brigadier y torturador del taller nacido en Rosario.

Carlos lo miró, era consciente que por sus heridas, la deshidratación por la falta de agua y comida, no le quedaba mucho tiempo:

—¿Vienes de nuevo a maltratarme? No tienes cojones boludo para soltarme las cadenas hijoeputa.

Se lo llevaron a la sala de tortura, ya no le preguntaban nada, lo sabían todo sin que el canario hablara nada, torturaban por torturar, por dañar, ejerciendo el siniestro arte del represor, siguiendo la consigna de la Junta Militar: *Asesinar, desaparecer, no dejar resto de las hordas marxistas y anarquistas en todo el territorio nacional.*

A lo lejos, quizá en la sala de las mujeres, alguien escuchaba un partido de fútbol por radio, la clasificación para el mundial del 78, la gloriosa forma de celebrar que más de 300 personas estaban siendo torturadas, asesinadas, conducidas a una situación extrema de dolor y sufrimiento.

Lo colgaron de boca, las piernas ensangrentadas apretadas por la cadena, el hierro candente por el ano, los golpes, las patadas, los insultos y vejaciones. Carlos escuchaba sobre todo los chillidos de las mujeres mientras las violaban, le parecieron las voces de sus alumnas de menos de veinte años, las delegadas estudiantiles del sindicato, las combativas chiquillas que vinieron de Tucumán a estudiar medicina, las mismas pibas a las que les contaba como era su tierra, aquellas islas perdidas tan cerca del Sáhara, del brazo de mar que une los continentes del dolor y la penuria.

De repente se escuchó bullicio en los pasillos, la voz de Tabaré Camacho Pastorino, el Mayor de infantería que venía varios días a

la semana a dirigir las torturas en el viejo taller clandestino:

—Hay que sacar otra remesa, veinte más, el avión espera, apúrense.

“El ruso” paró, bajaron a Carlos, casi no podía mantenerse en pie, lo sacaron al pasillo, allí estaban las dos niñas, el resto de profesores, compañeros de la facultad, varios obreros de más de sesenta años, una joven con aspecto extranjero, rubia, con la sangre cayéndole por los muslos, varias personas más al fondo de la oscuridad del pasillo a las que no pudo ver las caras.

Camacho habló con voz solemne:

—Vamos a llevarles a otro centro de detención, tómense las pastillas con el vaso de agua, el viaje será largo hasta La Plata, es bueno que descansen en el camión.

Carlos Martín por su experiencia médica vio que eran sedantes, se los tomó junto al resto, mientras un oficial los inyectaba con una jeringuilla. El viaje fue corto hasta el aeródromo, no más de dos horas, allí como zombis los bajaron, atados con las manos amarradas a la espalda y los subieron al viejo avión. El médico canario sabía lo que pasaría, las niñas lo miraban asustadas desde los asientos de enfrente, una cabina sin butacas, fría como las noches de invierno en Buenos Aires.

Sobre La Plata, a la media hora de vuelo, los militares abrieron las puertas, el aire frío congelaba los recuerdos, casi todos estaban semidormidos, Carlos se mantenía despierto, lo veía todo. Recordaba el vino de Tacoronte, las tardes de fiesta con sus compañeros de clase en La Laguna, María José, el amor de su vida, la muchacha de Candelaria, la que lo enamoró para siempre hasta el momento de la huída en el barco venezolano, las noches de fiesta, los paseos abrazados por la ciudad colonial, los besos salados en la clandestinidad del bosque de sauces. Todo eran recuerdos mientras iban tirando del avión uno a uno a sus compañeros, a las compañeras, a los camaradas del partido, a los profesores. En un ejercicio pormenorizado de crueldad los milicos se reían, se burlaban de una situación dantesca, del vuelo de los héroes y heroínas hacia el abismo.

Carlos cayó con dignidad, estremecido por los recuerdos de su amada tierra isleña, su madre aparecía en cada paso que daba por

el habitáculo de hierro, sabía que no habría nada más allá de aquella cabina repleta de sangre. Su vuelo en la oscuridad fue uno más de los miles. Abajo el inmenso río de los sueños, la fraterna esperanza de la memoria perseguida cuyo cementerio es el olvido.

Marisa invadiendo de amor el abismo

Benicio Corbacho, Esteban Cabrera y Marisa Alonso, fueron sacados de sus casas de madrugada por la “Brigada del Amanecer”. La encabezaba el viejo guardia civil Avelino Palma, acompañado como siempre por los niños ricos de Falange: Eufemiano, Bonny, el hijo de la marquesa, Juan Ignacio Del Castillo, Cayetano Manrique de Lara, Amadeo Bravo de Laguna, junto a otros miembros de la organización fascista de menor rango social.

Marisa era la novia de Benicio, el joven anarquista procedente de Cuenca, empleado de Correos en Las Palmas de Gran Canaria, la enamorada pareja pensaba casarse en septiembre si su hermano enfermo de tuberculosis mejoraba. La bella muchacha de ojos azules estaba embarazada de cuatro meses en aquel julio sangriento, se lo dijo al tabaquero jefe del grupo de falangistas, pero su única respuesta fue un golpe con el fusil en su pecho, lo que la hizo caer redonda al suelo sin sentido en presencia de sus padres en el barrio de San José.

La muchacha hija del famoso luchador del vernáculo deporte isleño apenas contaba con veintitrés años, siempre había trabajado como jornalera, menos los dos últimos años que dedicaba a cuidar a su hermano desde que contrajo la grave enfermedad. No tenía casi vínculos con ningún movimiento político, solo se había dejado ver junto a su compañero en alguna reunión en la sede de los sindicatos, portó una bandera en una manifestación por la calle Triana.

Esteban era empleado en los tomateros de los Betancores en Los Giles, jornalero de profesión pertenecía a la Federación Obrera, ni siquiera era un dirigente destacado, solo colaboraba en cada una de las asambleas, repartía propaganda en los lugares de trabajo, ejercía como defensor de los derechos de las mujeres aparceras explotadas por el caciquismo ancestral, por el derecho de pernada, por todo tipo de abusos y salarios insuficientes para poder vivir dignamente.

El viejo camión se dirigió hacia el Puerto de la Luz, la mujer iba delante entre dos de los jefes falangistas, detrás un grupo indeterminado de unos treinta hombres atados con las manos atrás con hilos de pitera. El tabaquero la manoseaba, le rompió los botones del camisón y le sacó los pechos, ella gritaba y Benicio la escuchaba entre maldiciones e insultos hacia aquellos abusadores. Al rato dejó de escucharse su llanto, los dos hombres la golpearon con una pistola en la sien y la dejaron semiinconsciente, aprovechando para quitarle el vestido entre risas, burlas y tragos de ron de caña.

El vehículo estacionó junto al muelle, allí esperaba un viejo barco militar, una especie de remolcador. Los requetés bajaron a los hombres a golpes y patadas, los tiraron al suelo y allí les ataron las piernas cortándoles casi la circulación de la sangre. Uno a uno los fueron metiendo en sacos de racimos de plátano, se escuchaban los llantos, los lamentos de quien sabe que la muerte será inevitable.

En cambio a Marisa se la llevaron hacia el viejo almacén donde secaban las jareas, allí Eufemiano autorizó a los falangistas a violarla de uno en uno. Fue apenas media hora, pero por allí pasaron todos los hombres vestidos de azul y con correajes, pistola al cinto. Las risas y alaridos los escuchaba el pobre Benicio entre las burlas de los guardias civiles, militares de artillería y varios paisanos colaboradores del genocidio en Canarias:

—Nos follamos a tu novia hijo de puta rojo, está buena aunque esté preñada.

Al rato la trajeron atada, el guardia Pernía la tiró al suelo y le ató las piernas, estaba desnuda, sangraba por los muslos, casi no decía nada, solo gemía, lloraba entre balbuceos ininteligibles.

Los subieron al pequeño barco militar de uno en uno, los colocaron como fardos en fila tumbados en el suelo, la mujer aparte, Benicio le gritaba, trataba de animarla en medio de aquella tragedia anunciada, ella no contestaba.

El navío salió inundando el aire de un fuerte olor a gasoil, los fascistas se burlaban, hacían comentarios sobre cómo habían violado a Marisa en el derruido almacén de pescado salado. Una

hora de viaje, hasta que apenas se veían las luces de la costa, un istmo lejano entre la Playa de Las Canteras y el barrio de La Isleta. En ese momento el barco se paró, se escuchó el ruido de la oxidada ancla hundirse en el mar. Sin casi decir nada comenzaron a tirar a los hombres al mar, uno tras otro, entre gritos, algún insulto ininteligible, llantos, alaridos desesperados.

Los fascistas se burlaban:

—Que valientes son estos rojos hediondos.

Solo quedó la muchacha:

—De esta puta me encargo yo —dijo el hijo de la marquesa, tomó el cuerpo en volandas, la mujer no decía nada, era ya un saco de carne y huesos inerte con olor a perfume de lavanda, que caía en el inmenso océano.

La noche se perfilaba como llegando a su final en el horizonte, algo de claridad inundó la noche estrellada, como si el sol quisiera salir antes para iluminar la oscuridad del inmenso abismo.

El polvo y la sangre

Esteban Guerra, jamás imaginó que el pueblo de Puntallana, en la isla de La Palma, se llenaría de asesinos vestidos de azul. Traían varios camiones con los cuerpos de los guerrilleros muertos, acribillados a balazos. Pronto comenzarían el resto de las ejecuciones. El falangista Francisco De Lugo esperaba las órdenes del Gobierno Militar de Santa Cruz de Tenerife, María Mercedes, lloraba en la pequeña buhardilla el momento de la muerte de su marido, el inminente estallido final de la esperanza.

La movilización de fascistas por la isla era masiva, el cañonero Canalejas vino de Gran Canaria cargado de militares y falangistas, el objetivo era claro, acabar con la resistencia palmera, los incipientes maquis alzados en los montes de la isla desde Fuencaliente a Garafía, la buena gente que no quería que se impusiera el régimen del crimen, que acabaran de un plumazo con aquella República de la esperanza, de los derechos sociales, de la prosperidad de los sectores más desfavorecidos de la población, de la educación gratuita, de la incorporación de la mujer, de la igualdad y el progreso.

No les costó mucho, eran muy superiores en número y armamento, solo algunas incursiones en la complicada orografía de la isla contra aquellos guerrilleros heroicos, avanzando hacia un punto sin retorno, sin posibilidad de huída, solo luchar hasta la muerte por la libertad y la democracia, por los chiquillos y chiquillas harapientos/as, pero las muertes llegaban, hombres fuertes, musculosos por las duras tareas de sus explotados trabajos, caían atravesados por las balas, la laurisilva se tiñó de sangre, sangre

joven, sangre brava, la sangre de la gente de bien, la que lucha por la fraternidad y la ternura de los pueblos.

María Mercedes, la maestra de Los Llanos, la joven y dulce anarquista casada con el abogado libertario grancanario, Ernesto Luján, el defensor de las causas nobles, el que no cobraba las minutas de las personas humildes, las que llegaban a su despacho de la Calle Real con el alma rota, víctimas de las injusticias de una oligarquía corrupta, terratenientes sin escrúpulos que ejercían el derecho de pernada, que explotaban en condiciones de semiesclavitud a miles de obreros/as de aquella hermosa isla, casi un paraíso natural en medio del dolor y la brutal represión.

El capitán Soria ordenó entre arengas incrementar las incursiones por aquellas montañas repletas de bosques milenarios, de dragos, pinos canarios, palmeras y retamas, quería acabar cuanto antes, disparar sobre cualquiera que no vistiera de azul. El viejo y cojo militar vino de Gran Canaria, vecino de Telde, conocido cacique del sureste de la isla redonda, tomó los galones de Franco en el primer minuto del alzamiento, participó junto a la Iglesia católica en la elaboración de las listas negras, las que pusieron nombre a las miles de personas asesinadas desde que estalló el golpe de estado de 1936.

La pobre María escondida en la casa de la calle Miraflores, donde vivían las dos primas monjas, vio desde la ventana como traían atado con las manos a la espalda a su Ernesto, la cara ensangrentada, cicatrices, los labios partidos, la ropa impregnada de sangre mientras el teniente Manrique de Lara lo golpeaba con la pinga de buey, hasta colocarlos a todos en fila de uno en la explanada frente a la iglesia, la vieja plaza colonial, donde todo el mundo creía que se iba a producir el fusilamiento de los insurgentes, pero no sucedió nada, solo los fueron distribuyendo entre camiones y coches, sacándolos del pueblo con destino a los lugares más apartados de la isla, donde los asesinarían ese mismo día para luego desaparecerlos.

No se atrevían a fusilar en público. *Por lo que pudiera pasar en el futuro* dijo el Coronel Hermoso, el tinerfeño de buena familia, conocido por los maltratos a los reclutas, el que asesinó de una

patada en la cabeza al soldado Pedro Martín en Santa Cruz de Tenerife.

Al mismo tiempo que se llevaban a los hombres para asesinarlos, recorrían cada rincón de Puntallana buscando nuevos soldados, campesinos humildes, analfabetos, que reclutaban para embarcarlos hacia la península para combatir en la guerra civil. Pueblo por pueblo se llevaron a cientos de hombres sin ninguna alternativa. *O te alistás o te quitamos la vida*. Llevándose a tantos jóvenes que ni siquiera apoyaban las ideas de esta banda de asesinos.

María no dijo nada, solo miraba el andar triste de su compañero, pasándole por la mente todos aquellos bellos momentos, cuando se conocieron en la Asamblea tabaquera de El Paso, como se enamoraron en pocas horas, desde que lo escuchó hablar con aquel acento canario de las injusticias, de la necesidad de cambiarlo todo. *Son ellos o nosotros* le dijo. *Luchemos hasta el final, no hay otra salida*.

La niña le daba pataditas en el vientre, quizá sus lágrimas también la hacían vibrar en aquella placentera oscuridad. Allí se quedó por cinco años, escondida por las piadosas hermanas, la monjas de La Caridad, las que nunca entendieron sus ideas, pero si supieron que si la abandonaban la matarían nada más capturarla.

La madrugada del 15 de enero de 1941 embarcó en el viejo barco para Venezuela, Rodrigo Acosta, la llevó escondida en la parte trasera de la camioneta entre cajas de plátanos, luego el barco comenzó a alejarse de las costas, salió a cubierta bañada en aquel sudor frío, el mismo del momento de la partida de su Ernesto a ese lugar indefinido, cualquier fosa común, la frialdad del fondo del mar, una sima volcánica, cualquier espacio de tristeza, donde los huesos de lo que más amaba en el mundo reposaban. Margarita la miró.

—Mamá que bonito es el mar, mira allí se ven varios delfines.

María Mercedes la abrazó, no dijo nada, se quedaron las dos varias horas mirando como la islita se perdía en el horizonte más infinito del amor eterno.

Las lágrimas de san Lorenzo

Era el 9 de agosto de 1936, víspera de la fiesta de San Lorenzo, cuando los voladores se mezclan con el estallido remoto de las perseidas alumbrando el cielo nocturno, la gente desde mediodía salía caminando por el “Camino viejo” hacia el pueblo maldito, donde hasta hacía pocos meses había un gobierno municipal con mayoría absoluta del Frente Popular. Su alcalde comunista, Juan Santana Vega, de tan solo veinticuatro años estaba huido junto a sus camaradas, escondidos en los montes de la isla de Gran Canaria, sobreviviendo en cuevas y grietas volcánicas, refugiados por paisanos solidarios, por gente humilde con las manos encallecidas, gente de bien, en alpendres junto a los animales y artilugios de labranza.

Quedaban pocos días para su detención, en menos de nueve meses iban a ser fusilados en el campo de tiro de La Isleta, pero esa noche era especial, las lágrimas del santo inundarían las escasas nubes de un verano terrible, donde muchos de sus vecinos y vecinas sufrían las torturas de los fascistas, registros interminables en las humildes casas de los perseguidos, los golpes, las violaciones de mujeres y menores por falangistas, guardias civiles, militares y miembros de la corrupta y criminal oligarquía canaria.

El viejo municipio estaba ya pagando ese agosto sangriento por tener tanta dignidad, el precio de haber votado masivamente a la izquierda en las elecciones locales, a los hombres y mujeres que defendían los derechos sociales y civiles, que se enfrentaban a los palos y pingas de buey de los temibles encargados de las haciendas, que obedeciendo órdenes de esas familias de la corrupta nobleza, se dedicaban a reprimir junto a la Guardia de Asalto cualquier asamblea, cualquier movilización que exigiera mejoras en las condiciones de vida de un pueblo semiesclavo.

Desde las cuevas del Acebuchal en La Milagrosa, parte de los evadidos escucharían esa noche los fuegos artificiales, no se atreverían a salir, ni siquiera a encender un cigarro por si alguien desde la distancia los distinguía, acurrucados unos contra otros como animales heridos esperarían el amanecer, la esperanza de que el golpe de estado no triunfara en el resto de España, que los esbirros del yugo y las flechas no los encontraran, que la noche fuera leve, como las noches de amor con un cuerpo perfumado de sudor y magnolias abrazado, como esa oscuridad callada donde solo los besos y las caricias remueven la nebulosa de los sueños.

Nada bueno iba a suceder, los hombres y mujeres lo sabían, el cielo aquella noche no traía nada bueno, un sortilegio de dolor, el aullido de los perros barruntando muerte, un intenso olor a sangre, a matanzas, a celebraciones en las casas de los señores que triunfantes abrazaban el nuevo régimen que se imponía en las islas, que tras una guerra acabaría masacrando a más de medio millón de personas en todo el territorio nacional, la piel suave de la esperanza se deslizaba hacia el abismo.

Las cuevas en barrancos y montes refugio de hombres, de alguna mujer rebelde, estremecedoras heroínas del pueblo, sin armas, sin posibilidad de combate en las mismas condiciones, mientras algunos maldecían la vergonzosa decisión del Gobernador que se negó meses antes del golpe a repartir armamentos entre la clase trabajadora isleña, la nula resistencia, solo un par de pistolas en la Casa Consistorial de Tamaraceite, la dinamita del Ayuntamiento escondida por el chiquillo Valencia en el barranco de la piconera de Casa Ayala, la nada, la tristeza, el dolor, el sabor de las eternas batallas perdidas.

Luego tras la noche de San Lorenzo vinieron los chantajes, las detenciones de familiares de los evadidos, los mensajes de que si no se entregaban asesinarían a los seres queridos, las capturas masivas en barrancos inundados de tricornios y ropajes azules, hombres rodeados que se entregaban, que eran golpeados salvajemente antes de llegar al cuartelillo del pueblo, mujeres republicanas violadas en remotos caminos de tierra, la imagen imborrable de aquellos héroes encadenados, caminando escoltados

por fascistas armados hasta los dientes, golpeándolos, heridos, con las caras desfiguradas, mujeres rapadas, las dos maestras del pueblo, casi desnudas, avanzando sin rumbo con las manos atadas hacia la improvisada comisaría, al centro de tortura junto a la iglesia.

El 9 de agosto la gente todavía sigue yendo a San Lorenzo masivamente, al masacrado municipio donde un día brilló la esperanza y las ansias de emancipación. Casi nadie sabe lo que sucedió a partir del 36 en ese rincón de la antigua Tamarán. Los gobernantes herederos de los asesinos han tenido cuarenta años para tapar todo.

En 2015 las niñas bisnietas de Juan Ernesto Gopar Ramírez, esperan en la azotea por los fuegos, las tracas, las violentas explosiones, los colores en el cielo, sus familiares hacen un asaderito con papas arrugadas en la casita de El Román. El viejo comunista murió el año pasado después de doce años de Alzheimer, está enterrado en el cementerio junto a la cantera, una pequeña foto de una bandera republicana y una estrella roja fue colocada por un ser anónimo en el nicho. Evita y Lucía miran al infinito, son casi las doce de la noche, hace un poco de frío, extrañamente es una noche de lluvia en el apogeo del verano.

La noche que los fascistas mataron al bebé Braulio

Cuando el “nazi” brigadista del amanecer vestido de azul le abrió la cabeza al chiquillo, golpeándolo salvajemente contra la pared, los gritos de su madre recorrieron la oscuridad de aquel pequeño pueblo de Tamaraceite. Los alaridos y llantos de una mujer destrozada se metieron en los oídos de las mentes cobardes, las que se escondieron o se vistieron de falangistas para demostrar su respaldo al criminal golpe de estado.

Mi tío Braulio solo tenía cuatro meses ese fatídico día de julio de 1936. Nació una noche primaveral de abril, entre el canto de los grillos y los alcaravanes[65]. Fue arrojado por sus tres hermanos, su padre y una madre amorosa, con manos encallecidas y rudas pero repletas de ternura. Su paso por la vida fue breve, sus ojos brillantes contemplaron la inmensa pobreza de su familia, el hambre, la miseria, las salidas de su padre a cualquier hora a las reuniones del Frente Popular. Algo pasaba, algo negro, siniestro, con sabor a sangre, rondaba cada rincón oscuro de aquel pequeño pago del municipio de San Lorenzo, en la colonial isla de Gran Canaria.

El chiquillo nunca supo en su inocencia el peligro que se avecinaba como el viento frío de los muertos. Chillaba alegre, lloraba, observaba detalladamente el destrozado techo de cañas y barro de la humilde casita, jugaba a su manera, se entretenía mamando la leche sana y cálida de su madre, mirando con ojos burlones a sus descalzos y desarrapados hermanos, Lorenzo, Paco y Diego, que contentos le hacían carantoñas. No llegó a saber jamás lo que se tramaba a pocos kilómetros, desde las casas de los terratenientes y las iglesias de los curas fascistas. Los asesinos, se reunían al anochecer y después de la misa diaria, se encontraban en la tienda de Manolito. Con el sabor de la hostia todavía en sus paladares, diseñaban las listas de los miles de crímenes atroces que cometerían meses después.

Luego solo quedó el silencio, una madre que nunca recuperó la alegría, unos hijos marcados para siempre al ver como asesinaban delante de sus narices a su propio hermano, la muerte de su padre fusilado un año después por defender la democracia, la libertad y la República.

El entierro del bebé se hizo casi en la clandestinidad, el párroco se negó a officiar una misa. Todo quedó en familia, algunos amigos de su padre, los pocos que no habían sido detenidos, caminaron con el humilde ataúd, una cajita de madera, la que usaban para embalar los tomates, atada con cuerdas y dentro el cuerpecito dormido, vestido de blanco, camino del cementerio de San Lorenzo, donde esperaba el viejo sepulturero, que ya tenía la pequeña tumba abierta en un rincón remoto del diminuto campo santo.

Depositaron el cadáver con suavidad sobre la tierra, no hizo falta mucho para taparlo del todo. Lola lloraba, su hermana Rosa la abrazaba, sabía lo que sentía, lo que había visto en el momento en que el falangista lo sacó de la cuna, cuando lo golpeó. Era como una serie de recuerdos terribles que se repetían, que golpeaban su alma con un dolor indescriptible.

Un entierro extraño, sin acto religioso, sin feligreses del pueblo, sin mujeres vestidas de negro, algunos momentos de silencio atronador solo interrumpido por los gemidos de sus hermanos, los llantos de la madre o el canto de los pájaros que inundaban aquel espacio de tristeza.

Luego el regreso; Lola que no quería dejarlo allí, que lo amaba demasiado, que no concebía que se pudiera quedar en aquella tierra embarrada.

—Solito —decía—. ¿Quién lo va a cuidar si me voy?

Tuvieron casi que arrastrarla, llevársela de allí, para caminar los varios kilómetros hasta Tamaraceite, recorrer el camino viejo, donde salían a pasear, Pancho, ella, los chiquillos y el perrito al que dispararon los fascistas cuando irrumpieron en la humilde vivienda, asesinándolo también.

A los pocos días no quedaba nada de Braulio, solos sus humildes prendas en el ropero. La Parroquia se negó a certificar su

muerte. Solo quedó aquel trocito de tierra sin cruces, sin tumba, solo el barro de la ausencia.

La bahía de los muertos

Esteban Chirino y Sebastián Romero salieron del muellito de San Cristóbal en su barca de dos proas, la madrugada era lluviosa en aquel septiembre del 36. Lo que vaticinara en el bar de Florido el viejo pescador retirado, pronto se cumpliría. El mar estaba repleto de cadáveres, algunos en sacos atados de pies y manos, los otros semidesnudos con el estómago hinchado y los ojos abiertos como mirando al infinito.

Los dos hombres remaban con el pánico metido en sus entrañas, no podían decir nada, los podían acusar de rojos y también ser asesinados, aunque ni siquiera militaran en ninguna organización de la izquierda canaria. La valiente barquilla atunera avanzaba y se escuchaban en la quilla los golpes de los cuerpos de los republicanos asesinados por los fascistas.

Comenzaba a amanecer y varios camiones atravesaban el túnel de La Laja con algunos falangistas al volante, cuatro militares de artillería, dos guardias civiles, junto a los señores de gente rica, venían de los riscos de la Mar Fea, desde donde arrojaban al mar a cientos de hombres cada noche, secuestrados en sus casas por las Brigadas del Amanecer.

Desde el barco, Esteban y el joven Chano los veían regresar. De ahí procedían los cadáveres, la corriente no siempre se los llevaba mar adentro, también los traía al barrio marinero para terror de sus habitantes, que contemplaban aquella imagen brutal de seres flotando sin rumbo, como muñecos gigantes, al compás de las olas.

Tenían que esperar la subida de la marea para partir hacia la costa de Fuerteventura a pasar varios días pescando. En ese tiempo trataban de evitar mirar los cuerpos, pero se hacía inevitable, caras conocidas, muchachos jóvenes del sindicato, Juan Prada, “El Gallego” de la CNT, Mauricio Trujillo, enlace sindical de la Federación Obrera en los tomateros de los Betancores en Los Giles, Manuel Bravo, militante del Partido Comunista, rostros inolvidables,

blancos como las paredes de cal, sin rumbo después de ser devueltos de las profundidades.

Esteban y Chano sabían que en pocos días habría más cuerpos sobre el inmenso azul, no decían nada, solo miraban los camiones de Falange y los lujosos coches de los patronos volviendo por el túnel eufóricos, satisfechos de su “cruzada”, de la premeditada campaña de exterminio fraguada meses antes del golpe de estado del 36. La corriente los traería al barrio; ellos lo sabían; el cura de Telde con la pistola al cinto y como buen experto en el tiro de gracia después de los masivos fusilamientos, lo sabía; Eufemiano lo sabía; el hijo de la marquesa lo sabía; el empresario Bonny lo sabía; el conde lo sabía. Todos lo sabían pero les daba igual que los asesinados fueran vistos por el pueblo, por la gente de bien o por las personas honradas que dedicaban sus vidas al trabajo, a la pesca, a la agricultura, a la construcción de paredes y carreteras. Los asesinos eran conscientes de todo, pero no les importaba, permitían que aquel espectáculo terrorífico fuera visto por niños y niñas, por toda la gente que desde las ventanas miraba con mucho miedo y sin decir nada, el desasosiego ancestral que venía de los tiempos de la criminal conquista, de los siglos de esclavitud y de hambre, de los abusos de poder, del derecho de pernada, del dolor de ver morir de hambre a los hijos, de la generalizada explotación orquestada por una oligarquía corrupta y asesina.

Los dos amigos, compañeros de faena y sufrimiento, pusieron los viejos motores en marcha. Se encaminaron al horizonte dejando atrás el horror, la tristeza, la represión brutal en aquellas islas desafortunadas donde apenas hubo resistencia al golpe fascista, un territorio insular en manos de psicópatas, de personajes vestidos de azul o con sotanas y cruces, con los ojos ensangrentados de odio.

Al momento, nada más adentrarse en alta mar, comenzaron a divisar a los cientos de delfines, como siempre comenzaban a perseguir la barquilla, jugaban felices, saltaban crías y mayores, se escuchaban sus chillidos de felicidad en medio de aquel océano limpio e inmenso.

Esteban y Chano no decían nada, solo miraban a los alegres animales, el viento de la libertad enredaba sus cabellos, las ganas

de no regresar jamás a la bahía de los muertos.

[1] En un principio se pensaron 36 relatos por el inicio de la Guerra Civil, y el “+1” por el relato *Mi abuelo Juan*. Pero debido a la buena acogida de otros relatos, decidimos ampliar el libro con ellos y así que no quedara ninguno fuera de esta recopilación.

[2] Es un barrio obrero situado en la periferia de Las Palmas de Gran Canaria. Este barrio forma parte del Distrito Tamaraceite-San Lorenzo-Tenoya. Fue un antiguo cantón “aborigen”. Su nombre original era *Atamarazait*, que significa *paso entre palmeras*. Actualmente es uno de los núcleos en expansión de la ciudad.

[3] Son cantos y bailes típicos de las Islas Canarias, caracterizados por su ritmo alegre y vistoso, y que junto a la malagueña canaria componen el tronco principal del folclore canario.

[4] Conocido en otros lugares como “[vergajo](#)” o “[picha de toro](#)”. Se fabrica con verga o pene de toro, que ha sufrido una serie de procesos que permiten tanto su conservación como la flexibilidad del mismo. Originariamente el “vergajo” se empleaba para la fabricación de [fustas](#) por sus especiales cualidades: su ligereza, era flexible, no se rompía y cumplía a la perfección la misión encomendada, golpear con facilidad y producir un fuerte escozor a la vez que un fuerte trauma sin romper tejido. Por ello durante años se vino usando para el acarreo de bestias. Era común infringir el castigo con este instrumento a personas.

[5] Se dice de un tipo de cigarillo elaborado con tabaco fuerte y envuelto en papel rayado. Solía apagarse con frecuencia.

[6] Es el municipio más alto, con menos población y con más cuevas de Gran Canaria.

[7] Es un núcleo urbano perteneciente al municipio de Gáldar, Gran Canaria. Destaca por ser el caserío más alto de dicho municipio. Aquí sobresalen los accidentes de la Cruz de Valerón, los Galeotes, la Montañeta y el núcleo poblacional guanche del Tablado, perteneciente al Guanartemato de Gáldar. Al mismo tiempo es uno de los lugares donde mejor sobrevivieron las antiguas tradiciones artesanas basadas en la transformación de la lana.

[8] Topónimo que sede su nombre a la existencia de un pozo, que según los que lo conocen no dio nunca agua, pues se excavó en un lugar de suelo calcáreo en el lugar de Montaña Blanca, no idóneo para este tipo de extracción, que se convirtió en el símbolo del “sonoro silencio”. Es a partir del año 1937 cuando “el silencio popular” empieza a llamar *Llano de las Brujas* al lugar próximo que ahora le da nombre. Porque en los tiempos del *silencio obligado* el nuevo topónimo hacía referencia a la única historia goyesca que podía contarse en relación con las “...misteriosas luces, ruidos, gritos y lamentos que se observaban y escuchaban desde la próxima Montaña de Cardones en las noches oscuras...” en los meses de marzo y abril de 1937. “Las misteriosas luces eran las de los faros de las camionetas...” que llevaban por carga a seres humanos. Al Pozo de Tenoya, se le dio “el mismo uso”.

[9] Es un acantilado de unos veinte metros de altura bajo el que se ha formado una gran cavidad o socavón de la base por la continua erosión de las olas. Se usó como despeñadero de personas durante la represión política del franquismo.

[10] Es un cono volcánico de más de 80 metros de profundidad, el cual está marcado por un gran número de historias, muchas de ellas mitológicas y otras tan ciertas como que

durante la Guerra Civil Española y la posterior época franquista fue utilizada como fosa natural para arrojar personas en ella, principalmente comunistas y republicanos contrarios al franquismo. Hoy en día se pueden encontrar numerosos restos humanos en el fondo de la sima.

[11] La pinocha seca, como se conoce a las hojas del pino canario que han caído del árbol, cubre los suelos de los extensos pinares y su recogida la realizaban los “pinocheros y pinocheras” de forma manual para luego venderla. La pinocha era utilizada como “cama para las bestias” en los establos, como fertilizante natural del terreno agrícola, como embalaje de protección para el transporte de fruta y verdura o como relleno de colchones.

[12] El Requeté (cuyos integrantes eran llamados *requetés* o *boinas rojas*) fue una organización paramilitar carlista creada a principios del siglo XX que participó en la Guerra Civil Española, llegando a integrar a más de 60.000 combatientes voluntarios repartidos en 67 tercios que lucharon a favor del “bando sublevado”, principalmente debido a su defensa de la religión católica.

[13] Nombre de origen guache con el que se denomina en Canarias al Alimoche común (*Neophron percnopterus*). Es la única especie de buitre que vive en estas islas. Fuerteventura alberga la población más meridional en la Unión Europea y la única perteneciente a la subespecie canaria (*N. p. majorensis*).

[14] Es el nombre comúnmente utilizado para denominar a la fábrica alemana de armas *Mauser-Werke Oberndorf Waffensysteme GMBH* y su línea de fusiles de cerrojo o fusiles de repetición. Fue un arma muy utilizada por los sublevados.

[15] Instrumento que consiste en una lámina de hierro en forma de media luna, con un cabo largo que encaja en un anillo situado bajo el borde de la parte superior del lado curvo, que se emplea para cavar la tierra.

[16] El Parque Natural de Tamadaba o Pinar de Tamadaba es un parque natural situado en el norte de la isla de Gran Canaria.

[17] Es una cueva picada en la roca en parte con un muro frontal y una puerta, que protege el interior, lo usaban personas que explotaban los recursos del pinar, fundamentalmente pinocha y carbón.

[18] Es un alimento conformado por una harina no cernida de cereales tostados, generalmente de trigo o millo (maíz), usada en diferentes preparaciones alimenticias. Su apariencia es similar a la de la harina blanca pero con un tono más oscuro o amarillento, dependiendo esto de su composición exacta y del grado al que haya sido tostado. Se consume en África, América y Europa en diversas preparaciones. En las Islas Canarias era consumido por los pueblos indígenas (comúnmente conocidos como “guanches”), de etnia bereber, desde tiempos prehistóricos. Actualmente constituye el alimento más tradicional del archipiélago canario, siendo un elemento central de la gastronomía canaria y un referente de identidad.

[19] La península de la Isleta está situada en el noreste de Gran Canaria unida al resto de la isla por el istmo de Guanarteme. Este istmo, antaño una legua de dunas y arenas, se encuentra hoy día parcialmente sepultado por el desarrollo urbanístico de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. Siempre tuvo un uso militar. Allí estaba ubicada la cárcel que se encuentra situada en la zona oriental, muy cerca del Polígono El Sebadal y del Puerto de la Luz. Fue utilizada como campo de concentración durante la Guerra Civil Española hasta que se construyó el Lazareto de Gando, siendo sus presos trasladados allí.

[20] Era la deidad del Sol y la luz para los antiguos pobladores de Tenerife y Gran Canaria. Se trata de una de las divinidades principales. El término *mago*, con el que los

terratenientes castellanos denominaban despectivamente a los agricultores tinerfeños de origen guanche tras la conquista, tiene su origen en el culto que le rendían dichos agricultores a fin de obtener buenas cosechas. Se desconoce con seguridad el género del nombre así como el de la propia deidad, si bien según la antigua mitología bereber el Sol se percibía como una entidad femenina. A pesar de esto, tradicionalmente se ha considerado a Magec como una divinidad masculina.

[21] Responsables del orden y la disciplina en el campo de concentración eran unos siniestros personajes que se hacían llamar los “cabos de la vara”. Eran unos individuos, “vara en mano”, a los que había que pedir permiso para todo, obedecerles y respetarles como si del mismo alférez se tratara. Eran los presos favoritos y chivatos de los funcionarios y se encargaban de mantener el orden. Contaban para ello con varios ayudantes. Una vez conseguían la vara de mando, la manejan sin contemplaciones y con “todas las bendiciones” de las autoridades del campo.

[22] Significa “tierra de hombres valientes”. Era usado para denominar la isla de Gran Canaria por los aborígenes de esa isla en la época prehistórica y dicho gentilicio era “Canarii”.

[23] San Lorenzo o San Lorenzo de Tamaraceite era un antiguo municipio de la isla de [Gran Canaria](#) que fue anexionado al municipio de [Las Palmas de Gran Canaria](#)) en [1937](#) al igual que Tamaraceite, en plena [Guerra Civil Española](#), tras el fusilamiento de su alcalde electo, [Don Juan Santana Vega](#), y parte de su consistorio, finalmente fue anexionado a [Las Palmas de Gran Canaria](#). En estos lugares transcurren varias de las historias que aquí se relatan. Hoy en día se sigue reivindicando su independencia.

[24] Es una planta de origen mejicano muy extendida por todas las Islas Canarias, similar a la chumbera. Sus pencas o palas contienen una pulpa con muchas propiedades medicinales.

[25] A partir de mediados de febrero de 1937, los aproximadamente 1.100 presos del Campo de Concentración de La Isleta son trasladados al Lazareto de Gando. El Cabildo de Gran Canaria, propietario del Lazareto, y el Ejército habían llegado a principios de ese mismo mes a un acuerdo de cesión. Con toda probabilidad las razones del cambio de ubicación tuvieron que ver con la excesiva cercanía a un barrio obrero, con que las actividades y movimientos de presos del campo estaban a la vista de los vecinos y que en diciembre de 1936 había habido un intento fracasado de asaltar el campo y liberar a los prisioneros. Todo esto hizo ver a los militares golpistas el evidente peligro de tener un campo de concentración tan cerca de la ciudad. Los militares deciden llevarse a los prisioneros a una zona más alejada y segura, donde el acceso y la visión del campo no fuera tan fácil.

[26] Fue un servicio social internacional organizado por la [Internacional Comunista](#) en [1922](#). Creada para que funcionara como una [Cruz Roja](#) internacional e independiente de cualquier organización o confesión religiosa. El SRI condujo campañas de apoyo a los prisioneros comunistas y reunió apoyo material y humanitario en situaciones específicas. El Socorro Rojo Internacional apareció en España como una organización asistencial durante la [revolución de Asturias](#) en [1934](#). La organización, que incluía artistas y escritores, fue posteriormente reformada y se expandió a [Barcelona](#) en enero de [1936](#) con el objetivo de oponerse al fascismo en múltiples frentes. Sus principales actividades consistieron en ayudar a los niños con comida en la [zona republicana](#) y aportar bibliotecas a los soldados. Contribuyeron también creando 275 hospitales, ambulancias, campañas de higiene dental, etc. Esta organización fue ilegalizada en la [zona nacional](#) por el [Decreto](#)

[número 108](#) de la [Junta de Defensa Nacional](#); siendo ratificada dicha prohibición por la [Ley de Responsabilidades Políticas](#) de 1939.

[27] Eran algunos bailes tradicionales celebrados en locales reducidos, en tandas de parejas que bailaban a un tiempo en cada turno, siguiendo las indicaciones de una persona encargada de hacer respetar ciertas reglas, como el orden de participación. *Después de que una taifa bailaba la isa, la folía y la malagueña, entraba la taifa siguiente.*

[28] Es el nombre dado en [Canarias](#) a los sellos elaborados por los [aborígenes](#), preferentemente en barro cocido, existiendo algunos ejemplares realizados en madera. Muchas proceden de yacimientos [arqueológicos](#) de la isla de [Gran Canaria \(Canarii\)](#) y tienen formas geométricas; triángulos, rectángulos, cuadrados, círculos etc., decorados a su vez con motivos [geométricos](#) impresos. De tamaño variable, sus dimensiones oscilan entre los 2 y los 12 cm. En su parte posterior suelen llevar una prolongación o apéndice a modo de mango de sujeción que puede estar perforado por un agujero de suspensión. También por los [guanches](#) en la isla de [Tenerife](#) se han encontrado pintaderas y piedras con inscripciones como la [Piedra Zanata](#) y la [Piedra de Anaga](#). Los motivos decorativos de estas piezas son similares a los que aparecen en la decoración de determinados vasos cerámicos o a los encontrados en las paredes interiores de ciertas cuevas, de las que el caso más significativo es el de la “[Cueva Pintada](#) de [Gáldar](#)”. La funcionalidad de las mismas no puede ser asegurada con rotundidad, si bien se plantea que servirían para la decoración corporal impregnándolas con tintes naturales, o como marca personal para sellar los cierres de los silos en los graneros colectivos, dejando su huella sobre el barro húmedo que sellaba las puertas.

[29] Es un arbusto perenne, con tronco succulento, a menudo rastrero al estar expuesto al viento. Se diferencia de las especies más próximas por tener la inflorescencia con una sola flor terminal. Crece desde las Islas Canarias, por el Sahara hasta la Península Arábiga, en regiones áridas y semiáridas, sobre distintos tipos de suelos y pendientes.

[30] Es un pescado abierto en dos por el vientre o por el lomo, longitudinalmente, limpio y puesto a secar al sol después de ser repetidamente lavado con agua de mar o salmuera. Según el grado de agua en el que permanece el músculo del pez y el tiempo de sol, la jarea puede ser fresca o seca.

[31] Del catalán [pevet](#) o el portugués [pivete](#). Término usado comunmente para designar a un niño o muchacho en el arpiélago canario.

[32] “Los Somatenes Armados de Canarias”, era un cuerpo parapolicial que tenía funciones de policía política y rural. En la Islas Canarias, la Unión Patriótica (creada por el dictador Miguel Primo de Rivera a imitación del partido único fascista italiano) contaba con el apoyo de dichos Somatenes. Fue disuelto en 1931 por la [Segunda República Española](#), salvo el Somatén rural catalán, y restablecido bajo la [dictadura franquista](#). La abolición definitiva se produjo en 1978 tras el [restablecimiento de la democracia](#).

[33] Establecimientos donde se vendían distintos objetos necesarios para la casa, como los rollos de sogá, faroles o hilo carreto, y se exhibían el millo, las lentejas, las ristras de chorizo, sacos de granos y las cajas de dátiles. Al llegar la noche las tiendas se convertían en tabernas o lugar de reunión de los hombres y jóvenes que no tenían otra alternativa ni otro lugar a donde ir.

[34] Acción Ciudadana y Falange Española fueron las organizaciones paramilitares encargadas de la represión, de ellas salió el grueso de los integrantes de las “Brigadas del Amanecer”, cuadrillas de asesinos que fueron completadas con miembros del ejército y de la guardia civil.

[35] Individuo que forma parte de una milicia, en especial si es de forma continuada o profesional. Coloquialmente se usa en tono despectivo.

[36] A los lanzaroteños se les denominaba antiguamente “conejeros” debido al gran número de conejos que había en Lanzarote, cuyas pieles se exportaban a Tenerife en el siglo XIX. Los habitantes de las otras islas todavía los llaman así.

[37] Plato muy popular en la cocina canaria. Es como un simple estofado pero cada isla lo hace a su manera, varían algunos ingredientes, principalmente que unos usan carne de cerdo y otros de res.

[38] Es la forma coloquial en la que se pedía una copa, chupito o trago de ron en las islas, siendo el ron una bebida muy arraigada en el archipiélago.

[39] En las [Islas Canarias](#), el sancocho o cazuela es un plato típico a base de pescado [salado](#) (normalmente [cherne](#), [corvina](#) o burro), papas cocidas o “sancochadas”, [batata](#) (sin pelar y a trozos grandes) y [mojo](#) (rojo o verde). Se suele acompañar con la clásica [pella de gofio](#), que no es más que el gofio amasado con la propia agua del pescado “sancochado” (cocido en agua), ya salada, o incluso mezclada con un poco de plátano maduro. El sancocho constituyó una de las bases más importantes de la gastronomía canaria incluso en épocas de dificultad económica, dada la relativa facilidad con que se accede a las materias primas que lo componen en las islas. Hoy en día, es un plato familiar y festivo.

[40] El mojo es una salsa que en Canarias cada uno hace a su manera, dependiendo del plato que vaya a acompañar y del gusto que prefieran los comensales. Los hay de varios tipos. El mojo verde se compone de cilantro, ajo, pimienta verde, sal gorda, aceite de oliva virgen y un chorro de *vinagre macho* (es decir, vinagre de vino fuerte).

[41] Nombre como se denomina comúnmente a los autobuses en las islas Canarias.

[42] El Monumento Natural del Roque Nublo, más conocido simplemente como Roque Nublo, es uno de los espacios naturales más emblemáticos de la isla de [Gran Canaria](#). También es muy singular el Roque Bentayga.

[43] Es una planta herbácea bienal endémica de [Tenerife](#) particularmente, dentro del recinto del parque nacional de Las Cañadas del Teide siendo igualmente frecuente en el sureste: [Vilaflor](#) y en los Altos de [Arafo](#) y [Arico](#). También cultivada como en algunos casos en Gran Canaria y La Palma.

[44] La prisión construida durante la Guerra Civil Española en Las Palmas. El 19 de octubre de 1959 era ejecutado en la prisión provincial de Barranco Seco, Juan García Suárez “el Corredera”, uno de los grandes mitos de la posguerra en Canarias y el último súbdito español sentenciado a morir a garrote vil, entre otras razones, por motivos políticos que traían su causa desde la Guerra Civil. Durante décadas se mantuvo prófugo de la justicia ocultándose en bosques y montañas.

[45] El agua San Roque o Agaete, se obtenía de un afluente de los Berrazales en el Valle de Agaete. En este lugar existía antiguamente un balneario y al agua se le atribuían propiedades medicinales.

[46] Expresión que viene a decir que si se era novio/a con alguien.

[47] La pardela cenicienta o pardela grande es un [ave marina](#) de la [familia](#) de los [petreles o patines](#). Este tipo de pardela vuela a poca altura, a veces cerca de la costa, en pequeños

grupos; con fuertes vientos vuela muy bien. Cerca de las zonas de nidificación, cuando regresa a su nido, de noche, emite unos sonidos nasales y guturales, incluso sobre algunos poblados.

[48] Radio España Independiente denominada también como *La Pirenaica*, fue una emisora creada por el [Partido Comunista de España](#) como una vía de información y propaganda hacia el interior, de un partido político que tenía prohibida su actividad dentro de las fronteras del Estado español. “La Pirenaica” fue la más importante en su momento entre las emisoras “clandestinas”. Esta emisora se crea a instancias de [Dolores Ibárruri](#), *Pasionaria* y comienza a emitir desde [Moscú](#) el [22 de julio de 1941](#). El apelativo de *estación pirenaica* se utiliza para eliminar la sensación de lejanía que podía significar para los oyentes de España el hecho de estar en [Moscú](#).

[49] También llamado Cherna fuera de Canarias. Es un [pescado blanco](#) de [agua salada](#). Normalmente habita sobre bloques rocosos, cuevas o grietas de rocas y pecios. Con este pescado se prepara el típico sancocho canario.

[50] Denominación que se da al miembro viril en Canarias.

[51] Es un olivo silvestre que se diferencia de otras variedades, en que tiene un porte arbustivo, hojas de forma oval, es de menor tamaño y da un fruto bastante más pequeño.

[52] El término gánigo denomina en las Islas Canarias a un conjunto de pequeños [recipientes](#) de [arcilla](#), moldeados a mano y sin torno, que ya utilizaban los [aborígenes canarios](#). Suelen ser vasos de fondo cónico, generalmente lisos o con decoraciones muy sencillas. El término estaría relacionado con la voz *gánnek*, de las [lenguas bereberes](#).

[53] Tela fuerte de hilo o de algodón crudos.

[54] Discurso en tono solemne y elevado que se pronuncia para enardecer o levantar los ánimos; especialmente es de carácter militar o político. Normalmente las arengas eran lanzadas por los mandos, bien directamente al batallón e incluso por locución radiofónica, para incitar a la población al escarnio de los republicanos.

[55] Falange Española (FE) fue un [partido político español](#), de ideología [fascista](#) y [nacionalsindicalista](#), fundado el 29 de octubre de 1933 por [José Antonio Primo de Rivera](#), [primogénito](#) del fallecido dictador [Miguel Primo de Rivera](#). El [15 de febrero de 1934](#) FE se fusionó con las [Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista](#) (JONS). En el periodo de la II República jugó un importante papel en el desarrollo de los acontecimientos que condujeron a la [Guerra Civil](#). Nace apoyada por las fuerzas reaccionarias y partidos de la derecha que la utilizan como fuerza de choque. Durante la guerra y después de esta, fueron los falangistas uno de los entes que más violencia ejercieron sobre la población.

[56] El *Cara al sol* es el [himno](#) de la [Falange Española de las JONS](#). Tras el final de la [Guerra Civil](#), pasó a ser uno de los himnos oficiales [franquistas](#) junto a la [Marcha Real](#) y la [Marcha de Oriamendi](#). Se cantaba en cualquier acto pero resulta especialmente llamativo que se obligara a cantarlo en los colegios todos los días. Actualmente, se sigue entonando en todos los actos convocados por Falange Española y en fechas simbólicas del franquismo como el [20 de noviembre](#).

[57] El cardón es un arbusto endémico de Canarias. Se encuentra de forma natural y tiene el aspecto de un cactus. Puede vivir 100 años.

[58] La laurisilva canaria es un tipo de bosque subtropical presente en algunas de las [Islas Canarias](#). Está muy emparentado con otras formaciones boscosas comunes en el resto del

espacio biogeográfico. Lo conforman especies arbóreas de la familia de las [lauráceas](#), que junto al [Fayal-Brezal](#) compone el denominado monteverde.

[59] Doramas es el nombre castellanizado de un guerrero, caudillo y noble [canario](#) que vivió a mediados del siglo XV y que fue uno de los principales líderes de la resistencia [indígena](#) en la isla de [Gran Canaria](#) frente a la llamada [conquista realenga](#) de las Islas [Canarias](#), emprendida por los [Reyes Católicos](#) para la [Corona de Castilla](#). De origen *trasquilado* (plebeyo, en la jerarquía social indígena), su fama como guerrero le hizo escalar socialmente hasta convertirse en *gaire* (capitán y miembro de la nobleza isleña). Reputado por todas las crónicas de la conquista como un caudillo valeroso, esforzado y rebelde, su muerte en combate contra las fuerzas invasoras supuso una pérdida importante para la moral de la resistencia de la Isla, por lo que fue llamado, *el último de los canarios* (en el sentido de aborigen de Gran Canaria).

La Selva de Doramas es un antiguo [bosque subtropical](#) que cubría el Norte de la Isla de [Gran Canaria](#), célebre por su exuberancia vegetal y por ser la morada de uno de los [aborígenes](#) más importantes de la [historia de Canarias](#): [Doramas](#). En la actualidad solo queda una mínima representación de la Selva de Doramas en la isla de Gran Canaria, pero en otras como [La Gomera](#), [La Palma](#), [El Hierro](#) o [Tenerife](#) quedan importantes extensiones de este tipo de bosque, así como en [Madeira](#) y [Azores](#).

[60] Es un [deporte](#) de [lucha](#) de las [Islas Canarias](#). Se caracteriza por la habilidad para aprovechar la fuerza del contrario y por no buscar herirlo, sino desequilibrarlo hasta hacerle tocar el suelo con cualquier parte de su cuerpo que no sean las plantas de sus pies. Para quebrar la estabilidad del rival no se permite la lucha en el suelo, como ocurre con otras modalidades, ni ninguna clase de llaves o estrangulaciones. Es una lucha ancestral muy arraigada en la cultura popular. Practicar lucha canaria es sinónimo de fortaleza y prestigio.

[61] En las semanas posteriores a la sublevación militar del 18 de julio de 1936, cientos de detenidos políticos de la provincia colmaron las prisiones improvisadas en Santa Cruz de Tenerife y La Laguna. Fue, entonces, cuando las autoridades emanadas del golpe de estado habilitaron, como centro de reclusión, los almacenes de plátanos que la empresa Fyffes Limited tenía en la capital. En Fyffes, apresados por falangistas, por soldados y policías a las órdenes de la rebelión militar, fueron concentrados los afiliados a organizaciones de izquierda. De modo que, a principios de 1937, un informe del espionaje anarquista estimaba que había unos 1.200 encarcelados en Fyffes. El informe añadía 800 personas más detenidas en otras prisiones de Santa Cruz, La Laguna y La Orotava. Según su último director, por la prisión pasaron más de 4.000 reclusos a lo largo de doce años y, en su momento de mayor acopio, llegó a reunir 1.500 presos, cuando, según quienes la conocieron, su capacidad debía estar sobre los 600 internos.

[62] Era una vara de madera utilizada por los guaches como arma tanto ofensiva como defensiva, pudiendo utilizarse también como bastones. Debe ser diferenciada de otras varas citadas en las fuentes etnohistóricas como las lanzas o pértigas (relacionadas con el salto del pastor), los bastones pastoriles o la añepa. Sus dimensiones estaban en torno a 1,75 metros, y estaban fabricados en pino, barbusano o sabina. Se trata de una vara alargada que presenta un abultamiento de tendencia globular, y en algunos casos una anilla de cuero para favorecer la sujeción y el impulso de la propulsión.

[63] Es una especie nativa en las Islas. Se trata de una planta arbustiva muy intrincada, que puede alcanzar 1 metro de altura y que se diferencia por sus tallos espinosos, de color verde glauco y por sus hojas crasas y pinnatisectas con lóbulos lineares, aunque los tallos suelen aparecer afilos. Los capítulos son de color amarillo y los frutos tienen la base más estrecha que el ápice. Se conoce como "aulaga".

[64] La picana eléctrica es un instrumento de [tortura](#) utilizado en algunos momentos históricos por la policía y el ejército en [Argentina](#) y en algunos países de Sudamérica. La picana da golpes de corriente o descargas sostenidas en contacto con el cuerpo y sus efectos en las partes más delicadas (genitales, dientes, mucosas, pezones, etc.) son devastadores, por lo cual los represores suelen aplicarlas en esos lugares.

[65] (Alcaraván canario). Se trata de una *subespecie endémica de Canarias* que habita exclusivamente las islas más occidentales Gran Canaria, Tenerife, La Gomera, El Hierro y La Palma. Ha sufrido un grave descenso de sus poblaciones, que han quedado reducidas a poco más de 300 parejas.